



La voz interior de Nerea

Carolina Ortigosa

Querido diario...



D.J.57

La voz interior de Nerea

Carolina Ortigosa

Imagen de portada: Pixabay
Diseño portada: Carolina Ortigosa

©Carolina Ortigosa
©Agosto 2018

ISBN-13: 9781719984430

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra, son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Dedico este relato a unas verdaderas amigas que han estado ahí este año, en momentos en que necesitaba mucho apoyo: Paula Rivers, Silvia Román, Ana Moreno, Xulita Minny, Cristin Ferro, María Ángeles Rubio, Alejandra Durán y Estefanía Molina.

Gracias.

1

“Querido diario, escribir después de veinte años, empezar a escribirte de nuevo, lo que sea... es duro. Siento haberte tenido abandonado, pero en la vida hay más cosas que llevar un dichoso diario, en fin, no te lo tomes a mal. Esto lo escribo para mí...”

Y ya estamos. Típico de mí el pelearme conmigo misma, y con el cuaderno que acabo de comprar porque pensé que sería buena idea plasmar mi vida en un diario, como cuando tenía diez años.

A punto de cumplir los treinta años, a final de este mes de junio, acabo de romper con mi chico después de veinte años de relación.

Sí, no es ninguna casualidad. Hace solo dos días encontré mi viejo diario de cuando era niña y literalmente lo último que anoté fue: he conseguido un novio y ahora soy tan popular como mis amigas.

Qué superficial, pensé; hasta para mí.

Mi reacción fue poner los ojos en blanco, fingiendo indiferencia a pesar de estar sola en casa, y acto seguido me acurruqué en mi vacía cama para llorar a moco tendido durante dos horas enteras. Era imposible no saberlo con certeza con el enorme reloj de pared que había en mi cuarto.

Fue idea de mi ex, y ahora casi parecía que se burlaba. El reloj, él, o tal vez ambos.

Menudo cabrón era el tío.

Y cómo le añoraba... Sí, desde luego, debía ser la mujer más estúpida en la faz de la Tierra. O así me sentía al menos la mayor parte del tiempo.

Luis Jordán, o quien es ahora mi ex novio, me ha plantado después de estar juntos veinte años. Y se decía rápido, pensé con ironía. Fuimos novios toda la vida. Desde niños. Éramos los mejores amigos; vecinos. Vivimos en un pueblecito de Granada uno frente al otro desde siempre. Resultaba, además, que teníamos la misma edad. Edad. Un tema que ahora mismo me

llevaba por la calle de la amargura... sobre todo desde que él conoció en su trabajo a una jovencita de veinticinco.

De haber sabido que su exitosa óptica sería nuestra perdición como pareja, no le habría ayudado a abrirla. Ni económicamente, ni de ningún modo, desde luego.

Su cabello rubio y sus ojos azules, junto a su espectacular físico y rasgos angelicales, le habían llevado a ser muy deseado por el género femenino, claro que jamás pensé que se largaría con otra.

Por suerte, si es que podría haber algo de eso en todo este asunto, era que no me había engañado. O eso decía él. También me dijo que estaríamos juntos toda la vida, y ahora me daba cuenta de que sus promesas eran tan vacías como lo estaba mi corazón ahora. Su nueva secretaria era una chica mona, aunque no espectacular, y al parecer, le había robado el corazón a pesar de que hasta hacía unos meses, este fue solo mío.

En el trabajo, con el roce del día a día, y con una nueva amistad que apenas comenzaba, había surgido un sentimiento tan poderoso como doloroso: el amor.

Juguete caprichoso que pasaba de unas manos a otras con tanta facilidad... dejando dolor y corazones rotos a su paso...

Ahora mismo se me venía el mundo encima. Solo hacía dos días que Luis se marchó a su casa de forma definitiva. Una verdadera tortura.

Continuaba viviendo en frente. Sus padres y los míos, amigos de toda la vida, decidieron comprar un par de caravanas de lujo unos años atrás, y viajar los cuatro juntos por todo el mundo.

Dos semanas llevaban preguntando cómo iban las cosas, y dos semanas exactas había estado yo mintiendo como una bruja.

No quería preocuparles. Luis tampoco, ya que me dijo que prefería que se lo contásemos juntos.

En fin, si estar con él ahora era un infierno, no me imaginaba lo que será reunir a nuestros familiares para explicarles que nos habíamos separado.

No solo se quedarían sin boda o nietos, como tanto deseaban, sino que nuestra perfecta relación ya era cosa del pasado.

Las lágrimas acudieron a mis atormentados ojos una vez más, pero traté de limpiarlos con brusquedad cuando escuché mi teléfono sonando sin parar. Las últimas semanas no dejaba de pitar nunca.

Mi amiga Leticia cantero hablaba sin parar por WhatsApp y me costó

enterarme de algo debido a la velocidad a la que enviaba mensajes con millones de faltas de ortografía. Sin embargo, sí captó mi atención una foto de Luis y su nueva novia en su perfil de Facebook y Twitter.

El corazón se me paró un instante antes de acelerarse como si intentara ganar alguna especie de maratón. Vaya si ganaría, me dije.

Mi segunda mejor amiga, Victoria Lucena comenzó a llamarme entonces.

Contesté temiendo los gritos al otro lado. Ella llamaría por el mismo motivo por el que Leticia enviaba mensajes sin parar.

—¡Nerea! ¿Lo has visto ya?

Suspiré. Noté un pellizco en la garganta y los nervios cogidos en el estómago.

—Acabo de enviarle las capturas de pantalla a Vic. ¡Qué horror! Anda que son discretos —se quejaba indignada—. Solo hace dos semanas... y ya...

Empezó a lamentarse y suspiré de nuevo.

—Vic, cielo, ya sabes que me dejó porque quiere a esa tontita de su secretaria, ¿qué podíamos esperar?

Mi discurso fue apagándose. De verdad, ¿qué esperaba, que se arrepintiera y volviera arrastrándose?

Mi voz interior me observaba con una ceja levantada. Sí, tenía a mi voz interior como una versión de mí misma, pero permanentemente escéptica en mi cabeza. Solo un poquitín más atractiva que yo, y así era fácil odiarla cuando me hacía faenas como evitar que pensara como una adulta, y no dejaba que mi cabeza y mi corazón estuvieran de acuerdo.

Refunfuñé para mis adentros como la inmadura que era, aunque eso jamás lo admitiría en voz alta, y me aclaré la garganta.

—Puede hacer lo que quiera. Ya no es mi novio —declaré con el corazón encogido.

—Bueno, no es eso. Podría haber pensado en lo que sentirías al verles juntos en las redes sociales. Se llama empatía; algo que brilla por su ausencia... —acusó enfadada.

—Al menos me dejó antes de ponerme los cuernos. Eso habría sido mucho peor —traté de consolarme a mí misma.

Me decía eso una y otra vez, aunque en el fondo de mi alma, todo lo que estaba pasándome me parecía una putada de talla mundial. Algo del todo injusto ya que, a mi entender, le ofrecí el cien por cien de mí misma a algo

que había acabado rompiéndose al final.

—Para empezar, no debió mirar siquiera a otra, y para seguir, debió despedirla y casarse contigo sin pensarlo; aunque viendo lo cerdo que es... te has librado de una buena —dijo convencida de llevar la razón.

Tal vez la llevaba, no en lo de que Luis era un cerdo, sino en que tal vez ahora estaría mejor. Desde luego si no me quería, ¿cómo íbamos a estar juntos?

—Eso sí me consuela —declaré con una amplia sonrisa y un profundo suspiro.

Mi amiga no podía verme, claro, pero nos conocíamos de toda la vida, y sabía que era sincera con ella.

—Me alegro, aunque Leti y yo estamos preocupadas por lo que podrían decir sus padres —musitó—. Los tuyos, y el resto de vuestros familiares.

—Puñeteras redes sociales —mascullé molesta—, y su manía de tener conectados a todo el mundo. Ya se habrían enterado hasta en China de nuestra ruptura —solté casi a gritos. Menuda frustración, pensé.

Empecé a hiperventilar, mi cuerpo temblaba, sentí una ligera sensación de mareo y la boca como el cartón.

Estas dos semanas había sufrido crisis de ansiedad y de pánico en mayor o menor medida según la dimensión de la mala noticia que estuviera manejando, y ahora estaba en medio de una de las peores. Qué asco.

—Como alguno de nuestros padres se aburra y decida conectarse, lo verá... y vendrán a toda pastilla para organizarnos una intervención en toda regla... —medité en voz alta—. Esto se nos va a ir de las manos.

—¿Dónde están ahora tus padres? —preguntó con gran curiosidad.

—Creo que por México. A saber —añadí pensativa—. Van a donde quieren y cuando quieren, puede que estén por Canadá a estas alturas.

—Hablas con ellos continuamente, deberían saber ya que algo te ocurre —alegó con preocupación.

—Soy buena mintiendo —solté con sarcasmo.

No era cierto, desde luego.

—Eso es mentira —determinó mi amiga.

—Bien, da igual. Hace un par de días que no he hablado con ellos, así es que se estarán divirtiendo, y prefiero no llamarles por si acaso no saben nada de toda esta mierda y acabo por meter la pata yo.

—Pues deberías tener una pequeña charla con el cretino número uno de

España —soltó entre dientes.

Apreté la mandíbula y siseé como una despechada en busca de venganza.

Mi voz interior era también algo dramática en ese instante en mi cabeza.

—Lo haré, créeme.

Alguien llamó al timbre como un poseso y me despedí de Victoria de manera precipitada.

Le prometí mantenerla informada, aunque como era viernes, nos veríamos más tarde para cenar y salir por ahí.

Si algo no iba a chafarme mi ruptura era el ir de juerga cada vez que me daba la gana. Tenía muchas opciones para pasar el fin de semana: quedarme llorando toda la noche mientras veía Lucifer en mi DVD, o llorar mientras lo veía, cenaba con mis amigas, y luego me arreglaba y salía a la calle. No era necesario llorar todo el tiempo, claro; sin embargo, mis lágrimas tenían el control la mayor parte del tiempo. Yo solo las dejaba salir a su antojo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Una cosa era haber perdido la fe en las relaciones, pero bueno... mi voz interior me decía que, si un personaje ficticio de una divertidísima serie de televisión podía enamorarse, yo también podría hacerlo de nuevo.

¿Estaba siendo condescendiente? Oh, sí. Pero tenía algo de razón, ¿no?

No era de piedra, aunque a veces me gustaría serlo para así no sentir dolor, pero como nada en esta vida era perfecto, debía apañarme con lo que tenía y sacarle el mayor partido posible.

Conformista y derrotista nunca.

Sentía que había estado estancada demasiado tiempo, pero eso se acabó.

No quería estar así nunca más.

Abrí la puerta y mi amiga Leticia se abalanzó sobre mí como si intentara interponerse entre una bomba y yo.

—No te preocupes Nerea, lo arreglaremos. Seguro que pronto conseguirás un novio guapísimo y cuando subas fotos con él a tus redes sociales, Luis se dará cuenta de que eres mucho mejor que esa estúpida de su ayudante.

—Secretaria —maticé casi sin respiración por su adorable abrazo de oso.

Leticia se separó al notar que apenas podía soltar una palabra y me miró con gravedad.

—Eso no saldrá bien. Trabajar con tu pareja es una pésima idea, y sobre

todo cuando hay una clara jerarquía —expuso convencida.

Se notaba su experiencia como gerente de un gran hipermercado con gran cantidad de trabajadores.

—Por esa razón nunca quise trabajar con él —recordé.

Leticia asentía mientras escudriñaba mi rostro en busca de un mínimo atisbo de que me iba a derrumbar.

Pensaba que cualquier momento sería bueno para caer en una intensa vorágine de dolor, desesperación y autocompasión, aunque por ahora me mantenía bastante entera dadas las circunstancias.

—Hiciste bien —convino con el entrecejo fruncido.

Asentí pensativa. Me quedaba sin novio, pero no sin trabajo por esa razón, ya que después de ser abandonada habría tenido que renunciar a aquello también.

—Gracias por venir a verme, pero aún quedan un par de horas para cenar y empezar a arreglarnos; no tendrías que haberte molestado en llegar a toda prisa.

Leticia hizo un gesto con la mano para restar importancia.

—He visto que no contestabas a mis mensajes llamadas y he empezado a preocuparme —dijo con suavidad.

—Me has pillado hablando con Vic ahora y no me di cuenta de que no te había contestado —le expliqué sintiéndome culpable por ignorar, aunque no a propósito, sus mensajes. Ignorar las fotos era imposible.

—No te preocupes. He cogido mi ropa para esta noche, y conducir seis minutos hasta tu casa no me supone nada —bromeó.

Se rió por su comentario y me hizo reír también.

—Voy a avisar a Vic para que venga lo antes posible.

—Envíale un mensaje, porque al final la van a pillar con el móvil en el trabajo y le va a caer una buena bronca —sugerí.

—Buena idea —dijo mientras tecleaba a la velocidad del rayo.

Esperó solo unos segundos a que Victoria respondiera.

A las nueve estará aquí.

Sonreí con ilusión hasta que comprendí que a esa hora iba a encontrarme con *overbooking* en mi calle. Luis y Celia, su nueva novia, llegaban entonces, y no me apetecía verles hoy. Ni nunca, para ser sincera conmigo misma.

Tendría que hablar con él, pero ¿qué puñetas iba a decirle? Ni él, ni su nueva chica, estaban teniendo en cuenta que haciendo pública su relación,

daban pie a muchas preguntas, y no solo de amigos suyos. Si a él le daba igual explicar que ya no estábamos juntos, ese era su problema, pero esa chica también estaba en medio de este desagradable asunto y no me apetecía escuchar a un montón de gente apenada dándome el pésame por veinte años de relación tirados al basurero metafórico de la vida, por una jovencita.

No me imaginaba la que podría llegar a liarse.

Nos pusimos a cotillear en mi portátil y vi que ambos habían escrito algunas cosas de forma sutil sobre el amor y la ilusión cuando se conocía a alguien nuevo.

Qué horror, pensé abatida.

Habían recibido preguntas muy directas de amigos y familiares, y habían sido sabiamente ignoradas de momento. Aunque eso no disminuía el interés y las sospechas, claro.

No podrían hacer oídos sordos para siempre, al interés por las fotos. Muchos iconos de sorpresa inundaban los comentarios bajo las imágenes.

—Deberías escribirle algo y que quede como el tonto que es...

—Buag, mejor no. Al final ellos pasarán de esas tonterías y dirán lo felices que son —declaré molesta—. Ahora puede hacer lo que quiera. Y si hago eso... quedaré como una despechada inmadura.

Leticia me abrazó fuerte y se puso a llorar.

Me sorprendió que hiciera como Victoria, que era la más romántica de las tres. Así era ella. Felizmente casada desde hacía ocho años, era una sentimental, y lo estaba pasando fatal con todo esto. Leticia, por el contrario, solía ser la fuerte, la que no se dejaba embaucar por los hombres porque los manejaba a su atajo.

En verdad, esta historia había sorprendido mucho a todas. A mí la que a más.

Recordé algo que hizo Victoria. Era tan dramática, que incluso le dio una charla a su marido después de saber que Luis y yo habíamos roto; vino a ser más o menos así: “Escúchame bien, si se te ocurre siquiera poner los ojos en otra mujer más de dos segundos seguidos, te hago picadillo... empezando por el pene. No criaré sola a nuestro hijo mientras tú te vas de picos pardos”.

Al pobre hombre le tocó soportar la charla sin poner pegas. Era un santo, y tenía mucha suerte de tener a la mujer que tenía. Él era muy consciente, y se portaba como un verdadero príncipe azul con su familia. El pequeño Israel de un año, era el broche de oro para un matrimonio ejemplar. Son muy

afortunados, pensé.

Leticia por otro lado, estaba divorciada desde hacía dos años, por lo que se dedicaba a usar a los hombres a su antojo.

Ella era feliz así, lo mismo que yo lo fui en la relación que ya no existía. A partir de ahora debería hacerme a la idea y buscar de nuevo mi camino. Aclarar mis ideas y mis metas era mi nueva tarea.

—Qué zorra es la vida —pensé en voz alta.

Mi vocecita interior me daba la razón con cara de “te lo dije”.

Ella sí que era una zorra; aunque si mi conciencia, a quien consideraba mi yo más sarcástico y cínico era eso, yo lo era también por defecto. Sería mejor dejarme de insultos a mí misma.

—Tranquila, corazón. Ya verás cómo encuentras a un hombre bueno que te merezca.

—No sé si eso entra en mis planes de futuro. Al final estoy arriesgándome a que me pase lo mismo... ¿para eso nos enamoramos?

Mi amiga puso cara de circunstancias, y me di cuenta de que preguntar eso a una persona felizmente divorciada, era una bobada enorme.

—Vamos a obviar mi pesimismo. Ya se me pasará —decidí sin convencimiento.

—Eres fuerte, y vales mucho más que esa; seguro que algún día encontrarás a una persona que te merezca, y que te haga feliz.

Guardé silencio mientras en mi interior no podía evitar ponerlo en duda, como todo lo relacionado con ese tema. Con el tiempo lo vería de otro color.

—Cuando estés lista, ocurrirá, pero no te cierres al amor. No te niegues a ti misma la felicidad que está destinada a ti —me dijo con cariño a pesar de lo que pudiera creer o no sobre el tema.

Suspiré y sonreí a Leticia.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió con una pequeña sonrisa cargada de preocupación.

—Pues me grabaré esas palabras a fuego en el corazón —prometí.

La cara de Leticia mostró un evidente alivio y las dos sonreímos algo más calmadas.

Con unos vídeos musicales en mi portátil, animamos el rato que faltaba hasta que Victoria llegara.

Ella... y lo que vendría justo después. Me reñí a mí misma y traté de desconectar de todo por un rato. Una de mis mejores amigas había venido a

casa para animarme, porque estaba muy preocupada, y no quería añadir más leña al fuego, o este sería imposible de extinguir jamás.

Victoria avisó de su inminente llegada y me entró la prisa por hacer la cena.

—¿Hace cuánto tiempo que no haces la compra? —gritó Leticia desde la cocina.

Debía de tener la cara metida en el frigorífico, porque su voz sonaba como en una cueva profunda. Y vacía. Solo guardaba dentro algunos refrescos y preparados de ensalada. En mi congelador había varias lasañas individuales, pero suponía un gran esfuerzo en ese momento. Pediría unas pizzas y pagaríamos entre las tres. Llevaba varios años sin conseguir trabajo y empezaba a arrepentirme de salir tanto, y hasta casi también por irme de compras tan a menudo. Los ingresos del desempleo se acababan, ahora no tenía a nadie que velara por mis intereses o me consintiera, y para mi desgracia, tenía que conseguir ya una independencia económica. No quería depender siempre del dinero de mis padres como una adolescente.

Quería ser autosuficiente.

Eso era fácil de decir, pero no tanto llevarlo a cabo en los tiempos que corrían en el país.

Traté de no pensar eso mientras meneaba el trasero al son de la música.

Leticia me sujetó por las manos y sonrió.

—Así me gusta verte, guapísima.

Reí con ganas porque mis amigas eran mi fuerza, esa que me empujaba a seguir adelante paso a paso, las que me arrancaban sonrisas, por pequeñas que fueran, y a pesar de mis continuas lamentaciones por lo que perdí.

Mi parte racional me decía que estas cosas pasaban y solo nos quedaba continuar viviendo un día más. Nuevas experiencias estaban por venir, eso seguro.

Tan seguro como lo era el miedo que sentía por lo desconocido, miedo al fracaso, y también al dolor.

Me dije a mí misma que esa actitud era inaceptable. ¿De qué me servía toda esa negatividad?

La voz de mi conciencia se impacientaba conmigo, así que yo misma notaba lo insufrible que me estaba volviendo.

No podía seguir así, porque yo no era de ese modo, sino alguien que disfrutaba de todo.

Me detuve y sentí que una vez más me faltaba el aire. Ahí estaba el temor que fluía desde lo más profundo de mi alma. No sabía muy bien por qué razón.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos y caían como torrentes, mis manos temblaban, la respiración irregular y la garganta seca completaban el cuadro de mi ansiedad.

Mi amiga enseguida notó que las piernas me temblaban y me habló con mucha suavidad.

—Tranquila Nerea, se te pasará enseguida —me condujo al sofá y sostuvo mi rostro para obligarme a mirarla—. Voy a por una infusión relajante; no tardo nada, ¿de acuerdo?

Asentí con rigidez en todos los músculos de mi cuerpo y le mostré una sonrisa algo forzada.

Ella agradeció mi esfuerzo con un beso en mi frente y mientras se alejaba de nuevo a la cocina desprovista de comida, me tumbé en el sofá hecha un ovillo tembloroso.

Me daba pena hasta yo misma, pero en momentos así solo podía encogerme hasta que al cabo de un rato lograba pensar en otra cosa y me calmaba. Estar en tan buena compañía ayudaba.

Hice un vano intento de encender la televisión, pero lo di por imposible al darme cuenta que ni siquiera tenía fuerza para darle al botoncito rojo de encendido.

Sentí impotencia, y rabia, y enseguida también experimenté un sentimiento de enfado hacia mi persona.

¿Por qué razón era yo la que debía sentirse débil si nada de esto era mi culpa?

Nadie podría responsabilizarme del hecho de que mi novio se enamorara de otra. Tal vez la moral de ella fuera cuestionable, pero desde luego esa chica no era quien debía fidelidad a nadie. No podía evitar odiarla con todas mis fuerzas, pero hasta mi voz interior me lanzaba miradas suspicaces.

Con quien de verdad estaba enfadada era con Luis, y me cabreaba no poder odiarlo, y quererlo aún... Todo era tan complicado.

Claro que nadie, jamás, dijo que el amor y las relaciones fueran pan comido.

Leticia llegó enseguida con la infusión templada, por suerte, porque con el calor que hacía, solo me faltaba tomar algo caliente, y ya podría echar

fuego por la boca.

—Gracias —dije temblorosa.

—De nada —respondió mi amiga con los ojos vidriosos por las lágrimas retenidas.

Fue a apagar el ordenador y le pedí que bajara la tapa y que quedara en suspenso.

—Cuando venga Vic, seguro que necesitaremos música, así que mejor lo dejamos ahí preparado —sugerí.

Asintió mientras silenciaba mi ordenador.

Nos quedamos viendo la televisión y el rato pasó volando. Mi ansiedad poco a poco fue disminuyendo hasta desaparecer. Estaba deseando que llegara el día en que nada de esto me afectara. Tendría que pasar página de una buena vez, y hacer lo posible por ignorar opiniones ajenas y habladurías malintencionadas.

Si fuera tan fácil hacerlo como pensarlo, mis problemas se reducirían bastante, decidí.

Bueno, todo es proponérselo, ¿no?

Escuchamos el timbre de mi casa sonando con insistencia y supimos que Victoria llegaba. Abrí la cancela desde dentro, pero noté que no hacía su habitual ruido cuando se movía, y salí de casa solo para comprobar mi mayor temor en ese instante. Mi amiga estaba en la puerta con cara de pocos amigos, y Luis y su novia se encontraban en la acera de enfrente. Este aparcaba su pequeño turismo para que quedara a la distancia correcta de la acera con respecto a la puerta de entrada al garaje. Era tan meticuloso con todo, que rayaba en lo obsesivo.

Bufé con impaciencia. Esas cosas nunca me habían molestado, y no tenía prisa por hablar con él, pero me estaba poniendo enferma su manía de aparcar de forma perfecta; según él, claro.

¿Qué más daba en realidad si quedaba medio centímetro más separado de la acera?

Al parecer eso era un gran problema, pensé con sarcasmo. Mi habilidad para tener pensamientos con tonos de impaciencia me seguía asombrando.

Bajé la escalera despacio, porque Luis aún tenía para rato, y cuando llegué a la cancela que daba paso a la entrada de mi garaje, saludé a mi amiga, y esta me ahogó con un abrazo similar al que me dio Leticia al llegar.

—¿Leti está arriba? —preguntó justo cuando esta salía por la puerta.

—Ya hemos hablado de... ya sabes —informé poniéndome nerviosa de nuevo.

No ayudaba a mi escasa serenidad esos días el que Luis saliera del coche y su nueva novia bajara del asiento del copiloto con una expresión de cautela y recelo al vernos a mí y a mis amigas allí. La calle no era muy ancha, de modo que nos encontrábamos a poca distancia.

—Luis, ¿podemos hablar? —solté sorprendiendo a todos por la firmeza de mi voz.

Hasta yo estaba impresionada, aunque en mi interior estaba hecha un flan. No sabía cómo iba a reaccionar. Y para ser sincera, ni yo sabía cómo acabaría aquella conversación.

Luis miró en dirección a su chica con evidente preocupación, y a mis amigas las inspeccionó con desconfianza. Me clavó su mirada; estaba claro que no se fiaba de que Victoria y Leticia no fueran a dejar a su novia de una pieza si nos alejábamos.

Puse los ojos en blanco por la impaciencia que empezaba a aflorar en mi interior.

—Por Dios Santo, no nos vamos a comer a nadie... no somos caníbales —solté de repente, notando que mi frustración se apoderaba de mí.

La guerrera que guardaba en algún remoto lugar de mi interior salió a jugar. No quería montar un drama delante de posibles miradas ajenas, o vecinas cotillas, pero no podía parar; a veces mi yo interior tenía un carácter que no podía controlar.

Hice un gesto con la mano y mi ex caminó unos pasos, aún receloso. Su querida Celia se quedó con los brazos cruzados y su habitual cara seria.

Nos alejamos unos pasos.

La ignoré mientras echaba una rápida mirada a mis amigas con una confianza que no sentía. Quería que al menos se quedaran tranquilas y no acudieran en mi auxilio.

Solté el aire que retuve al verle y me abracé.

—Hemos visto tus fotos en las redes sociales —soné acusadora y me llevé una mirada de sorpresa.

Suavicé un poco el tono para que no creyera que estaba molesta—. Si tus padres las vieran, tendremos que dar muchas explicaciones. Creí que querías esperar a que vinieran y hablarlo en persona, pero apuesto a que cualquier día vienen a toda prisa solo para saber qué diantres ha pasado.

Luis se mesaba el pelo sin saber qué responder.

Aguardé paciente.

Miró al suelo, luego a su nueva novia y por fin se atrevió a mirarme.

—Lo siento, no me había parecido tan importante el hacerlo público así —soltó cauteloso.

No podía creer lo que decía, y es que normalmente él meditaba todas las cosas hasta el aburrimiento.

Mi traducción sería el que a su nueva pareja le había parecido una monería súper romántica hacerlo de esa forma.

—A ver si tengo razón, a tu chica le pareció un gesto muy tierno —dije con sarcasmo.

Se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

—Tengo razón —solté con suficiencia.

—Siempre la tienes, ¿verdad, Nerea? —replicó él con evidente molestia.

De nuevo esa discusión, dije para mis adentros. A veces reñíamos porque como su pareja, siempre intentaba hacer las cosas del mejor modo posible. Para el asunto que fuera. Sin embargo, solo le aconsejaba cuando me parecía que se equivocaba en sus decisiones, jamás intentaba imponerme para salirme con la mía como si se tratara de una apuesta de poder absurdo.

Él se lo tomaba de manera distinta; como un ataque personal, como si lo hiciera todo mal, como si yo fuera siempre una mandona que necesitara tener la última palabra.

Nunca nos habíamos peleado a gritos ni nada parecido, pero sí discutíamos con frecuencia. Antes me habían parecido cosas normales de pareja, pero ahora lo veía de forma diferente. Luis era una persona meticulosa que necesitaba tener el control de todo, pero con esa forma tan relajada y sosegada de ser y actuar, su modo de reaccionar me parecía un error muchas veces. Quise apoyarle y ayudarle, pero jamás logré hacerle ver que mis críticas, o sugerencias, como lo veía yo, las hacía con mi mejor intención, y no para atacarle gratuitamente.

Era un cabezota, y nada de lo que dijera, o hiciera, lo cambiaría.

Resoplé al ver su mirada acusadora.

—No, desde luego que no. Lo que quería decirte es que me parece que no era el mejor modo de hacer esto —dije con toda la paciencia que pude reunir.

Puso los ojos en blanco y eso me dolió.

—Es cosa nuestra, así que no te metas —expuso a la defensiva.

Me quedé con la boca abierta por su ataque. Durante unos segundos no supe qué decirle.

—Tiene que ver conmigo porque nuestras familias van a querer saber qué ha pasado. No me gustaría que fueras contando tu versión para hacerme quedar mal. Estas cosas siempre pasan cuando la gente rompe sus relaciones —expliqué molesta.

Mis palabras calaron en su mente y reculó. Me habló con más calma.

—Oye, no te preocupes por eso. No voy a hablar mal de ti, porque yo nunca haría eso —dijo con calma—. Pero deja que haga esto a mi manera.

Eso no me gustaba tanto.

—¿Quieres hablar con nuestros padres a solas? —pregunté sorprendida.

—No, pero de todos modos ellos no están aquí, así que no deberías preocuparte tanto por lo que piensen —expuso, todo condescendiente.

Le miré con rabia.

—Lo que haga o deje de hacer, ya no es cosa tuya.

Me dejó sola después de soltar esa fresca y mis ojos parecían querer salir de sus órbitas.

No me dio tiempo decirle algo ingenioso, hiriente, o una mezcla de ambas cosas. Claro que a veces era mejor no decir cosas que luego pudieran provocar un atroz arrepentimiento. Las palabras no se las llevaba el viento, como mucha gente afirmaba. Se quedaban flotando en el ambiente, provocando un dolor lacerante a veces, clavadas en nuestra alma para salir a flote cuando menos lo esperamos.

Siempre era mejor medir nuestras palabras, porque tener que pedir perdón a menudo no era suficiente para curar la herida que dejábamos a nuestro paso con algo tan aparentemente inocente.

2

Mis amigas no sabían qué hacer.

Todas observábamos cómo Luis iba en busca de su nueva chica y entraban en su casa juntos.

Lo único que podía hacer en ese momento era balbucear pensamientos sin sentido, porque mi mente iba a cien por hora y no tenía ni idea de cómo reaccionar.

¿Qué diantres le pasaba?

—Está completamente idiotizado —escupí furiosa.

—Es imbécil —dijeron ellas a la vez.

Me sujetaron de las manos y entramos en casa. No pude evitar mirar hacia atrás cuando subía hasta la entrada a través de una pequeña cuesta, y es que las parcelas en Loma Linda, en Los Ogíjares, eran tremendas, y en mi propia casa podía llegar a cansarme si tenía que recorrer los jardines. Suerte que no tenía que ocuparme de recoger las hojas de los árboles.

No había ni un solo movimiento en la casa de enfrente, y no esperaba menos. A Luis ya no le importaba nada lo que pasara conmigo. Parecía que ni siquiera le preocupaba lo mal que lo estaba pasando, pero no era de extrañar, ya que ahora estaba enamorado de otra persona. Debía mentalizarme.

Vimos que llegaba un camión enorme con un letrero que indicaba que era de mudanzas, y me pregunté si habían vendido la casa de al lado o si es que los dueños al fin volvían después de unos años con la casa vacía.

—¿Habrán vuelto los japoneses ruidosos? —preguntó Victoria con preocupación.

Mis viejos vecinos eran bastante escandalosos y peleaban a voces continuamente, y tenerlos de vuelta no era algo que hubiera esperado con ilusión, pero por suerte, la casa de mis padres estaba bien aislada del ruido. En la piscina no, pero eso no era lo peor del mundo. Siempre podría usar tapones para los oídos.

—No tengo ni idea, y la verdad es que paso de cotillear. Yo no soy como

las marujas del barrio —bromeé.

Lo cierto era que en mi barrio había gente muy trabajadora, con un alto poder adquisitivo, y con vidas ajetreadas entre el trabajo y las actividades como el tenis y el golf. Mis vecinas eran deportistas, y daba igual la edad que tuvieran, estaban casi en mejor forma que yo, aunque me sacaran quince o veinte años.

A mí me gustaba correr, caminar y nadar, así que tampoco podía quejarme de mi físico, aunque desde luego creía que podría perder unos cuatro o cinco kilos para sentirme mejor conmigo misma. El ver a mi ex novio con una chica más joven y delgada, me hacía pensar muchas cosas, como que mi persona dejaba atrás el rol de mujer sexy que creía que poseía.

Eso me hacía sentir insegura, ya que nunca había considerado que tuviera una autoestima demasiado alta, y ahora eso se acentuaba más que nunca.

Hacía bastante tiempo que él no me decía lo guapa que estaba, ni me decía o hacía nada bonito o romántico por mí, y en una pareja que duraba tantos años, se empezaba a notar que la confianza y el bienestar se iba mermando con el tiempo entre nosotros.

Al entrar en casa me sentí algo mejor, estaba en mi hogar, el lugar donde encontraba más consuelo durante estas semanas atrás.

—¿Estás bien para salir? —preguntó Victoria.

Asentí sin estar segura de lo que sentía en realidad. Solo sabía que necesitaba distraerme.

—Vamos, chicas —animó Leticia.

Cenamos, charlamos de todo, vimos la televisión y los ánimos subieron. Me vestí con un pantalón corto y un top rosa, que era mi color favorito, semitransparente con un sujetador rosa fluorescente debajo. Alisé mi pelo normalmente rizado y cayó por mi espalda como una cascada castaña.

Calcé unas sandalias negras a juego con el pantalón y me sentí más sexy que nunca. Mis amigas lucían el mismo estilo veraniego que yo, pero ellas tenían mucha más facilidad para mantenerse delgadas, por lo que me sentía en desventaja. De igual modo, ellas hacían que eso quedara a un lado, porque no pararon de halagarme todo el rato.

Lo cierto era que a pesar de todo lo que estaba pasando, me sentía bien, más fuerte cada día, más segura, y cuando algún hombre me miraba, también me sentía deseable. Si mi ex no lo hacía, era porque él había perdido el

interés, lo que no significaba en absoluto que no pudiera hacer sentir eso a otros hombres.

Aún era joven y tenía mucho por vivir, de modo que bastaba ya de lamentaciones, me dije.

Bajamos al garaje taconeando y subimos a mi Mercedes. En ese instante comprendí que debía buscar un trabajo para ser independiente económicamente. No podía seguir dependiendo de mis padres toda la vida. Ellos tenían sus gastos, y para ello habían trabajado todos esos años, para poder emplear su dinero en divertirse y vivir cuantas experiencias desearan.

Yo debía hacer igual.

Decidí meditar aquello más a fondo pronto.

Bajamos la cuesta y el coche atravesó la puerta de entrada, pero cuando quise darle al mando para cerrar, me di cuenta de que no funcionaba.

La lucecita roja del mando se encendía, pero por más que le daba, no conseguía que las puertas automatizadas se cerraran.

—Voy a ver si de cerca consigo cerrar. Igual es por la pila —dije ofuscada.

—Si quieres te ayudamos a empujarla —sugirió Victoria.

—Mejor pide ayuda a tu nuevo vecino —soltó entonces Leticia con los ojos abiertos como platos.

Victoria miró en la misma dirección y yo hice igual. El tipo era muy atractivo; moreno, musculoso y con un pelo castaño al estilo de Carlos Baute. Charlaba con los tipos del camión de mudanzas.

Miré los bronceados brazos medio tapados por una blanca camiseta de manga corta impoluta, y no pasé por alto un vaquero de color claro, desgastado y rajado por varios sitios. Aunque le quedaba de maravilla y marcaba unas piernas fuertes y sexys, no podía entender por qué razón la gente seguía pagando un montón de dinero por ropa que parece destrozada.

—Vaya... —murmuré.

Mis amigas me observaron y rieron como hienas, las muy pillas.

—Deberías pedirle ayuda —sugirió Leticia.

—Pero a tu nuevo vecino, no al tipo de las mudanzas —intervino Victoria.

Este no era tan feo, pero sí era bastante desgarbado, y además era bajo, por lo que parecía alguien débil para una profesión tan dura como la que tenía.

Dejé de prejuizar al pobre hombre y bajé del coche, no porque fuera a pedirle ayuda a ese desconocido que resultaba ser mi nuevo vecino, sino porque en realidad necesitaba ver si podía cerrar las puertas. Nunca había tenido problemas con ellas, y no tenía ni idea de qué hacer. Era bastante compleja; ¿debería llamar a un cerrajero para esto?

Menudo marrón.

Antes hubiera avisado a mi novio, pero ahora debía apañarme yo sola. Y después del corte que me había dado el muy idiota, prefería dejar la puerta abierta, la verdad.

Desconecté la alarma a través del móvil y después intenté mover la verja. No había forma. Estaba encajada del todo y abierta al máximo para sacar el coche. Qué horror, pensé.

—Hola —saludó una masculina voz a mi espalda. Me sobresalté—. ¿Puedo ayudarte?

Ahí estaba él. Incluso con tacones, me sacaba unos buenos quince centímetros de altura. Me encantaba.

Era muy atractivo, de modo que me ocurrió lo que me solía pasar cuando algún tipo guapo se me acercaba.

Me sonrojé como una colegiala y el nerviosismo se apoderó de mí.

Carraspeé y sonreí.

Como mi coche estaba aparcado fuera, mis amigas no podían verme, aunque no dudaba que aparecerían por allí en cualquier momento para ver qué se cocía.

Tragué saliva antes de hablar. Era bastante vergonzosa, pero no quería que él pensara que era idiota, así que tenía que evitar balbucear como si lo fuera.

—Hola. Pues tengo problemas para cerrar. Parece que esto funciona —expuse mostrándole la llave electrónica—, pero no sé qué le ocurre.

Me preocupaba bastante el tener que llamar a alguien y esperar varias horas para no dejar mi casa desprotegida toda la noche. Menos mal que no era domingo, me dije.

Se mostró cauteloso y no supe qué más decirle.

—No es por meterme donde no me llaman, pero tal vez podría ayudarte si quieres —dijo muy serio.

—Claro, te lo agradezco.

Le tendí la llave electrónica y la observó un instante. Echó un rápido

vistazo a los cierres interiores que movían las puertas de acero y me miró.

—¿Te importa si paso a dentro para ver mejor el tipo de conexiones que hay?

—Entra, el cajetín está por aquí —se lo señalé y no pude evitar mostrarme extrañada por su actitud.

Cualquier otro vecino habría entrado como un resorte para tocar todo el cableado sin preguntarme nada, y encima tendría la desfachatez de hacerme quedar como una inútil. Me había pasado con unos aspersores que se estropearon y mojaron el jardín del otro vecino una tarde. Se armó una buena, y en lugar de dejarme solucionar el problema a mi modo, el marido de mi vecina entró en casa, llamó a un conocido suyo porque tenía confianza con él, y lo único que pude hacer fue pagar al hombre que arregló el problema.

Luis estaba trabajando aquel día, de modo que una vez más me alegré de tener video vigilancia en los exteriores de casa. Mis padres se encargaron de la instalación porque pasaban mucho tiempo viajando, de modo que todos estábamos algo más tranquilos.

Encontrar a un nuevo vecino que no fuera un entrometido era una bendición. Y un regalo para los ojos, para qué mentir.

Miró unos segundos los cables y movió algunos conectores. La verdad es que no tenía ni idea de lo que hacía, pero al cabo de un instante, la puerta estaba arreglada.

Me devolvió el mando y mostró una sonrisa de orgullo.

—Muchas gracias —dije sin saber qué más añadir.

Conecté la alarma cuando pude cerrar al fin, y sentí que debía decirle algo más. Me había salvado de un buen lío. No es que mis padres se hubieran enfadado por una avería normal en casa, sino porque no quería pasar la noche del viernes allí aburrida mientras algún carísimo técnico arreglaba una puerta que mi vecino había puesto en marcha en cuestión de segundos.

—¿Eres electricista? —pregunté en un torpe intento de empezar una conversación.

Soltó una risita y negó con la cabeza.

—Bueno, algo sé de electricidad, pero más bien de coches —explicó sin dejar de mirarme.

Me sonrojé un poco más. El tipo era muy atractivo, y aunque mostraba cautela, lo cierto era que había algo en él que llamaba la atención, y no solo por su imponente físico.

Le observé sin cortarme.

¿Le había visto en algún sitio?

—Tengo la sensación de que te he visto antes —dije en voz alta.

El tipo dio un paso atrás. Se mesó el pelo con las manos y se mostró reservado. Sentí que había dicho algo incorrecto.

—Perdona, no pretendía coquetear, pero tengo la sensación de que nos hemos cruzado antes —expuse avergonzada por mi escrutinio—. No importa, no era mi intención molestarte, pero si algún día necesitas algo, no dudes en llamar a mi puerta. Te agradezco tu ayuda, de veras.

Me alejé a toda prisa, sin mirar atrás, y subí al coche justo en el momento en que vi que el camión se movía para alejarse. No vi a mi vecino por allí, claro que me encontraba bastante lejos y la entrada de su casa ya ni se distinguía desde allí.

Después de un rato, mis amigas no pudieron resistir más y me interrogaron sobre lo ocurrido.

—Me extraña que no estuvierais observando con disimulo a lo lejos —bromeé.

—Queríamos dejarte a solas con el tío bueno que vive al lado —soltó Victoria. Leticia se reía a carcajadas.

Puse los ojos en blanco mientras conducía al centro. Entre risas y bromas, llegamos al parking habitual y dejamos el coche a buen recaudo antes de ir a una nueva discoteca que estaba muy bien. No había tantos borrachos y sobones como en otras, el local estaba limpio y no olía a humo, y las bebidas eran de calidad, claro que los treinta euros que cobraban solo por la entrada, podía tener mucho que ver. Por supuesto era mejor eso que ir a cualquier lugar donde en una buena noche podrías quedarte sin teléfono móvil.

La cosa estaba fatal, y podías encontrarte con gente horrible en cualquier lado. Era mucho mejor pagar por tener una seguridad decente cuando salías de fiesta.

Victoria y yo bailamos durante horas mientras que Leticia pasó buen parte de la noche coqueteando con un tipo rubio muy atractivo. Thor no tenía nada que envidiarle, y me dio algo de envidia su facilidad para conectar enseguida con hombres atractivos.

Llevaba tantos años fuera del mercado que no sabía ni cómo hablar con hombres. Incluso estando con Luis, cada vez que un tío se me acercaba, y si

era guapo, me ponía roja como un tomate y solía decir alguna tontería.

No me quedaba muda ni balbuceaba, pero lo que me pasaba no era mucho mejor. Era incapaz de relacionarme con el sexo opuesto, y no es que antes hubiera deseado hacerlo, pero mi incapacidad para hablar con algo de normalidad con hombres guapos me iba a acarrear algún inconveniente.

Algún día querría rehacer mi vida, pero, ¿cómo iba a lograrlo si siempre me resultaba tan difícil entablar conversaciones normales con desconocidos?

Pensé en mi vecino porque era algo reciente, y me sentí una patosa al recordar sus reacciones. Tal vez dije algo que no debería haber dicho, aunque mis amigas no estuvieron de acuerdo conmigo.

Dijeron que quizás era tímido. Algo me decía que no era el caso, pero no le conocía de nada, de modo que todas esas suposiciones eran una tontería.

Lo mejor sería dejar de pensar en cosas de las que no estaba segura.

Si algún día me tropezaba con él, podría preguntarle si dije algo incorrecto que le molestara, aunque me parecía una mejor opción dejarlo estar.

No quería tener problemas con mi nuevo vecino. ¿Qué más daba lo que pensara de mí?

Tal vez ni me cruzara mucho con él.

Llegamos de vuelta sobre las cinco de la mañana y me alegré de no tener problemas con la puerta. Hubiera sido un fastidio quedarme fuera de casa a esas horas. Cuando mis amigas se aseguraron que podía entrar sin problemas, se marcharon en sus coches.

Me fui a la cama enseguida, tan cansada que parecía un zombi, y no me molesté en quitarme maquillarme o la ropa. Al día siguiente me arrepentiría, pero en ese instante me parecía una minucia.

Desperté sobresaltada, con el corazón latiendo a toda prisa y algo desorientada. Olvidé conectar el ventilador de techo, ya que el aire acondicionado no era lo mejor para dormir, y noté que estaba empapada.

—Qué asco de pesadilla —murmuré para mí.

Había soñado con las fotos de Luis y Celia, y me arrepentía ahora de haber estado cotilleando sus perfiles en las redes sociales. Eso solo me hacía

daño, pero no pude evitarlo la tarde anterior.

Miré el teléfono y supe que encontraría algo que no deseaba enfrentar. Eran casi las tres de la tarde y hacía calor. Después de asearme y quitarme buena parte del maquillaje, llamé a mis padres.

Los gritos no se hicieron esperar. Tenía unas veinte llamadas perdidas y cientos de mensajes que no tenía ni ganas de leer.

—¡Nerea! ¿Qué ha ocurrido contigo y con Luis? ¿Qué está pasando, hija?

Mi madre lloriqueaba y mi padre la consolaba a su vez. Podía oírles a los dos hablando al mismo tiempo.

Intenté respirar hondo.

—Mamá, perdona por no decírtelo antes, pero no quise estropear tu viaje —dije con sinceridad.

—¿Estropear? Mi pequeña... —se lamentó con tristeza—. ¿Es que Luis te ha dejado para estar con otra mujer? Sus padres están destrozados porque han hablado con él hace poco, aunque no han conseguido que les cuente mucho —explicó con la voz quebrada.

Suspiré.

Luis había sido un idiota al dejar que pasara esto. Debió esperar para darles la noticia en persona y explicar bien lo sucedido, porque ahora teníamos a nuestros padres a miles de kilómetros y preocupados por nosotros. Después de una relación de veinte años, y una amistad familiar desde hacía muchos más, ahora todo se acababa.

Esperaba que la amistad no se rompiera, la verdad.

Yo adoraba a mis suegros, aunque debía empezar a olvidarme de ese término. La voz de mi conciencia me dijo que eso ya era cosa del pasado.

Pasado, sí, aunque era tan reciente... como una herida recién abierta, sangrante y dolorosa. Aun con todo, tenía que superar eso.

Bien, ahora solo eran Carlos y Julia.

—No puedo hablar por él, pero ya sabes que son cosas que pasan... —expuse tratando de sonar tranquila y segura de mis palabras—. No se puede luchar contra lo que uno siente, mamá. Si las cosas han surgido así, será por algo.

—Luis no es consciente de lo que deja escapar. Vales mucho, mi niña preciosa.

Mis lágrimas no se hicieron de rogar, otra vez, pensé cansada de ello.

—Eso ya me da igual, si prefiere a otra después de todo lo que hemos vivido, él sabrá lo que hace, y si no lo sabe, pues que se aguante. Es su decisión, y yo no puedo hacer nada por hacerle cambiar de idea —dije cansada—. No hay nada que pudiera hacer yo que le haga quererme de nuevo... si no siente lo mismo, pues haremos nuestra vida por separado y ya encontraré a alguien que me quiera —solté casi sin aliento.

Hubo un largo silencio entonces.

—Cariño, ahora mismo no sé ni qué más decirte —expuso angustiada—, pero tranquila, que vamos a ir a España ya. Te iré llamando para ver cómo estás.

—Sé fuerte, pequeña. El tiempo pondrá todo en su lugar.

Mi padre me sacó una sonrisa. Siempre lo lograba.

—Eso espero, papá. —Aclaré mi garganta—. Estoy deseando veros, pero estoy bien. No desperdiciéis el tiempo viniendo a toda prisa, ¿de acuerdo?

Mi madre refunfuñó algo malhumorada, aunque estaba casi convencida de que no estaba enfadada conmigo, pero sí molesta con la situación. Nos despedimos enseguida porque iban a organizarlo todo para volver unos días, y cuando colgué, me di cuenta de que Luis me había llamado varias veces.

Ahora estaría en casa de vuelta del trabajo para comer, pero no me extrañaba que llamara en vez de acercarse a casa para hablar en persona.

Ignoré su nueva llamada y abrí las ventanas un poco. El aire que entraba era cálido, pero no estaba mal teniendo en cuenta que estábamos en junio. El verano no había llegado, y en cierta medida me alegraba.

Me puse el bañador y bajé a la piscina. Como era climatizada, daba gusto meterse en cualquier momento del año. Tal vez si nevaba, no estaría genial precisamente, pero tampoco es que en Granada hubiera nevado este invierno pasado en otro lugar que no fuera la Sierra.

Observé pensativa la belleza de mi casa. Era mía, y me resultaba inconcebible. Muchas personas pasaban la vida trabajando duro para tener una vivienda tan grande como la que mis padres me habían legado, y me sentí algo mal al pensar que no me la gané con esfuerzo.

No me importaba que la gente pensara que era una niña mimada, porque no era cierto. Oh bueno, mis padres me mimaban siempre, incluso a distancia, pero eso era otro asunto.

Y tampoco era como si no hubiera hecho nada jamás, sino que en

realidad llevaba años parada.

El sol calentaba ya, y era normal, porque en breve estaríamos en julio, y yo habría cumplido los treinta años. Qué horror, pensé.

Extendí la toalla en el césped aún un poco húmedo, y puse mi diario encima para que no se mojara. Entré en el agua y mientras nadaba, me pareció ver algo que no estaba en la casa de mi vecino antes.

En su jardín había una casa del árbol, y no sabía el motivo, pero estaba instalada justo en el que daba a mi casa. Suponía que sería el más grande que tenían plantado en la propiedad, porque la vivienda era bastante grande.

Me fijaba en ella porque de pequeña quise una, pero mi padre no se fiaba de su estabilidad, de modo que me compró dos casitas enormes que puso en el jardín, junto con un tobogán y un columpio. Siendo pequeña, con mis amigas, jugábamos durante horas allí. Sacábamos las cocinas, las muñecas, los carritos y montones de cosas, y construíamos increíbles historias de mamás y papás.

Qué tiempos inocentes.

Lo cierto era que siempre pensé que a estas alturas estaría casada y al menos con un hijo. No tenía nada de eso, y encima me alejaba más de esa idea.

Qué absurdo, pensé.

Los sueños de una niña de ocho años eran solo eso, sueños.

La nueva escalera de madera no era lo único nuevo que había en la casa del árbol del vecino. Me pareció ver a alguien dentro, y me imaginé que sería él.

Me resultó extraño, y hasta gracioso el imaginar a un hombre adulto dentro de un espacio pequeño que normalmente era para que los niños jugaran.

Salí del agua al cabo de un rato y me quedé en el bordillo un momento para secarme. Mi estómago rugió y entré en casa para llamar y pedir una pizza. No me gustaba cocinar, y la verdad era que tampoco tenía el menor interés en aprender. Mientras se pudiera pedir comida a domicilio, no moriría de hambre, y con las facilidades y la variedad de hoy en día, ese problema ya no existía para mí.

Sonreí mientras salía con mi teléfono en la mano. Lo solté encima de la toalla y, después de quitar la mayor parte del agua de mi castaña melena, lo sujeté con una goma de pelo con un moño improvisado.

Me di cuenta de que estaba dando todo un espectáculo cuando vi que mi vecino se encontraba encaramado a la escalera de su casa del árbol y me observaba sin disimulo mientras sujetaba un taladro portátil.

Algo cohibida, se me ocurrió que saludar con la mano podría ser un modo de romper el hielo, y ese súper incómodo momento con aquel atractivo desconocido. Él pareció despertar de un sueño. Sacudió la cabeza y varios de sus mechones de pelo se movieron de su lugar.

Pensé que me gustaría acariciar ese sedoso pelo de un tono castaño oscuro, y tuve que tragar saliva.

¿En qué rayos pensaba?

Al tener un cuerpo bastante corriente, de repente sentí vergüenza de que un hombre me estuviera viendo en bikini. No estaba rellanita, pero sí era consciente de que mi estómago no era del todo plano, y mis muslos y mi trasero podían estar más duros y menos llenos.

Me gustaba el ejercicio, pero sí era cierto que no iba a correr cada día, ni comía tan sano como debería. Casi me arrepentí de la pizza que acababa de pedir, claro que me consolé sola diciéndome que al menos no era de tamaño familiar.

Estaba claro que quien no se consolaba era porque no quería, me dije con sarcasmo. La voz de mi conciencia guardó un ensordecedor silencio.

—Gracias por lo de ayer —dije para empezar una conversación.

—De nada —asintió complacido—. ¿Ha vuelto a darte problemas?

—Ni uno solo —sonreí.

—Bien, me alegro. Si vuelve a quedarse bloqueada me avisas. Puedo enviarte a alguien que trabajará muy bien para que no vuelva a pasar —expuso.

—Muchas gracias —dije entusiasmada—. Es genial encontrarse con vecinos como tú.

Sonrió sin decir nada, y pensé que tal vez había sido efusiva de más.

—¿Qué tal se está dando la mudanza?

Puso cara de circunstancias y pensé que su sonrisa era más por cortesía. No me equivocaba.

—No tan bien —confesó—. Los aparatos de aire acondicionado están averiados, y la piscina vacía porque la depuradora también está rota.

—Vaya, lo siento mucho. Si puedo ayudarte en algo —sugerí, aunque ni yo sabía en qué podía echarle una mano.

Estaría apañado si quería contar conmigo para arreglar alguna avería, pensé con ironía.

—Están en ello —dijo señalando la casa con la cabeza—. Y dormir aquí es bastante cómodo.

Esa vez señaló la casa del árbol y me extrañó.

—¿Has dormido ahí?

—Sí, es como volver a mi infancia —dijo riéndose.

Hablaba con añoranza y quise saciar mi curiosidad. Tenía una corazonada, si es que se podía llamar así.

—¿De pequeño tuviste una casa del árbol?

Sonrió.

—Esta, para ser exactos.

Abrí mucho los ojos por la sorpresa. Un vago recuerdo vino a mi mente.

—De modo que tú eres Alonso Gallego —dije con tono interrogante. Él asintió—. ¿Has vuelto para comprar la casa de tus padres?

—No exactamente. Lo cierto es que ha estado alquilada durante muchos años. Como se quedó vacía, pensé en reformarla para instalarme de forma definitiva en unos años.

Me pregunté por qué razón iba a arreglar la casa para no vivir en ella ahora.

No quería interrogarle y acabar molestándole, pero Alonso había ido conmigo a la guardería y a preescolar, y conocí a su familia antes de que se marcharan a vivir a Madrid hacía ya muchos años. Si no recordaba mal, Alonso tenía solo un año más que yo. No era tan desconocido como creí al principio.

—Ah, bien. Perdona, no quise cotillear, pero me sorprendió que fueras tú —me disculpé por si se sentía asediado a preguntas por la vecina de turno—. Supongo que ni te acordarás de mí.

—Sí, lo cierto es que ayer no me di cuenta, pero al verte en la piscina... —al soltar aquello se sonrojó y se dio cuenta de lo que estaba diciendo— quiero decir que he recordado cuando me invitabas a la piscina durante los veranos.

—Puedes pasarte si quieres, al menos mientras pongas a punto la tuya —le invité, intentando no parecer una soltera desesperada.

—No me parece una buena idea.

Su brusquedad me sorprendió. La verdad es que parecía algo molesto,

pero no entendía el motivo.

Ahora no me parecía algo tan extraño invitarle a la piscina, ya que habíamos sido vecinos en el pasado, y ya había estado en mi casa antes.

—Bueno, como quieras —dije cabizbaja.

Recogí mis cosas de manera apresurada y me alejé para entrar en casa, y le oí a lo lejos.

—Nerea —gritó—. Lo siento mucho, no quería ofenderte, pero estoy muy liado con la casa y...

—No te preocupes —le corté—. Apenas me conoces. Me ayudaste y te lo agradezco, pero no tienes que ser amable conmigo —añadí resuelta—. Que te vaya bien.

Saludé con la mano libre e incluso a lo lejos, le noté perplejo, y muy serio.

Cerré la puerta del salón trasero con rapidez y solté las cosas en un sofá cercano. Fui a darme una ducha rápida y medité sobre lo sucedido.

Me pareció que me observaba con cierto interés cuando estaba en bikini, pero era consciente de que tal vez eso solo existió en mi imaginación. No estaba tan delgada como otras mujeres, y no a todos los hombres les gustaban las curvas. Tal vez solo fuera mera curiosidad al sorprenderme allí.

Hidraté mi cuerpo y me puse espuma en el pelo junto con unas gotas de perfume en el cuello. Al cabo de unos minutos oí el timbre que anunciaba la llegada de la comida.

Mi estómago rugió impaciente.

La voz de mi conciencia, esa que miraba por mi salud, me decía que debía dejar un poco las comidas híper calóricas, pero no me apetecía nada salir a comer.

Esa noche podría pedirle a Victoria que cocinara algo en casa antes de irnos de fiesta.

O podríamos celebrar una fiesta de pijamas en casa. Películas, y aperitivos saludables. No tan divertidos, pero bueno, en ninguna parte decía que era obligatorio comer palomitas hasta reventar en una noche de chicas.

Le mandé un mensaje y me lo confirmó al instante. Igual que Leticia; lo bueno que tenía el que fuera gerente, era que no debía rendir cuentas a nadie en el trabajo.

Se me ocurrió algo entonces. Esa noche hablaría con ella para ver si era posible la idea que me rondó por la mente.

Sonreí y me olvidé del hombre increíblemente guapo que vivía a unos pocos metros de mí.

En verdad le conocía poco, y no éramos amigos, ni nada, así que no debería afectarme lo que me dijera, o cómo me lo dijera.

Había sido un poco antipático, pero quizás yo me había pasado al invitarle. No quería suponer nada, porque lo más seguro era que estuviera equivocada, pero sí imaginaba que me tomaría por una mujer demasiado atrevida. Era una cualidad que no atraía a todos los hombres, eso desde luego. Ignoré el tumulto de pensamientos agolpados en mi mente y hasta mi voz interior suspiró aliviada.

Esa noche, cuando Victoria y Leticia salieron del trabajo, llegaron a casa y fuimos a comprar todo lo necesario. Teníamos el tiempo justo, de modo que fuimos al supermercado y yo me encargué de buscar fruta, Victoria se hizo con chocolatinas variadas bajas en azúcar y Leticia se encargó de coger bebidas light y otras con un bajo porcentaje de alcohol.

Habría películas, juegos de mesa, amistad y muchas risas. Me gustaba estar con mis conocidos y otros colegas que me apreciaban, pero ellas dos eran mi mayor apoyo. Lo sabían todo de mí, incluso más cosas que Luis. Sabían qué necesitaba, qué quería, y por eso solo necesitaba escribirles un mensaje con alguna loca idea, y hacían lo imposible por estar a mi lado. No cuestionaban nada.

Fue una noche genial, justo lo que me hacía falta para tener una noche feliz. Empezaba a sentir que mis ánimos bajaban a veces, y eso no me gustaba de mí misma. Yo no era así. Solía ser positiva y feliz.

Al menos hasta hacía unas dos semanas.

Cuando llegó el momento de las copas, los juegos se volvieron más atrevidos.

Verdad o reto.

El famoso juego juvenil nos estaba haciendo soltar bombas informativas entre nosotras, y eso teniendo en cuenta que nos lo contábamos todo, era demasiado.

Me tocaba reto, y Leticia estaba lista para hacérmelo pasar mal.

—Tienes que ponerte tu disfraz de policía sexy y echarte una foto para subir a Instagram.

La idea para hacer más interesante este juego era no poder decir que no. En caso contrario y siguiendo las reglas normales, la cosa tenía gracia, pero no tanto como de este modo.

—Ni lo sueñes, si se me ve todo —me quejé haciendo pucheros.

—Venga, tú podrás decidir qué foto subes, pero al menos una sí tienes que poner.

—No hace falta que la ponga en el perfil, ¿no? —preguntó Victoria que; aunque bastante contenta con el punto que le daba el alcohol, mantenía un poco el orden entre nosotras.

Fingió meditarlo con una cara muy graciosa. Sabía que no me obligaría a hacer algo así. Nunca me haría quedar como una buscona delante de todos en internet, cuyo público era el mundo entero.

—No, no hace falta que la subas, y tampoco que hagas foto si no quieres. Pero sí quiero verte con ese disfraz, porque... —hizo una pausa dramática— me gustaría comprarme uno y me hace ilusión que te lo pongas y poses con él —añadió cuando casi me dio un ataque al corazón.

Victoria se echó a reír a carcajadas.

La miré y sonreí con ganas.

—Tú riéte, guapa, pero que sepas que también tengo el disfraz de bruja sexy y enfermera, y vosotras también vais a hacer el tonto igual que yo —las reté.

—Eso es salirse del juego.

—Me pido enfermera —soltó Leticia.

Victoria puso los ojos en blanco, pero sonreía algo avergonzada.

—Vamos, Vic. Será divertido —la animé.

—Está bien —dijo de repente, sin pensarlo mucho en realidad.

Fuimos corriendo a mi habitación, y con correr me refería a andar a trompicones por culpa de la bebida. Íbamos riéndonos, bromeando, y fingiendo un pudor a causa de los disfraces, que en realidad entre nosotras no sentíamos. Había confianza de sobra.

Nos contábamos todas las intimidades imaginables y personales. No había secretos entre nosotras, al menos no importantes. Esta noche habíamos descubierto que Leticia había hecho un trío con dos hombres hacía un par de meses, y era algo que jamás había surgido en nuestras conversaciones.

Me gustaba la forma tan abierta y normal en que trataba el sexo, aunque estaba convencida de que yo jamás cruzaría esa línea.

Si ya era difícil mantener una relación, por corta que fuera con un solo hombre, no podía ni imaginar meter a un tercero en la ecuación. Tampoco podía opinar del tema puesto que nunca había participado en algo así, sin embargo, mi idea sobre el que hubiera terceras personas en una pareja, fuera del tipo que fuera, me parecía insostenible.

Ahora más que nunca.

Pronto olvidé todo eso, y es que era bueno tener muchas distracciones para evitar que mi cabeza se saturara con cosas que, o bien me hacían daño, o simplemente sobraban para mi paz mental.

La voz de mi conciencia estuvo de acuerdo conmigo, y es que tal vez parecería incongruente, pero estábamos en desacuerdo más a menudo de lo que me gustaría admitir. Incluso ante mí misma, pensé con ironía.

Al cabo de unos minutos, estaba con mi uniforme de “poli sexy”, peleándome con el ajustado corpiño de cuero negro, y es que los disfraces que compraba, eran de buena calidad.

Para lo que me habían servido...

Quise hacer cosas nuevas, provocadoras y divertidas en mi relación, pero después de comprar unos cinco diferentes, Luis me miró con cara de escándalo al ver lo que pretendía.

Sí, quería montar un *striptease* para mi hombre. Al final no lo hice. Acabé avergonzada y sintiéndome como una golfa que solo pensara en sexo. Para mí era importante, pero no lo principal en una relación. Solo pretendía revivir la pasión del comienzo de nuestra relación sexual, que tardó en llegar, ya que entonces yo solo tenía diecinueve años.

Siempre me gustaba hacer cosas nuevas sin traspasar la línea, pero, al fin y al cabo, para que no cayéramos en la rutina de todas las parejas que llevaban tantos años juntos.

Luis era muy diferente en ese sentido. Era tan clásico como el libro del Quijote, y no era algo que estuviera dispuesto a cambiar o mejorar por mí.

Eso que se perdía.

—Las chicas están en su pleno apogeo —bromeó Leticia refiriéndose a mis pechos.

En verdad me veía sexy. Toda una mujer, con curvas en los lugares donde debían estar.

Mi amiga me revolvió el pelo y mis ondas cayeron desordenadas y salvajes.

—¡Nerea! Estás rompedora —gritó Victoria.

El espejo de cuerpo entero de mi habitación me devolvía la imagen de una mujer cuyos ojos castaños ocultaban mucho dolor pasado, pero con un exterior que rompía con todo, como decía Victoria. ¿Sería esa imagen un reflejo de mi interior, aunque yo no estuviera del todo segura de esa fuerza?

—Eres una mujer preciosa, y vales muchísimo —dijo Leticia con gran sentimiento—. Solo quería que tú lo vieras.

La miré y mis lágrimas mojaron mis mejillas. Le di un abrazo fuerte y largo, y Victoria se nos unió.

Ellas también sollozaron.

—A veces se te olvida eso, Nerea, pero aquí estamos nosotras para recordártelo cuando haga falta —Victoria asintió emocionada—. Eres una persona maravillosa, atenta, cariñosa y fiel. Seguro que hay alguien a tu altura, esperando que os encontréis.

Sonrió con picardía, segura de sus palabras, y por un momento, incluso yo estaba segura de que el destino me tendría reservada alguna agradable sorpresa.

—Más diversión y menos lágrimas —añadió Leticia dando varias palmas para enfatizar sus palabras.

Casi parecía una maestra de educación infantil.

—Estoy de acuerdo —convino Victoria.

—Yo también —dije más animada. Sonreí.

Me calcé unos botines con tacón alto y me puse la gorra a juego con el conjunto.

—Solo te falta la porra —bromeó Victoria entre carcajadas.

—Sí, una buena porra es lo que necesitas —chilló Leticia, subiendo el tono de la conversación.

Abrí los ojos como platos y me reí también. Menuda locura estaba empezando a ser esta fiesta.

Cuando mis amigas tenían ya sus uniformes de enfermera y bruja sexy al completo, bajamos a la planta principal para hacer un pequeño karaoke improvisado. Eran las dos de la mañana, pero no íbamos a hacer demasiado jaleo, y la distancia entre las casas facilitaba el no molestar a los vecinos de las cercanías.

Lo último que quería era hacer enfadar a Alonso.

Bueno, quizás un poco, me dije.

Estábamos a punto de cruzar el recibidor para ir al salón cuando alguien llamó a la puerta.

Era extraño, ya que la verja exterior debería estar cerrada. Sentí un poco de miedo, aunque si alguien tenía intención de robar o hacerme daño, no estaría llamando a la puerta.

—¿Quién diantres viene a molestar a estas horas? —pregunté en voz alta.

Mis amigas sisearon detrás de mí para que el invitado sorpresa no me escuchara, aunque era tarde para eso; ellas también estaban un poco extrañadas por la misma razón que yo.

Eché un ojo por la mirilla y me quedé de piedra.

—Es Alonso —musité.

—El tío bueno —soltó Victoria sin necesidad.

—Mmm... —no hacía falta que Leticia dijera nada más. Alzó las cejas al mirarme.

Solté una risa nerviosa y me dispuse a abrir. Mis amigas empezaron a protestar, pero el alcohol se había hecho cargo de mis actos, y mis extremidades.

Cuando quedé a la vista, me pregunté qué demonios se habían apoderado de mí. Sentí que el calor subía hasta concentrarse en mis mejillas. La cara de Alonso era todo un poema. Era evidente que estaba azorado.

Resopló, y no dijo nada en unos segundos.

—Perdona por las pintas —dije sin sentirlo en absoluto—. Noche de chicas. No estás invitado.

Sonreí achispada.

—Eso es evidente —soltó él con los ojos brillantes.

Algo me dijo que no parecía molesto por mi ingeniosa salida. Me alegré, porque no era mi intención cabrearle, solo chincharle.

—¿Necesitabas algo? —pregunté.

Él se aclaró la garganta. No estaba segura del motivo concreto, pero el chico parecía tener dificultades para hablar. Claro que no era un chico, sino todo un hombre. Sentí deseos de abalanzarme y besarle, pero no era una buena idea. Aún era dueña de algunos de mis actos.

—Salí un momento a tirar la basura y vi que tu verja está abierta —explicó—, y al ver luces y escuchar música, me imaginé que estarías despierta.

—Hemos montado una fiesta de pijamas —expuse de manera innecesaria.

Debíamos estar armando mucho más jaleo del que pensábamos.

Cuando vi su cara de circunstancias, y su mirada posada en mis pechos, mis pensamientos fueron en otra dirección. ¿Estaría pensando en una fiesta caliente?

—Oye, es una fiesta entre amigas, no es ningún rollo raro —dije sin poder evitar reírme.

Mis amigas se carcajaban también a mis espaldas.

Al girarme, vi que Leticia ponía morritos, Victoria, algo más cortada, intentaba bajar un poco su uniforme de bruja que enseñaba más piel de la que ocultaba.

—No pienses mal, es que hemos bebido un poco y jugábamos a verdad o reto...

—No pienso nada de nada. Cada uno que haga lo que quiera —me cortó alzando las manos como si un escudo se tratara—. Solo quise avisarte sobre la puerta, por si necesitas algo.

Me sentí juzgada por el simple hecho de estar haciendo tonterías en mi casa. No me gustó nada, y casi le solté una fresca, pero necesitaba su ayuda para no tener mi casa abierta a cualquier extraño. Estaba claro que el menos pensado podía colarse, y algo peor, como esconderse en cualquier rincón de los exteriores.

No quería más sorpresas.

—Si me ayudas a cerrarla, te lo agradecería mucho.

—Agradéceselo muuucho —bromeó Leticia.

Me reí al igual que Victoria, pero al ver la cara de palo de Alonso, me contuve. Era un soso.

Por dentro estaba que echaba humo.

—¿Vas a salir de casa vestida así? —me preguntó cuando vio que esa era justo mi intención.

Solo había dado un paso hacia delante, pero ya estábamos muy cerca.

Mi lengua me traicionó en ese momento.

—Si prefieres me lo quito todo —espeté desafiante.

Su mirada se clavó en la mía, oscura, determinante. Me dieron ganas de saltar sus carnosos labios y no dejarle escapar, pero me contuve a tiempo.

Tragó saliva con cierta dificultad y al final apartó la mirada hacia el

suelo antes de volver a mirarme.

—Casi mejor que no —apuntó cauteloso.

Puse los ojos en blanco y caminé hacia la entrada.

Dejé que mirara la caja con las conexiones que al parecer tenía algunos problemas, y me ayudó a cerrar la puerta manualmente. Cuando solo quedaban unos treinta centímetros, se detuvo.

Le observé contrariada.

—¿Qué pasa?

—Perdona si te he ofendido antes —carraspeó nervioso.

Parecía totalmente fuera de su elemento. Casi me conmovió, pero aún estaba molesta por sus reacciones conmigo.

—No me gusta que me juzguen sin conocerme, y parece que tú lo has hecho desde el principio —le acusé.

—Tú no has dicho nada malo, es que yo...

Detuvo su explicación y le miré con preocupación.

—No le he contado esto a nadie, pero he tenido una experiencia terrible con mi ex novia, y ahora mismo no me encuentro del todo cómodo con las mujeres.

—Tranquilo, no hace falta que me cuentes nada —expuse con prudencia—. Pero no puedes prejuzgar a todo el género femenino solo porque una mujer te haya hecho daño.

—Tampoco tú deberías suponer que sabes por lo que he pasado —saltó de repente. Noté que contenía su furia interior y quise saber más, pero no iba a preguntarle, porque saltaba a la vista que era algo que aún tenía muy presente.

—No lo hago —dije a la defensiva—. Yo también he pasado por algo horrible con mi ex novio, y no por ello pienso mal de todos los hombres.

Resopló y supe que nada de lo que dijera le iba a sacar de su cerrada opinión sobre el asunto. No sabía lo que él había pasado, estaba claro, pero mucha gente tenía problemas y no los pagaba con cualquiera que se encontrara por la calle.

No se movió de donde estaba, y no dijo nada más; algo dentro de mí se rompió.

—Después de veinte años de relación, y siendo el único hombre con el que he estado, él me dice que ya no siente lo mismo por mí porque se ha enamorado de su secretaria, que es mucho más joven que yo. Estoy a punto

de cumplir los treinta años y no he encontrado un trabajo o una vocación que me apasione de verdad. No puedo decir que he ganado lo que tengo con mi esfuerzo, porque desde niña he tenido todo lo que he querido, y eso ahora me agobia más de lo que jamás hubiera imaginado. Echo de menos a mis padres, que están viajando juntos por el mundo mientras yo siento que han pisoteado mi corazón y que me hago mayor sin haber logrado nada realmente importante...

Me quedé sin aliento mientras mi corazón bombeaba con fuerza.

Las lágrimas mojaron de rabia mis mejillas.

—Todos sufrimos por alguien, así que no des por hecho que eres el único —espeté—. Gracias por esto —dije mirando la puerta. La sujeté con fuerza.

Hice un esfuerzo por acabar de cerrar, pero fue imposible. Alonso guardó silencio, pero me ayudó a bloquear la puerta hasta que al día siguiente pudiera llamar a algún técnico.

Me alejé hasta casa para evitar que me dijera algo más. No creía que fuera a hacerlo, pero era mejor evitar la tentación.

3

Regresé a la fiesta y acabamos con el juego en seguida. Nos pusimos a ver más películas con nuestros sexys disfraces y al final sí nos hicimos fotos; claro que no íbamos a publicarlas. Quedarían para recuerdo.

Mis amigas me animaron a disculparme con Alonso, ya que ellas también le habían conocido en el colegio antes de que se marchara a Madrid por el trabajo de su padre. Este fue militar y se mudaban con frecuencia. Yo no lo sabía, pero al parecer sus padres murieron hacía unos años en un accidente de moto.

Era terrible, y me sentí mal por su experiencia tan traumática, pero nada de eso era culpa mía. ¿Qué razón tenía él para ser antipático conmigo?

No era yo la que le hizo daño.

Sin embargo, me rondaba por la cabeza la idea de dar mi brazo a torcer. No me sentía muy inclinada hacia esa opción, pero eso solo me creaba malestar. ¿Iba a ser yo la persona que pagara con otra sus frustraciones y miedos?

Debería predicar con el ejemplo.

Esa noche me fui a la cama con nuevas reflexiones, y no pensé en Luis ni un instante.

Claro que eso no duraría mucho. Lo sabía.

A la mañana siguiente, llamaron al timbre a las diez y media de la mañana.

No me hubiera importado cualquier otro día, pero la noche anterior nos acostamos tardísimo, y estaba molesta por la interrupción de mi sueño.

Por suerte para mí, llamaban al fono de la calle. Miré la pantalla y casi me dio un infarto.

Mis amigas refunfuñaban algo en la planta de arriba.

—No lo vais a creer... son Alonso, Luis y Celia.

Bajaron en tropel y me hicieron salir de casa para abrirles la puerta.

No quería tener a toda esa gente en mi hogar, a esas horas y estando yo

en pijama, pero por una parte me moría por curiosidad sobre el motivo de que estuvieran allí, y por otro, no quería dejar a Alonso fuera con mi ex.

¿Y si le decía algo malo de mí? No es que me importara su opinión, la de ninguno de los dos en realidad, pero no quería que cotillearan sobre mis cosas.

Bajé para abrir y me tuvieron que ayudar para conseguirlo. Esta vez fue más fácil lograrlo. Y no era casualidad, sino porque Alonso había llamado a un amigo suyo, como bien explicó al presentarme a un tal Miguel. Era simpático y parecía competente, por lo que no me importó demasiado que me fastidiaran la mañana del domingo.

El hombre trabajaba y los demás nos repartimos en dos grupos para esperar a la sombra de un árbol.

—¿Cómo llevas estos meses retirado? —preguntó Luis a Alonso.

Este no parecía contento con la curiosidad de mi ex, pero la nueva chica de este, sí que se mostraba intrigada, y hasta casi embobada.

Lo que me resultaba extraño era que hasta Luis parecía ensimismado.

—¿De qué os conocéis vosotros? —solté.

Me quise morder la lengua. Sin embargo, mi salida no fue lo más molesto para mí. Celia me miró como si fuera estúpida y le devolví una mirada mordaz.

—No conoces a Alonso Gallego —señaló Celia con sarcasmo.

—Fue vecino mío y de Luis hace muchos años... así que sí, le conocí, pero me ha sorprendido que él le reconociera tan rápido, porque cuando Alonso se marchó tenía unos ocho o nueve años —expuse molesta.

Quería mandarla a paseo, pero debía ser educada. ¿Por qué? Ni yo misma lo sabía, y hasta la voz de mi conciencia estaba de acuerdo conmigo esta vez.

Alonso carraspeó nervioso al notar la tensión palpable. Luis se mantuvo en silencio también.

—Alonso es uno de los mejores pilotos de Fórmula 1 del mundo —explicó Luis.

—Vaya, pues enhorabuena —le dije a él sin saber qué más decirle.

Tenía una vaga idea de lo que eso significaba, pero tampoco es que me importara. Era rico y famoso al parecer... Menuda novedad. Había en el mundo un montón de personas con estatus social y eso no significaba que fueran personas dignas de conocer. No es que pensara algo así de él, pero mi

interés era más físico que otra cosa.

No le conocía en realidad, y conmigo no había sido muy amable.

Ese último detalle quedó invalidado al darme cuenta de la situación. Había venido a ayudarme de nuevo con la dichosa puerta de entrada.

—A ver, entiendo que Alonso haya venido porque me dijo que mandaría a alguien para arreglar mi portón, pero no sé qué hacéis vosotros aquí —expuse mirando a Luis e ignorando a Celia a propósito.

—No contestas al teléfono —empezó a hablar con cautela—. Solo quería hablar contigo... cuando nos topamos con tu nuevo vecino.

—Con tu perrito faldero —mascullé enfadada.

Todo el mundo me oyó, claro.

Me sonrojé por vergüenza e impotencia, pero no me iba a disculpar, y menos con esa.

—Y tú eres una ignorante, que no sabes ni quién es la persona que tienes delante —explotó la aludida señalando a Alonso.

Mis ojos se volvieron finas rendijas oscuras como el mismo infierno.

Apreté las manos en fuertes puños y me entraron ganas de convertir a Celia en un saco de boxeo fino y sanguinolento.

Luis notó el cambio en mi cara y sujetó a su novia por los hombros y se dispuso a llevársela de allí. Mis amigas se colocaron a ambos lados para contenerme en caso de emergencia. Me conocían bien, pero no creía ser capaz de llegar tan lejos, aunque contenerme estaba resultando ser un suplicio.

Yo misma estaba sorprendida por sentir cosas tan fuertes y desagradables.

—Mejor nos vamos. Hablaremos en otro momento, Nerea —sugirió casi de un modo interrogante un Luis muy preocupado.

Le miré con desprecio. Después de tantos años, era muy doloroso sentir odio por una persona que había querido tanto.

—No vuelvas a traer a esa... a mi casa —advertí, aguantando como podía, la cantidad de adjetivos que se me ocurrían para ella—, o te aseguro que los dos lo vais a lamentar.

—Amenazar no es el mejor modo de intentar conservar una amistad —expuso él con voz conciliadora y suave.

—Presentarte en mi casa con tu nueva novia no es el mejor modo de tener una conversación con tu ex —escupí de mala gana.

Suspiró con expresión comprensiva.

—Está bien, envíame un mensaje y hablaremos cuando quieras —pidió suplicante.

—No te prometo nada.

Me crucé de brazos y vi cómo se marchaban y entraban en casa de Luis.

A duras penas pude contener las ganas de gritar y llorar de frustración.

De una semana para otra las cosas se podían torcer de tal manera que era imposible volver a enderezarlas.

Mis amigas trataron de consolarme con palabras cariñosas, pero notaron que lo que necesitaba era pensar en silencio, y lo respetaron. Sin embargo, se quedaron a mi lado, lo que era de agradecer.

Vi cómo el técnico seguía a lo suyo, sin decir nada de lo que pudo haber oído, ya que se encontraba a poca distancia de los demás. Alonso se acercó al cabo de un rato, pero al principio no dijo nada.

Quería disculparme, y le mostré una sonrisa avergonzada, aunque no pude soltar ni una palabra. Sentí que, si abría la boca, la compuerta del llanto le seguiría, y no deseaba llorar delante de todo el mundo.

Menos aún en ese momento.

—¿Es ese el tipo del que me hablaste ayer? —inquirió curioso.

—Sí —admití con infinito cansancio y dolor—. Mi mejor amigo de la infancia, con quien empecé una relación siendo aún unos niños, con quien compartí todas las experiencias importantes de la vida... y la persona que, al cabo de veinte años, me suelta que ha conocido a otra mujer y que lo nuestro se acabó.

—Siento mucho que pases por esto.

Levanté la mirada del suelo. Me sentí incapaz de hacer aquella confesión mirándole a los ojos, pero lo cierto era que me sorprendía incluso haber sido capaz de contarle aquello sin voz llorosa. No solía ir contando cosas tan íntimas y humillantes a cualquiera, pero hablar con alguien que no tenía tanta influencia en mi vida, era más fácil de lo que imaginé.

Incluso confortante.

Leticia y Victoria se alejaron charlando en voz baja, y supe que lo hacían para dejarme a solas con Alonso.

Qué bobas, pensé para mis adentros.

—Bueno, no todas las pérdidas son igual de duras —dije con suavidad—. Ayer supe lo de tus padres, y lo siento mucho, por... todo.

Se pasó las manos por su sexy pelo con nerviosismo y sonrió.

—Yo también he sido muy torpe, porque también he pasado por una experiencia muy traumática con una mujer, y ahora me cuesta mucho relacionarme con el género femenino en general.

Asentí comprensiva.

—Bueno, ya ves que no me ha costado nada contarte mis penas, así que si alguna vez quieres desahogarte... ya sabes dónde vivo —dije con sorna.

—Sí, me será fácil encontrar el camino —convino él con una amplia sonrisa.

Me quedé mirándole un buen rato y noté que mis mejillas se coloreaban. Menudo corte pasaba cuando ocurría esto; como si fuera una niña pequeña, cada vez que las emociones me sobrepasaban, me ponía roja como un tomate.

Intenté cambiar de tema y se me ocurrió que podría interesarme un poco por él.

—Así que eres piloto de coches. Suena interesante, aunque bastante peligroso, ¿no? —dije dubitativa, la verdad es que de coches entendía poco —. La velocidad no es lo mío —confesé con cara de circunstancias.

—Bueno, es más que velocidad —dijo paciente, aunque quizás algo ofendido—. Esto es una vocación, un estilo de vida —expuso con pasión.

—No tenía ni idea, lo siento. Ni siquiera sé de qué va eso de la Fórmula 1.

—¿Nunca has visto la televisión? —preguntó entre asombrado y divertido.

Compuse un mohín, fingiendo estar ofendida.

—Sí la veo, aunque, a decir verdad, me gusta la televisión privada, las series americanas y esas cosas. Para ver desgracias en las noticias, prefiero ni encenderla —confesé ante su atenta mirada.

—No pasaría nada por abrir tus horizontes —musitó con una pequeña sonrisa.

Sin darme cuenta, me quedé observando sus labios demasiado rato, y fui consciente de ello solo cuando su sexy sonrisa se acentuó y sus ojos brillaron con picardía.

—Mis horizontes están bien, gracias —bromeé—. Solo digo que el mundo ya es bastante desastroso, y poco puedo hacer yo para cambiarlo. Me gusta distraerme y divertirme cuando enciendo el televisor, y lo cierto es que mi gusto es muy particular. En mi familia tampoco han sentido demasiada

inclinación por las motos o coches, así que... bueno, no todo es culpa mía — me defendí.

Alonso asintió.

—Bueno, si algún día te animas con algo nuevo, te enseñaré lo que hago en los circuitos —sugirió—. Un buen amigo tiene una colección privada increíble de coches de carreras en Otura, en unos almacenes acondicionados; cuando quieras, te llevaré para que los veas.

—Deberás comprender que mi entendimiento sobre coches se limita a saber que tienen cuatro ruedas, circulan sobre asfalto y... son bonitos y elegantes... —le advertí sonriendo—, así que no me juzgues mal si luego me siento algo fuera de lugar.

Empezó a reír a carcajadas y dejé que asimilara la información si es que de verdad quería enseñarle su gran pasión a una total ignorante sobre el tema.

Así luego no habría sorpresas desagradables.

—Si se trata de tu trabajo, ¿por qué no estás con ello ahora? ¿Tienes vacaciones o algo así?

Su expresión cambió y se mostró algo retraído y serio, sin embargo, contestó al cabo de unos segundos.

—No. No es nada de eso —musitó conciso—. La verdad es que he estado en baja forma desde hace días. Solo necesitaba un par de meses y después volveré.

—Si alguna vez quieres contármelo, que sepas que puedes —dije con suavidad—. Tengo muchos defectos, pero si algo sé es escuchar.

—Gracias —dijo muy serio, sin dejar de mirarme—. Quizás en otro momento —concedió pensativo.

Levanté el pulgar con la mano derecha y no le dije nada más.

Nos mantuvimos en silencio un rato mientras el técnico trabajaba, y Alonso me preguntó a qué me dedicaba. Estaba claro que el pobre hombre se aburría, aunque mi vida sí que había sido corriente, y si esperaba algo succulento, no lo encontraría; aunque estaba claro que eso dependía de lo que entendiera él por algo emocionante...

—Estoy pensando en ponerme a trabajar en algo, pero aún no tengo nada —confesé.

—¿A qué te dedicabas antes?

Después de esa pregunta, me entró un escalofrío. Habían pasado años, pero aún me afectaba hablar de ello.

—Trabajaba de cajera en un banco, pero tuve que irme al cabo de unos años. Una mala experiencia con mi jefe... por decirlo de manera suave...

Sus ojos se entrecerraron y me observó con una mortal seriedad que casi me dio miedo.

—¿Te obligaba a traerle café cada hora, o fue algo peor? —preguntó con cautela.

Su intento de suavizar la pregunta con esa broma del café me hizo gracia.

—Peor, sin duda, aunque no te preocupes, porque tuve suerte de detenerle a tiempo —expliqué con cierta dificultad—. Él me amenazó para conseguir lo que quería, pero como era un estúpido, me enviaba algunos mensajes subidos de tono y... en fin; le dije que se dejara de estupideces y me dejara marchar sin hacer ruido o su mujer se enteraría de sus pequeños *hobbies*.

—¿No le denunciaste? ¿Y si les hace lo mismo a otras chicas de esa oficina? —preguntó escandalizado.

Negué con efusividad.

—En ese momento no había más chicas allí, y poco después, él renunció a su trabajo. Tampoco puedo ser yo la que le acose allá donde vaya para evitar el desastre, porque mis únicas pruebas eran unos pocos mensajes que nunca llegué a contestar. Él es un hombre serio con una familia muy rica, así que no conseguiría más que ser tachada de buscona que intentó prosperar en el trabajo bajándome las bragas. Estoy segura de que, si hubiera hecho algo distinto a lo que hice, hubiera sido peor para mí, no para él.

Cruzó los brazos y su ceño se arrugó tanto que me asusté de lo que pudiera estar pensando.

—Fue hace años, y no pasó nada más que un susto tremendo y unas semanas algo tensas, pero conseguí superarlo. Nadie más que ellas dos lo saben —le expliqué para que entendiera que no era algo que hablara con cualquiera. Mis amigas me observaron a lo lejos.

Entendieron que algo pasaba, pero no dijeron nada.

—Siendo su palabra contra la mía, acabaría pagando yo los platos rotos, y no estaba dispuesta a eso después de saber las intenciones de ese cerdo —mascullé.

—Bueno, la verdad es que te entiendo muy bien. A veces no sabes qué es mejor, si ir adelante y luchar por la verdad, aunque sepas que puedes

perder, o callar e intentar suavizar la situación para no empeorarla —expuso con emotividad.

Sus ojos eran puro fuego, pero de rabia. Algo había pasado en su vida también, y lo cierto era que no me extrañaba. A veces podías encontrarte con personas que no daban la talla como seres humanos, y era muy triste.

Por suerte, no todo el mundo era así.

Ese hombre era un misterio, y su vida parecía tan emocionante... No entendía nada de su profesión, pero al parecer era algo que gustaba a los hombres; podía entender el atractivo de los coches potentes y veloces.

No todo se reduciría a eso, seguro. Nada, nunca, es tan simple como suponíamos.

—Algún día podrías contarme qué te ha pasado a ti, porque yo te he contado parte de mi vida en un momento —bromeé, notando que el rubor subía por mis mejillas.

Soltó una risita divertida y me observó en silencio de arriba abajo.

—He visto varias facetas de ti en poco tiempo, sí —comentó sugerente.

Miré para abajo y vi que mi conjunto de pijama rosa de verano con bordes de encaje y pantalón muy corto, era muy inapropiado para estar en público. Teniendo en cuenta que estaba en mi casa, tampoco me echarían en cara nada, claro que Alonso parecía más ensimismado que otra cosa.

Con el corazón acelerado, le contesté lo primero que me vino a la mente.

—Has visto lo mejor, así que tienes suerte —solté con mi voz sugerente—. Al parecer no soy lo bastante buena para que me quieran toda la vida, de modo que pienso hacer lo que me dé la gana, y al que no le guste como soy, se puede ir a hacer puñetas.

Su rostro mostraba... ¿admiración? Lo dudaba, pero desde luego rechazo no.

Esos ojos marrones oscuros eran pura picardía, determinación y fuerza. Nada que ver con Luis, cuyo rostro angelical podía conquistar al mismísimo Diablo.

Alonso era pura seducción, le mirara por donde le mirara. Su cuerpo diez, con un bronceado natural, estaba esculpido al mínimo detalle como un perfecto Dios griego, y me moría por verle sin camiseta. Si arreglaban su piscina, tal vez yo podría estropear la depuradora de la mía y pedirle que me invitara. ¿Sería eso muy descarado? Tal vez sí disparatado.

La voz de mi conciencia no se pronunció. Deduje que estaría más que de

acuerdo.

Bien, si eso era pasarse de la raya, pues me conformaría con soñar despierta con los abdominales que se intuían bajo esa camiseta.

—Es una buena forma de pensar —convino pensativo.

—Solo que no es tan fácil olvidar, ¿verdad? —musité.

Me miró con esos profundos ojos durante unos segundos, en silencio, y me puse nerviosa al pensar qué estaría pasando por su mente.

—Quizás sí deberíamos tener una charla un día de estos —sugirió, casi aceptando mi propuesta de un rato antes.

—Cuando quieras —solté con descaro, en voz baja.

Él me oyó sin problemas, y soltó un resoplido acompañado de una sonrisa de lo más sexy.

Me derretí por dentro.

Nos quedamos en silencio unos minutos hasta que el técnico al fin acabó el trabajo. Hizo unas comprobaciones y en efecto, el trabajo había sido excelente.

Sin embargo, no supe qué decir cuando comentó que no hacía falta que le abonara ninguna factura. Alonso se rió.

—Está todo arreglado. En el Gran Premio de Suzuka, en Japón, estaré viendo en persona a este campeón con la mejor escudería del mundo —explicó con gran entusiasmo—. Qué ganas tengo, tío.

Se palmearon la espalda de manera amistosa.

Chocaron las manos con fuerza y sonreí, aunque no tenía ni idea de qué diantres ocurría allí.

Le di las gracias y le despedí.

Mis amigas entraron en la casa alegando que estaban hambrientas, aunque sabía que lo hacían para que estuviera a solas con Alonso.

—Ha sido un detalle que me hayas echado una mano. Espero devolverte el favor algún día —le dije esperando no sonar como una desesperada en busca de una cita.

Esa no era mi intención, para nada.

Su media sonrisa no le comprometía con nada, y supe que ocurriera lo que ocurriera en el pasado, ahora debía ser él quien diera el primer paso, para una amistad, o para lo que fuera. Debía ser él quien se abriera a mí, si es que quería conocerme. Bastante tenía yo con lo mío, como para enredarme con alguien que no estaba por la labor de levantar sus muros protectores. Debía

arreglar mis problemas, no los de los demás. Y no es que no me apeteciera, sin embargo, no eran asunto mío.

Ya en la entrada, cuando Alonso dio unos pasos para irse, se volvió de repente. Había echado un rápido vistazo a la casa de enfrente, y cuando hice lo mismo, comprobé que la cortina de la sala de la planta principal se movía.

Luis o su novia habían estado cotilleando, y no sabía si podría ser casualidad, pero lo dudaba.

—Un café estaría genial, ¿esta tarde? —inquirió, mostrándose cauteloso.

—Claro —dije en un loco impulso.

Salir por ahí con hombres no era la mejor idea ahora mismo, pero tampoco iba a liarme con él... o eso pensaba. La verdad es que con ese tremendo atractivo, negarlo era absurdo; me apetecía mucho verle fuera de casa.

¿Por qué no podía tener algo de diversión después de lo que había pasado?

Merecía un poco de coqueteo inofensivo con un hombre al que parecía gustarle.

Tal vez después de contarle mi historia y cuando notó que nos espiaban como adolescentes, quiso darme la posibilidad de molestar a Luis, pero eso también me parecía una chiquillada, si bien algo divertida, no sabía si era la mejor razón para aceptar una cita.

—¿A las 6?

—Perfecto —acepté enseguida.

Me lanzó una mirada sugestiva y se perdió de vista tras mi portón ahora arreglada. Pulsé el botón del mando y se cerró por completo sin hacer el mínimo ruido.

Cuando entré en la casa, mis amigas enloquecieron, me interrogaron a fondo sobre lo que había hablado con Alonso, y gritaron como hienas cuando les dije que había quedado con él.

—¿Estás lista para salir? —me preguntó Victoria con preocupación.

—Sí, no es para tanto... no es una cita, solo un café —expuse sin convencimiento.

—No vayas con expectativas, es lo mejor —intervino Leticia— así no te decepcionará.

—¡No es una cita! —repetí entre risas.

—Ten por seguro que un hombre no invita a una mujer a salir por ahí a

menos que le guste —explicó con suavidad—, y por regla general, uno, o ambos, estarán esperando que pase algo —añadió Leticia.

—¿Crees que debo decirle que no?

—¡¡¡No!!! —gritaron a la vez.

—Tienes que decidir qué te pones —soltó Victoria.

—Vic, no creo que...

—Depílate las piernas y tus partes íntimas... siempre es mejor estar preparada por lo que pudiera pasar —sentenció Leticia guiñándome un ojo.

—Leti... —me quejé de nuevo.

No sabía lo que quería, ni si quería algo. Jamás había tenido citas, y aunque había conocido a hombres, la verdad era que nunca a nivel íntimo, solo había sido porque me los presentaran mis amigos. Esto era bien distinto, y a pesar de que no era una cita de verdad, me sentía aterrada.

—Mirad, lo bueno de esto es que no creo que yo le guste, así que no debería preocuparme por nada...

Se quedaron serias, se colocaron frente a mí, y cargaron la artillería pesada. Lo noté en sus miradas.

Fue Victoria, para mi sorpresa, quien me sujetó por los brazos y me zarandeó con suavidad.

—Por favor, Nerea, no seas derrotista. Eres una mujer hermosa por dentro y por fuera. Eres fuerte, y seguro que hay por ahí hombres que valen la pena —declaró con efusividad—. Yo me casé con uno, y tú podrás cruzarte con alguno que sea bueno y te trate como mereces. Vales mucho. El hombre que esté destinado para ti, sabrá verlo.

Mis ojos se humedecieron al instante.

—Nada que añadir —soltó Leticia.

Aclaré mi garganta antes de hablar, ya que estaba emocionada.

—Gracias chicas. Sé que Alonso no es ese hombre, porque ni siquiera estará aquí en unos meses, pero bueno... eso de no tener expectativas suena genial —dije medio en broma.

Sin duda era mejor no pensar en cómo iba a resultar aquello. Si tenía que ser, sería, y de lo contrario, habría tenido la oportunidad de conocer mejor a un hombre muy interesante. Debía ser valiente para disfrutar de todas las oportunidades que se me presentaran en adelante, porque la vida era demasiado corta para quedarme sentada a ver cómo sucedía todo sin hacer nada.

—Bien, vamos a divertirnos un rato —las animé.

Pasamos el día mirando en mi armario, revolviendo perchas, buscando zapatos que quedaran bien para una quedada informal, y también ignorando las muchas llamadas y mensajes de Luis.

Leí por encima algunos de ellos y no daba crédito. Si no había venido a verme era porque su chica estaba en su casa, de lo contrario, habría aparecido para darme lecciones sobre no salir con cualquiera que apareciera por mi puerta.

Qué cretino, pensé.

Nos burlamos de él durante un rato, pero lo cierto era que estaba muy molesta por la situación.

Él se había enamorado de otra persona y me había plantado después de toda una vida juntos, y tenía la desfachatez de darme lecciones. No se lo iba a consentir.

Por la tarde, cansada de escuchar el teléfono, le tuve que escribir.

“Déjame hacer mi vida o encontraré el modo de hacerle ver esta conversación a tu nueva novia, y no creo que esté muy feliz con eso.”

Fue efectivo. Dejó de darme la lata, y cuando al fin mi móvil dejó de echar humo por su insistencia, aproveché para llamar a mis padres y charlar un poco con ellos.

Victoria tuvo que marcharse, y Leticia me preguntó si necesitaba apoyo moral. Le dije que no para que pudiera marcharse a descansar el resto del domingo, y les prometí mantenerlas informadas de todo lo que ocurriera.

Me desnudé en mi habitación para ir a darme un baño relajante y observé mi imagen reflejada en el espejo de casi dos metros. No me veía poco atractiva, pero deseé poder tener el cuerpo con el que soñaba. Hacía ejercicio y mis músculos estaban tonificados, pero me sobraban unos pocos kilos, y no había forma de quitármelos. Era agobiante, aunque claro, se suponía que la dieta era tan importante como el ejercicio, y en mi cocina faltaban mucha variedad de nutrientes. Era un desastre, de modo que pensé que debería estudiar la posibilidad de comprar algún libro de cocina que me sirviera: cocina para novatos, cocina fácil... algo por el estilo si es que quería que

funcionara en serio.

Antes debería aprender a encender el horno, pero sin duda mi madre podría ayudarme con eso.

Recordé algo que no le dije a Leticia y la llamé.

—¿Va todo bien? —dijo nada más descolgar.

—Hola a ti también —espeté riéndome.

—Cariño —advirtió—, no bromees conmigo, que me has asustado —explicó alterada—, ¿ha pasado algo?

—No, descuida, no ha pasado nada, pero hoy olvidé preguntarte una cosa y por eso te llamo —respiré hondo—. ¿Crees que en estos meses podrías conseguirme una entrevista para algún puesto en el hipermercado?

Aguardé su respuesta.

Guardó silencio unos segundos y supuse que era por la sorpresa, ya que nunca antes habíamos hablado de esa posibilidad en serio.

Hacía unos años me lo propuso, pero en aquel entonces me encontraba en mi burbuja del amor, y no quise tener horarios laborables que me quitaran un solo minuto que estar con Luis.

—Quiero una ocupación —declaré—; prometo ser profesional y no tomármelo como un capricho pasajero.

—Vaya, claro, cielo —balbuceó emocionada—. Vente mañana si quieres y te haré un hueco en la línea de cajas. Ahora mismo estamos contratando más personal y nos vienes perfecta.

En mi garganta se hizo un nudo.

—Gracias Leti. Sabes que te quiero —susurré con emoción. Ella respondió lo mismo—. Hablamos esta noche.

—Hasta luego, preciosa.

Puse algo de música en mi portátil y llené la bañera con agua tibia; eché sales de baño y miré con entusiasmo. Cuando llevaba apenas dos minutos dentro del agua, me relajé del todo.

Salí de allí antes de quedar arrugada del todo, aunque mis dedos sí notaban ya el efecto del remojo.

Sequé un poco el pelo antes de echarme espuma para que quedara rizado y sedoso, y realicé todo un ritual de belleza con cremas hidratantes, perfume y algo de maquillaje suave.

Me puse un pantalón vaquero corto, una camiseta holgada blanca con un top corto debajo de color rosa palo, y unas sandalias con plataforma.

¿Parecería que me había esmerado demasiado para salir a una cita tan informal?

Empecé a ponerme nerviosa y me saqué unas fotos para enviarlas a mis amigas. Ellas me darían una opinión sincera. Esta no se hizo esperar.

Al parecer iba estupenda. No estaba del todo segura de su objetividad, pero me dio más o menos igual. Por otro lado, dada nuestra larga amistad y confianza, estaba convencida de que no me dejarían salir hecha un adefesio.

La voz de mi conciencia se frotaba las manos ante la expectativa de ver de nuevo a Alonso, y lo cierto era que mi corazón también se emocionó más de la cuenta al pensar en él.

Craso error... No podía sentir por él nada más que atracción y/o lujuria, o estaría perdida. Nada de quedar eclipsada, y aún menos, enamorada.

Eso quedaba fuera de toda cuestión.

A la hora acordada salía a la calle y me sentí un poco fuera de lugar. No tenía su número de teléfono, pero enseguida noté que no iba a hacerme falta. Estaba a pocos pasos de mí, con un vaquero largo que ajustaba perfectamente a sus piernas, y una camisa blanca que resaltaba su ligero bronceado. Su piel morena, su pelo castaño con esos juguetones mechones y esos ojos profundos, hicieron que mi corazón saltara emocionado al verlo. Me reñí a mí misma por esa reacción.

¿En qué había quedado antes?

Nada de sentimientos.

Al final acabaría con el corazón roto, y no hacía falta ser mago para verlo venir... En poco tiempo se iba a ir a Japón, ni más ni menos. ¿Cómo iba siquiera a soñar con una relación con alguien que no paraba de viajar por todo el mundo en competiciones?

No saldría bien.

Por otro lado, era el mejor modo de asentar mis pensamientos, ya que, quisiera o no, tener a Alonso cerca era cuestión de unas pocas semanas y luego se acabaría.

No creía posible que él se interesara por mí en lo más mínimo, así que también era un peso que me quitaba de encima.

Sin expectativas, como dijo mi amiga.

—Hola, vecina —saludó él.

No pude decir nada, estaba embobada. Sonreí como una tonta, pero no podía evitarlo. Su voz también era hipnótica.

Estaba nerviosa, pero aun así logré susurrar un escueto “hola”.

—¿Te parece bien si vamos en mi coche?

—Desde luego.

El rápido cambio de conversación me dio espacio suficiente para recuperarme de la primera impresión al verle tan guapo, tan alto, tan musculoso...

Detuve rápido el rumbo de mis pensamientos. En mi conciencia había una repentina quietud... ¿Sin ideas locas o lujuriosas? Menuda sorpresa, dije para mis adentros.

Fue como echarme la bronca.

Intenté centrarme, pero era difícil. Tenía tantas cosas en mi cabeza, incluida mi propia voz interior, que apenas lograba centrarme en algo concreto durante mucho tiempo, pero iba a hacer un esfuerzo.

Hizo un gesto con el brazo para que le siguiera y me llevó hasta un deportivo de lujo increíble. Pensé que mi padre se moriría por verlo. También era aficionado a los coches, aunque no a la Fórmula 1 hasta donde yo sabía.

—Entiendo que quieras conducir tú —bromeé sin dejar de observar esa preciosidad a cuatro ruedas.

—En este barrio no desentona nada —se defendió con modestia.

—Oh bueno, eso es cierto, aunque nunca conseguí más que un Mercedes para mi veinte cumpleaños. Mi padre me dijo que tendría que comprarlo yo si me pasaba del presupuesto —le conté algo avergonzada. Sí me sentía una niña mimada, aunque eso iba a cambiar—. Por supuesto me conformé, y aún es mi pequeño tesoro.

Le hice reír y pensé que parecía otra persona cuando reía, o sonreía.

Entramos en el coche y pronto estuvimos en marcha.

Algo nerviosa por estar en un habitáculo tan pequeño con un tío tan guapo, traté de entablar una conversación.

—¿Dónde has pensado que podríamos ir?

Le observé, tan sereno y concentrado. Era excitante.

Desvió la vista un segundo y me dedicó una pequeña sonrisa divertida.

—Eres impaciente —musitó.

—Sí. Y me gusta saber a dónde voy.

Puso un mohín gracioso y guardó silencio unos segundos.

—Vamos al centro. ¿Te gustan los piononos?

Mis ojos se salieron de sus órbitas. Era oír esa palabra y mi boca se hacía

agua.

—Me encantan —declaré emocionada.

—Bien pues, te voy a llevar a La Isla —dijo con evidente orgullo.

Me reí por la cara de satisfacción que tenía. La mía sería similar.

—Es uno de mis sitios para comer favoritos.

Fue su turno de reír, ya que a pesar de su fama y de la calidad del café y los dulces, lo que se decía comer... no era precisamente un restaurante. Pero sí, era uno de mis sitios de Granada favoritos.

No tenía remedio alguno, eso ya lo sabía yo.

Fuimos charlando de banalidades hasta llegar al parking y caminamos unos minutos hasta llegar a una de las zonas más céntricas de la ciudad. Me encantaba pasear por allí, y lo cierto era que hacía bastante que no iba por aquella parte de Granada.

Estaba algo nerviosa por si me cruzaba con algún conocido, aunque a pesar de que no me gustaba la idea, ahora sí sabía todo el mundo que Luis y yo, ya no salíamos juntos. Al menos no me tacharían de infiel.

Me acordé de mis padres, y de lo preocupados que estaban, pero hasta que estuvieran aquí y pudiera aclarar todo este asunto, era mejor no pensar en lo que vendría. No quería enfadarme sin motivo aparente, y Alonso no merecía mi mal humor.

Aparqué ese tema y disfruté de la brisa y las calles de mi ciudad natal.

—Estás muy callada —musitó.

Estaba tan cerca, que me sobresaltó. Me reí nerviosa y me puse más aún al percibir el calor de su cuerpo. Su colonia era suave y masculina, y todo él era el conjunto del hombre perfecto. Algo callado tal vez, aunque solo a veces. Conmigo parecía sentirse muy cómodo.

—Disfruto del paseo —dije al final.

No tardamos en llegar a la cafetería y ambos pedimos lo mismo: café con leche y un pionono.

Sentí hambre solo de pensarlo, y estando allí, me daban ganas de ir al mostrador y pedirle una bandeja en la que cupieran el máximo de pastelitos posibles.

Me contuve por vergüenza, pero si hubiera ido allí con mis amigas, ya lo habría hecho sin dudar.

De la voz de mi conciencia emanaba el inconfundible aroma de la desaprobación. La ignoré con fuerza.

Después de que nos sirvieran, me atreví a preguntarle algo que me rondaba desde que surgió lo de salir juntos.

—¿Por qué has quedado conmigo para tomar café?

Carraspeó y su rostro mostró una seriedad que no había visto antes. Me preparé para lo peor.

—Me caes bien, y me siento más cómodo contigo que con nadie que haya conocido —confesó cauteloso, y un poco extrañado con su propia revelación—. La verdad es que los dos hemos pasado por relaciones algo turbulentas, y no creo que nadie mejor que tú pueda entender lo que es eso.

—Necesitas una amiga, ¿no? —pregunté ocultando mi decepción.

Me esperaba otra cosa, pero a lo largo de los años, había descubierto que los hombres no me veían como nada más que una chica simpática, y una posible amiga. No es que eso antes me molestara, puesto que estaba enamorada, pero ahora eso cambió del todo.

¿Tan poco atractiva sería para que el sexo masculino no me viera como una mujer deseable?

—Sí —musitó sin dejar de mirarme a los ojos—. Lo de mi ex es muy reciente, y... no estoy listo para nada nuevo ahora.

—Te entiendo muy bien —convine.

Tampoco yo debería pensar en tener alguna relación nueva, de modo que era absurdo cómo me sentía. Me gustaba el romanticismo, pero había estado tanto tiempo fuera del mercado, que ahora casi sentía que me debía a mí misma el disfrutar un poco sin ataduras.

—¿Te puedo preguntar por lo que pasó?

Se recostó en la silla y miró por la ventana un instante. Estábamos cerca de la puerta y se veía la gente pasar de un lado a otro. Parejas, personas mayores, algunas familias; cada uno de ellos con su vida, sus preocupaciones, sus miedos y alegrías. Cada uno con su lucha interior.

No éramos, ni de lejos, las únicas personas que habían sufrido un desamor en su vida.

—Raquel es una mujer preciosa, es modelo —añadió reflexivo—. Creí que después de tres años, lo nuestro iba bien, pero no me di cuenta de que la movía solo el interés. Cuando le propuse matrimonio me dijo que no estaba lista, y desde ahí... —respiró hondo varias veces antes de continuar— todo fue de mal en peor. Quise arreglarlo, y le insistía en que debía haber una solución, pero cuando se cansó de escuchar eso, fue a denunciarme por

maltrato. Dijo que la había forzado a tener relaciones y... otras cosas.

Le escuchaba con los ojos abiertos como platos, y mi corazón se encogió por él.

Había montones de casos reales de maltrato y abusos, pero no quería pensar que él fuera capaz de hacer algo así. No le conocía, pero antes de juzgarle por algo que me contaba libremente, debía darle el beneficio de la duda.

—¿Cómo lograste salir de esa situación?

—No tan fácil como cabría esperar. Quiso que le pagara una suma grande de dinero, y me negué —explicó con rabia apenas contenida. Sus ojos eran dos rendijas que ocultaban un fuego que apenas podía ocultar—. Tuve la suerte de poder grabar algunas de las conversaciones, y cuando al fin pude ir a la policía, retiraron los cargos.

«Ella había mostrado conversaciones con sus conocidos y familiares, diciendo toda clase de mentiras, y aunque no había pruebas físicas, es una chica con mucho ingenio. Inventaba toda clase de historias y en principio la policía no tenía por qué no creerla.

Tardé casi dos meses en tener pruebas que me exculparan. Y los medios se han cebado de todo esto, me han tachado de lo que no soy, y he tardado en confiar en personas que no son de mi círculo más íntimo, porque incluso algunos amigos y amigas, me dejaron de lado por este asunto, sin cuestionar que podía ser una mentira para sacar dinero y dejarme tirado como una mierda. Aunque tarde, me he librado de una buena.»

No daba crédito a lo que me contaba. En toda mi vida no había sabido de una historia así.

—Lo siento muchísimo. No me imagino lo que debiste pasar...

Me costaba decirle algo que lo confortara porque trataba de asimilar que una persona hiciera todo eso para hundir a otra con la que había tenido una relación, y encima con el único objetivo de sacar dinero.

—Menuda zorra —susurré turbada.

La risa de Alonso me despertó de ese extraño momento. Me observaba con gran interés y fue entonces cuando me di cuenta.

—He dicho eso en voz alta. Lo siento —me disculpé sin sentirlo demasiado.

—No te disculpes, yo tengo ese mismo defecto —confesó riéndose de sí mismo.

—Ya, pues, sabrás que es algo que la gente detesta profundamente.

—Pues que les den, ¿no? —bromeó.

Solté un bufido.

—No cuando se trata de alguien a quien aprecias, aunque las personas más cercanas, acaban aceptando que es mejor una broma sincera que una crítica por la espalda —dije más para mis adentros.

Lo cierto era que me sentía mal cuando se escapaba alguno de mis pensamientos más directos y luego me tocaba explicar mis palabras. Y mis intenciones.

A veces pensaba que era mejor no abrir la boca.

—Por regla general, cuando la gente dice que quiere sinceridad total, no sabe ni lo que dice. Luego expones algo a la cara, y vienen las reacciones exageradas.

—La sinceridad solo la puede pedir de corazón alguien que no miente con intención de herir. Claro que da igual con qué intención ocultes cosas, al final salen a la luz y hacen el mismo o más daño.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y noté que él me miraba, pero no preguntó nada, sino que dejó que me tomara el tiempo que necesitara.

—Mi situación no es igual a la tuya, ya lo sabes —expuse en voz baja—, pero me siento como si no valiera nada ahora mismo. No sé cuánto tiempo estuvo coqueteando con esa chica antes de darse cuenta de que estaba enamorado de ella... porque eso no nace de un día para otro, ni decides dejar a tu pareja de toda la vida por algo que podría ser una aventura pasajera.

—¿Nunca notaste que algo raro pasaba? —preguntó con suavidad.

Lo pensé un instante.

—Me contaba cosas relacionadas con el trabajo, y las bromas que se hacían el uno al otro, pero todo parecía tan inocente en verdad... —que ironía, pensé—. Una vez le pregunté si no había notado que ella le miraba muy fijamente cuando hablaban, y cuando le expuse que era una chica muy guapa y que podría interesarse en él, me contestó que no eran más que imaginaciones mías.

Tragué un nudo que se formó en mi garganta.

—Hace bastante tiempo que hay algo de distancia entre nosotros, y notaba que no estaba tan pendiente de mí como solía hacer, pero al vivir juntos, supuse que era normal dejar de escribirnos al móvil y eso —le conté pensativa—. Me parecía que la relación evolucionaba y en lugar de emoción

y pasión, quedaba algo estable, seguro... lo que mucha gente busca a esta edad.

Me miró intrigado.

—Voy a cumplir los treinta a final de mes —expuse con disgusto—. Y sí, no soy ninguna abuela, pero a estas alturas pensé que tendría una boda, una familia... cosas con las que soñaba desde pequeña.

Suspiré.

—En lugar de eso, me han sustituido por un modelo más joven y estúpido, y tengo a unos padres preocupados que han dejado a medias su gran viaje por el mundo para venir a apoyarme en este horrible momento de mi vida —solté de mala gana.

—Lamento que te sientas así, pero debes saber que él no te merece, porque pareces una chica estupenda, guapa y lista —declaró con firmeza y una voz grave que me hipnotizaba—. No cambiaría la estabilidad de una relación tan larga por un futuro incierto, y no me fijaría en otras mujeres mientras amo a otra —comentó meditabundo—. También he sufrido algunos engaños en el pasado, pero después de varias de esas experiencias desagradables, me di cuenta de que ciertas personas no valían la pena. Mi lema es que, si no quieres una relación seria, con todo lo que eso conlleva, no la tengas —sentenció.

Tomé el último bocado del dulce mientras acababa de hablar y tragué con dificultad.

—Estoy de acuerdo contigo.

Quería preguntarle algo, pero no sabía si era una buena idea. Al final mandé la prudencia al infierno. Al fin y al cabo, ninguno tenía intención de buscar nada más que amistad.

—¿Tú buscas alguna relación seria, o lo descartas por tu trabajo?

—La verdad es que es complicado que una mujer aguante mucho tiempo el ritmo de vida que tengo, o bien no se comprometen porque no quieren nada duradero... —explicó con desazón—. Al final lo achaco a que no encontré a la persona adecuada, pero sí, me gustaría encontrar a alguien con quien formar una familia y pasar toda mi vida.

Asentí asombrada. No era frecuente en absoluto encontrar a hombres de treinta y pocos años con esas ideas. La mayoría buscaban diversión, sexo, y pasar de una mujer a otra sin miramientos, sin llegar a comprometerse con ninguna, sin dar explicaciones o preocuparse por algo tan tonto como los

sentimientos ajenos. Los había más formales, no cabía duda, pero por la escasa experiencia que tenía yo, y las relaciones que tenían mis amigas, y otros conocidos, la regla general era que la formalidad escaseaba. A menudo resultaba más fácil buscar algo fugaz que no demandara esfuerzo.

—Somos unos bichos raros, ¿no crees? —le pregunté con sorna.

Se recostó en su silla y fingió meditarlo unos segundos mientras no paraba de sonreír.

—Es posible... —aceptó de buena gana y una expresión de animada resignación.

Me gustaba su actitud. No se había rendido a pesar de las circunstancias.

—Bien, seguro que hay algunos bichos raros escondidos por ahí en alguna parte, así que ya nos encontraremos con ellos —sentencié y le guiñé un ojo.

El mundo no se acababa por una mala experiencia, y el tiempo nos ayudaría a superar nuestros desamores.

Los dos éramos jóvenes, y teníamos toda una vida para disfrutar de las pequeñas cosas del día a día, porque incluso en un mal momento, si lo intentabas, podías encontrar algo bueno allá donde miraras.

Tenía un buen lío encima, me dije, porque ahora, Alonso me gustaba incluso más.

No quería levantar un muro sin más, pero como él no estaba dispuesto a tener algo serio ahora mismo, y yo tenía que proteger mi corazón recién destrozado, más me valía mentalizarme con la idea de que no iba a surgir el amor. Era mejor pensar que no era el momento, pero si tenía que ser, el tiempo lo diría. Si era mi Destino, pasaría sin más.

Darles vueltas a las cosas, no las solucionaba si más.

4

Tardamos más de dos horas en decidir marcharnos.

Era muy fácil hablar con él, a pesar de que no nos conocíamos apenas. Resultaba sencillo contarle algo así a una persona que no juzgaba, que había pasado por algo duro también, y que, además, sabía escuchar. A ninguno nos hacía falta oír consejos, porque cada uno terminaba encontrando el mejor modo de superar las diferentes vivencias de la manera más acorde a nuestras propias necesidades.

Aparcó el coche en el exterior de su casa y me explicó que tenía el garaje lleno de cosas y por eso no podía dejarlo dentro aún. Por la cara que puso, supe que no le hacía ninguna gracia dejar su increíble juguete en la calle. Esperaba que no fuera de esos que estaban todo el día quitando las motas de polvo de sus coches. Era piloto, pero en alguna parte debería estar el límite.

No sabía qué hacer para despedirme, porque no era ni un amigo íntimo, ni un ligue... Me decidí por un abrazo corto y un pequeño beso en la mejilla.

—¿Te parece bien si te pido tu número de teléfono?

Algo debió notar en mi expresión, porque arrugó el entrecejo y enseguida reculó.

—Si no quieres no hace falta —dijo reservado.

—Sí, me encantaría, es solo que me ha sorprendido. Lo siento, no estoy acostumbrada a que ningún hombre me pida el número de teléfono —me burlé de mí misma.

Saqué mi móvil y anoté el suyo, cuando él hizo lo mismo con el mío, me sonrió y me enseñó la carita sonriente que puso al lado de mi nombre.

—Bonito detalle; eres un tío genial —admiré cómo admitía las palabras pensativo, y quise saber qué pasaba por su mente.

—Deberíamos repetir esto pronto, ¿no crees? —sugirió esperanzado.

—Claro, me gustaría mucho —admití intentando controlar el entusiasmo que me recorría el cuerpo—. Esta semana empiezo a trabajar, si sale bien la entrevista, así que cuando sepa mis horarios, te escribiré —señalé

el teléfono en mi mano y sonreí.

—De acuerdo, pues ya me contarás qué trabajo es ese —dijo antes de despedirse con la mano y dirigirse a su casa.

Pensé que estaba siendo algo descortés al alejarse así justo cuando mostraba interés en mi nuevo trabajo, pero me hizo un gesto para que mirara al otro lado de la calle y vi que de nuevo las cortinas se movían justo en la sala donde estaba la luz encendida.

Puse los ojos en blanco y Alonso se rió por lo bajo. Alzó la mano para despedirse y me dirigí a mi casa.

Tenía las alertas silenciadas en el móvil, y al mirarlo bien, pude descubrir mensajes nuevos de Luis. Estaba siendo muy pesado.

Me pedía explicaciones por haberme visto con Alonso en su coche. Menudo caradura. Empecé a mandar mensajes al grupo que tenía con mis mejores amigas, y Leticia y Victoria estaban alucinando por las locuras irracionales de Luis.

Empezó a llamarme al ver que no contestaba después de leer sus mensajes, y descolgué. Iba a descargar mi furia con él.

—Nuria, al fin me contestas —dijo con aparente alivio. Sin embargo, le notaba tenso—. No me parece bien que salgas con Alonso. Tal vez sea rico y famoso, tenga un buen coche... pero no es tan buen tipo como crees...

—No sé a qué viene tanta preocupación. Deberías ser atento con tu novia, y dejar que yo arregle mis asuntos como me parezca —dije cortante.

—No hace falta ser tan borde, solo te estoy aconsejando, porque eres mi amiga, y sin embargo tú saltas a la defensiva —me acusó.

Respiré hondo varias veces antes de contestar.

—No somos amigos, al menos aún no —añadí para suavizar un poco mi tono—. No puedes decirme a quien puedo o no puedo ver. Deja que haga mi vida, porque yo no te digo lo que debes hacer.

Hubo un largo silencio y estuve tentada de colgar, pero no quería más conflictos, prefería que me dijera todo lo que tenía que decir, y luego me dejara tranquila.

—Nuestros padres estarán aquí el sábado que viene, y creo que es mejor que nos guardemos algunas cosas —soltó de repente, dejándome estupefacta—. No hace falta preocuparles más de la cuenta. Me parece que es mejor decirles que los dos decidimos separarnos y ya está.

No sabía si reír o llorar a moco tendido.

¿De verdad acababa de soltar esas palabras por su enorme bocaza incontenible?

—A ver si lo he entendido bien —empecé, tratando por todos los medios a mi alcance, controlar mi sarcasmo más punzante—. Me estás pidiendo que dejemos a tu novia fuera del asunto cuando hablemos con nuestros padres, aunque la razón por la que vienen es porque han visto fotos tuyas, con ella, en la red.

—Sé a lo que te refieres, pero es mejor que expliquemos que ella es solo una amiga, y así evitar que haya roces entre nuestros padres. Son amigos, y tal vez esta situación sea motivo de discusiones entre ellos.

—Mira, todos somos adultos, y podrán apoyarnos y superarlo mientras no empecemos a mentir desde el principio —sentenció.

—¿No podrías hacerlo por mí? —rogó impaciente.

—¿De verdad quieres mentir a tus padres? Ahora que todo el mundo conoce lo tuyo con Celia, lo acabarán sabiendo de todos modos, y se sentirán muy dolidos cuando lo descubran —traté de convencerle.

—Por favor, no me lo hagas más difícil. Se lo diré cuando pase algún tiempo, pero dame algo de tregua —pidió casi con desesperación.

Me rendí con tal de no aguantar más sus quejas.

—Haz lo que quieras. No diré nada del tema —aseguré—, pero debes prometerme que serás sincero con ellos en un par de meses como mucho. No quisiera que pensarán que fui yo la que te hizo daño, que te engañé o algo, porque en ese caso, no te lo perdonaría jamás —apunté con dureza.

Teniendo en cuenta que él siempre fue mi mejor amigo, la persona de mi mayor confianza, con quien crecí como mujer y pareja, estar ahora de este modo, me resultaba muy doloroso. Me costaba incluso respirar.

Quería llorar hasta quedarme dormida, y me molestaba acabar así el día después de haber pasado un rato genial con Alonso.

Tras un pequeño silencio reflexivo, me dio las gracias y nos despedimos.

Era una situación muy amarga para mí, porque él tenía lo que quería, a su nueva chica, a su familia de su parte y a mí haciendo lo que él necesitaba.

¿Qué tenía yo?

Frustración y mentiras. Lo que más detestaba, teniendo en cuenta que nada de eso dependía de mí.

Para evitar ponerme a llorar, fui a prepararme algo de cena, y opté por

un sándwich sencillo. Hice una video llamada con mis amigas mientras lo comía, y ambas me preguntaron cómo era que no mandaba a la mierda a Luis y sus bobadas.

Estaba siendo blanda, bien que lo sabía, pero aun con todo lo que había pasado, quería intentar no convertirme en una bruja vengativa. Dudaba que perdurara una amistad sincera entre nosotros, pero nadie podría decirme que no intenté comportarme como una adulta.

Había veces en que quería mandarle a paseo y decirle que se ocupara de sus asuntos dejándome a mí al margen, pero luego pensaba en todos los momentos vividos, en esa relación que floreció en nuestra niñez y duró dos décadas, y toda mi racionalidad se iba de paseo lejos de mi cabeza.

No me estaba sirviendo de mucho todo eso, ya que además de pedirme que mintiera por él, tenía la poca vergüenza de darme lecciones sobre otros hombres, no siendo yo la que rompió lo nuestro. Eso era pasarse.

Enervada, ya que había acabado de hablar con mis amigas y había quedado con Leticia para el día siguiente, subí a mi habitación y puse la televisión para distraerme con algo antes de quedarme dormida.

Al menos pude desahogarme.

Mi teléfono vibró y casi me enfadé antes de comprobar que era Alonso quien me escribía, no Luis.

El mensaje decía que lo había pasado muy bien y me deseaba buenas noches.

Le expuse los motivos por los que no creía que fuera a tener buena noche, pero se lo agradecí igualmente. Su respuesta no se hizo esperar.

“Mereces más que eso, y lo sabes. No seré yo quien te dé lecciones, desde luego, pero si necesitas hablar, aunque no pueda quedar esta semana contigo porque vienen unos compañeros a verme, siempre puedes llamarme.”

“Gracias, de verdad. Seguro que lo haré, porque me gusta hablar contigo; aunque espero estar muy ocupada hasta el sábado y así evitar pensar en lo que se me viene encima.”

Miré su foto un buen rato, y cuando me escribió algo sobre que se iba a la cama porque al día siguiente tenía mucho que hacer, le contesté; le deseé un buen descanso y le puse algunos emoticonos, aunque el sueño me estaba venciendo y no supe ni cuáles eran.

Tuve un sueño húmedo y caliente, en el que Alonso me tumbaba en la cama y se abalanzaba sobre mí para hacer todo tipo de perversiones.

A la mañana siguiente me despertó la melodía de la alarma del teléfono. Eran las siete y media según señalaba el reloj de pared. Cualquiera día lo arrancararía de allí, pensé. Tal vez se lo tiraría por piezas a Luis, o a su casa. Me reí de mi propia impertinencia y me dispuse a preparar café bien cargado.

Después de tomarlo, subí a darme una ducha rápida y vestirme, aunque no debía arreglarme mucho, ya que llevaría uniforme. Uno desfavorecedor, pero eso en verdad me importaba poco.

Vi mi diario en la mesilla y sentí deseos de escribir en él. Tenía algo de tiempo, de modo que lo abrí y, bolígrafo en mano, anoté todo lo que había pasado esos días, mis más sinceros pensamientos.

Leí en voz alta las últimas líneas.

“Alonso es un tío muy interesante, y me gustaría conocerle más a fondo, aunque no del modo en que soñé con él... claro que para ser sincera del todo, sí que me gustaría conocerle muy íntimamente.”

Una cosa era querer hacer algo, y otra bien distinta, hacerlo. Necesitaba algo de tiempo, porque lo de Luis era muy reciente, y en unas pocas semanas no se superaba algo así.

Tal vez en años. No estaba segura, ya que jamás pasé por una ruptura antes.

Solté un suspiro triste.

No sabía si sería capaz alguna vez de olvidar lo mal que lo estaba pasando, aunque esta experiencia me había servido para darme cuenta que nada era para siempre, y que incluso la persona que decía quererme más que a nadie, era capaz de traicionarme del modo más doloroso que existía.

Mis pensamientos se estaban volviendo muy grises y el tiempo se me

agotaba, de modo que anoté unas últimas palabras en mi diario y lo cerré.

“Para que luego no digas que no te cuento nada.”

Me reí de mí misma por poner eso en un diario personal que nadie, jamás, iba a leer.

Lo dejé con cariño donde estaba y noté que me sentía mejor, algo más liberada por soltar mis pensamientos ahí. Contarlo a alguien de confianza era bueno, pero escribirlo era liberador. No sabía por qué, y sabía que nadie más que yo podría entrar a ver ese pedacito de mi alma, pero el diario personal de alguien era como su propia mente, y tener ahí los pensamientos más delicados me serviría para releerlos y meditar a fondo las implicaciones que suponían cada uno de ellos.

Estaban ahí, disponibles para analizarlos cuando quisiera, era casi igual que tenerlos en una caja fuerte que pudiera abrir y examinar si lo necesitaba, pero si no era el caso, para mí era como dejarlos fuera de mi cabeza.

No todos, claro.

Cuando me acerqué a las ventanas para dejarlas entornadas, oí ruido procedente de la casa de Alonso, y me pregunté qué haría esos días con sus compañeros.

No le vería en toda la semana, pero tampoco era como si ahorauviésemos una relación. Éramos amigos, más o menos, y tendría que conformarme con verle de vez en cuando.

En parte era mejor así. Distancia era lo que me hacía falta para ordenar esos sentimientos, y tener claro que había relaciones que era mejor no explotar.

El sueño de esa noche me advertía de los peligros de acercarme demasiado a alguien que me atrajera tanto. Bien sabía yo que el roce hacía el cariño... y si no estaba en el mejor momento de mi vida para empezar una aventura así, si ponía algo de espacio, las cosas volverían a su cauce natural.

Desde luego ahora mismo no necesitaba más complicaciones.

Conduje con esa idea en mente, y decidí que cuantas menos tonterías en mi vida, mejor.

Claro que cuando llegué al parque comercial, dejé el coche en la zona de

empleados, y miré mi móvil, casi me dio un ataque. Le había enviado iconos de besitos a Alonso, y jamás hacía eso con otros hombres. Lo más extraño era que él había enviado como respuesta otros dos emoticonos iguales.

No estaba segura de qué pensaba al respecto, y parecía alto tonto, sin embargo, podría pensar que estaba ligando con él, y eso nos llevaría a actuar de manera algo tensa la próxima vez que nos viéramos.

Rompería el hielo con una foto graciosa, pensé. Me saqué un *selfie* con cara de burla y se la mandé con el mensaje:

“¡Buenos días! Empiezo a trabajar yaaa.”

Su respuesta no se hizo esperar.

“¡Buenos días, vecina! Buena suerte, espero que tengas un buen día.”

Me sorprendió, en el buen sentido, que me enviara esos pequeños emoticonos con besito y corazón. Era algo insignificante sacado de contexto, pero me parecía un detalle especial teniendo en cuenta que él me gustaba.

Era así de enamoradiza, y es que mi lado práctico también era volátil.

Tenía claro que no había futuro en el que pensar, porque dudaba que su ritmo de vida fuera compatible con una relación estable, de modo que la presión desaparecía en ese sentido.

Ninguno de los dos buscaba nada, así que podía emocionarme cuando él me escribía un mensaje, pero después de eso, no había nada más que lo complicara todo. Era mejor así. Necesitaba tiempo para sanar las heridas, para encontrarme a mí misma, para aprender a conocer mis puntos fuertes y débiles, y lo más importante, para saber lo que quería de verdad.

Desconecté del todo cuando vi a Leticia esperándome, pasamos por la puerta de empleados y me llevó a coger el uniforme.

Se había encargado de todo, y como ella estaba al mando, me llevó a

firmar el contrato temporal del que me había hablado.

Ninguna entrevista. Eso sí era enchufe, me dije.

Debía hacer las cosas bien, y ella quería dejarme probar un tiempo, y si me gustaba y quería seguir, se encargaría de hacer un contrato fijo.

En cierta medida me sentía mal por la cantidad de desempleados que había en el país, y yo había entrado sin entrevista previa, claro que mi amiga me quitó enseguida ese malestar; había conseguido incluirme de personal extra, haciendo los contratos que ya se habían pactado, y sabía de sobra que yo daría todo lo mejor de mí para hacer bien el trabajo. Esforzarme y dar el cien por cien me quitaba algo de esa presión.

Los compañeros eran geniales, y muchos de ellos tenían experiencia previa en el mismo hipermercado, de modo que después de una reunión de personal, los más veteranos, nos ayudaron a los seis nuevos. Solo había cinco chicos, y las siete restantes éramos mujeres. El ambiente era relajado a pesar de la gran afluencia de clientes, y pronto tenía dominado el funcionamiento de las cajas. La supervisora era una gran mandona, pero justa y profesional.

El sitio perfecto para trabajar, porque donde hubiera compañeros desagradables y envidiosos, con aires de grandeza mal proporcionados y, además, malas intenciones, era imposible trabajar.

Si encima poníamos a un jefe que distinguía poco sobre el bien y el mal... lo que quedaba era el desastre que me tocó vivir.

Tenía suerte ahora.

Con el paso de los días, tenía claro que haría lo posible por quedarme en ese trabajo. No era lo más glamuroso del mundo, pero me mantenía ocupada, me distraía de todo, y me gustaba ver a más gente, desconocida, pero, al fin y al cabo, otras personas.

Era estimulante pensar en la vida que tendrían, cada uno de ellos con sus preocupaciones, sus problemas, sus luchas; cada uno mirando hacia delante para conseguir lo que todos buscábamos.

La felicidad.

Daba igual cómo y dónde la buscásemos. No importaba con quién, o con quiénes... intentásemos conseguirla, al final esa era la meta de todo el mundo.

Esa primera semana pasó volando, y más aún porque la jornada

completa para la formación resultó un poco dura por falta de costumbre.

Llegaba agotada, y muchos días veía a Celia sacando la basura o simplemente asomada al balcón de casa de Luis. La noche del viernes estaban cenando fuera en la terraza superior, y pude distinguir a lo lejos las luces de las velas. Quise llorar, porque aquello me dolía mucho más de lo que me gustaría, sin embargo, tragué ese nudo de emociones al entrar en casa y me puse a chatear con mis amigas mientras cenaba una ensalada de pollo fresquita y deliciosa.

Con ayuda de Victoria, logré aprender a hacerla, y empezaba a comer algo más sano que pizzas y palomitas.

Cocinar unos filetes de pollo a la plancha no era tan complicado. Lo mejor de todo era que solo una semana fuera de casa y con unos hábitos de alimentación un poco mejores, empezaba a perder algo de peso. Me sentía bien conmigo misma, y veía en el espejo una mujer más atractiva. No solo por el kilo que perdí, sino porque mis ojos volvían a brillar más poco a poco. Era mi sonrisa la que marcaba la diferencia. Ahora era menos forzada y más sincera.

Había pasado poco tiempo desde lo ocurrido, pero empezaba a ver que, durante muchos meses las cosas no eran como deberían en mi relación con Luis. Echando la vista atrás, me daba cuenta de cosas que en ese momento no quise admitir que iban mal. Estuvimos meses sin mostrarnos cariño con besos, caricias, palabras dulces, y mucho menos con sexo.

Tal vez debí ser más romántica, más atenta, aunque al menos yo le escribía mensajes cuando él estaba trabajando; y muy pocas veces obtuvieron respuesta. Me ocupaba de pedir comida, la cena, y me interesaba sobre cómo iba la clínica.

Yo no tenía trabajo entonces, pero no habría venido mal que de vez en cuando se interesara por mi día. Él me contaba el suyo y yo le escuchaba, claro que en muchas ocasiones se limitaba a comer mientras veíamos la televisión o enterraba la cara en el teléfono móvil y no me prestaba la más mínima atención. Le preguntaba por su interlocutor, y sus respuestas vagas me molestaban. “Temas del trabajo” era lo poco que le sacaba.

Ahora entendí que no parase de chatear con su secretaria desde que se levantaba hasta que se acostaba, a excepción de las horas que estaban juntos en la clínica, por supuesto, sin embargo, incluso cuando estaba a mi lado, ella estaba presente, como un fantasma que estuviera pegado a su trasero. Qué

pesadilla.

Menuda forma de empezar una relación, pensé. Esa mujer sabía que Luis estaba conmigo, pero no le importó liarse con un hombre que estaba con otra... Era horrible, y una cosa más frecuente de lo que parecía. Me repateaba el estómago que existieran personas así, que no les importaba el respeto, ni nada más que ellas mismas. Sin duda Luis tenía más delito, porque era él quien debía fidelidad, compromiso y lealtad. Era él quien debió pensar en los muchos años que habíamos estado juntos y siendo felices, pero dudaba seriamente que se hubiera parado a pensar en ello.

No comprendía cómo de buenas a primeras, si ya tenía a alguien en tu vida, pudo empezar a coquetear con otra y olvidar que en casa le esperaba alguien a quien decía querer.

Después de hacerme daño de ese modo, dudaba que hubiera sido sincero en cuanto a la fidelidad, pero no tenía pruebas, claro. Una corazonada no era la clave para tener esa certeza.

Dejé el teléfono en silencio cuando me fui a dormir. Esa noche, ni siquiera mis amigas lograron animarme. Me sentía triste, sola, derrotada.

Sus palabras de consuelo y la promesa de que algo bueno me esperaba en el horizonte, no consiguieron que creyera que eso fuera cierto.

Debí luchar más por mi relación, pero si no sabía, en ese momento, que las cosas iban tan mal, ¿cómo iba a poner remedio y arreglar nada yo sola? Pensé que, si hubiésemos hablado del tema, si Luis se hubiera sincerado cuando apareció alguien nuevo en su vida, tal vez con el esfuerzo de los dos, ahora las cosas serían diferentes. Nunca quise romper algo bonito que había durado casi una vida entera. Nunca me imaginé que mi mejor amigo, el que creí que era el amor de mi vida, preferiría empezar algo nuevo con otra persona en vez de solucionar las cosas que no iban bien en lo nuestro.

Se acabó la novedad, la emoción del principio, pero teníamos estabilidad y una vida cómoda; ambos. Deberíamos haber estado pensando en matrimonio, en familia, y no en una vida separados.

Afirmaba quererme, ser feliz a mi lado, pero resultaba que me mentía, y se mentía a sí mismo durante todo el tiempo que dijo estar bien mientras sus sentimientos florecían en dirección contraria y nos alejaban el uno del otro.

Abrazada a la otra almohada, dormí con un sueño inquieto. Mis padres estaban al llegar y yo no sabía bien a qué tendría que enfrentarme cuando estuvieran aquí.

Les mentiríamos a ellos y a los padres de Luis, y así no se hacían las cosas.

En mi cara se reflejaban todas mis emociones, y siempre me resultaba difícil maquillar una verdad. Lo odiaba, incluso cuando era una mentira para suavizar una dolorosa verdad. ¿Para qué maquillar nada, si al final la verdad salía a la luz y resultaba mucho más dolorosa por no haberla revelado en su momento? Por mentir.

Lo hacía por él, aunque a mi parecer, no merecía esa cortesía. Quería hacerlo por no pelear más, para evitar otros conflictos. Era su decisión, y si se encontraba tan cómodo evitando la verdad, pues que acarreará él con las consecuencias.

Intenté hacerle cambiar de idea, pero era un cabezota. Estaba segura de que tarde o temprano todo eso nos estallararía en la cara. A todos.

Esa mañana de sábado, fui al trabajo y estuve pendiente del teléfono cuando pude. Mis padres llegaron al medio día y se quedaron descansando. Comí con Leticia y también con Victoria, que vino al parque comercial solo para ofrecerme su apoyo moral, y se lo agradecí a ambas, a pesar de que mi estado de nervios era tal que apenas pude probar bocado.

Valoraba mucho que estuvieran a mi lado. Eso era muy importante para mí, y ellas lo sabían.

Unas horas más tarde, cuando iba de camino a casa, alguien llamó y descolgué desde el “manos libres” del coche.

No sabía quién era, pero su voz me sorprendió. Me costó unos segundos darme cuenta.

—Nerea, tengo que hablar contigo de algo muy importante.

Era Celia. Estuve tentada de colgar, pero si Luis estaba a su lado, por alguna inexplicable razón, no quería que luego me lo echara en cara.

—Habla, que no tengo todo el día —espeté sin entusiasmo.

No tardó en continuar a pesar de mi impertinencia, pero me sentía incapaz de ser amable con esa mujer.

—Luis no sabe que te he llamado, pero luego se lo comentaré... no quiero que haya secretos entre nosotros —dijo tan tranquila. Solté una risa sarcástica, pero ella la ignoró—. He visto que te ha llamado y escrito varias veces, y solo quiero que sepas que no vas a conseguir que nos separemos.

—Eso me parece surrealista —solté sin pensar—. ¿Tú vas a darme lecciones de moralidad y sinceridad? ¿En serio?

—No seas borde, porque yo te estoy hablando bien —dijo con nerviosismo—. Lo que él y yo tenemos es real, sincero, y quiero que sepas una cosa que no creo que Luis te haya contado.

Guardó un momento de silencio y la animé a hablar, porque odiaba escuchar su voz.

—Por favor, suéltalo, porque esta conversación ya me está provocando urticaria —mascullé enfadada.

—Estoy embarazada de casi tres meses. Ha sido por sorpresa, pero está pasando y no permitiré que te entrometas en lo nuestro —expuso determinante—. Parece que a Luis le preocupa que salgas con ese tal Alonso, pero sé que yo le importo más, y ahora que vamos a ser una familia, no consentiré que le persigas con el propósito de ponerle celoso.

Estaba encabezonada en que yo quería algo con Luis, y salía con mi vecino para darle celos.

Y eso no era lo peor, claro. ¿Embarazada? ¿De tres meses?

Eso significaba que sí me había engañado, y hacía varios meses... quizás mucho más tiempo. Ella llevaba como un año y medio trabajando en la clínica, de modo que si hacía cuentas...

Mejor no. Mi corazón iba a mil por hora y mis manos apretaban el volante con fuerza a pesar del temblor que me recorría como un terremoto.

Presté atención a la carretera y traté de centrarme.

—Luis es todo tuyo, y no quiero meterme en lo vuestro porque odio las complicaciones y a las personas que mienten. Así que sed felices y dejadme en paz, los dos, de una maldita vez —escupí sin remordimientos.

Colgué y traté de no llorar.

Ahí tenía mi prueba, y ahora, me enfrentaba a una situación mucho peor. ¿Podría ocultar ese secreto y encararme con Luis como si nada?

Las familias iban a sufrir mucho por esta situación, pero si ella no mentía, y dudaba que lo hiciera, en unos meses Luis sería padre, y a nadie le iba a costar echar cuentas y descubrir la verdad. Con sinceridad, no quería echar más leña al fuego, pero mentir con algo tan evidente me resultaba estúpido. Un error de proporciones bíblicas.

Abriría la caja de Pandora y que se las apañara él con sus patrañas.

Yo estaba al margen de su vida para siempre.

5

La hora había llegado. Luis y yo quedamos a las diez y media y mis padres habían querido sonsacarme todo solo unos minutos antes del encuentro.

Me negué por completo a soltar prenda. Al cabo de un rato comprendieron que era mejor esperar a la llegada de Luis, y me explicaron cosas de su viaje por México. Llevaban años viajando y conociendo mundo, y me mostraron fotos, me relataron sus historias, y me distrajeron hasta que el timbre sonó y mis nervios se dispararon como un cañón.

La tensión se podía cortar con un cuchillo sin filo a pesar de mi cariñoso saludo a Carlos y Julia. Me interesé por su viaje, aunque mis padres ya me habían contado que, hasta saber lo de nuestra ruptura, había sido muy especial.

Julia tenía mi mano sujeta y parecía no querer soltarme. Sentía dolor por ella.

Ocupamos los sofás del salón delantero y todos se veían inclinados más hacia mí. Me imaginaba que después de ver las fotos de Luis con otra chica, pensarían lo peor. Sin embargo, la verdad no era peor, sino simplemente el mayor de los desastres que existían.

Los padres se miraban unos a otros esperando que alguno de los dos empezara a hablar. Mi madre a un lado, me masajeaba la espalda mientras la madre de Luis apretaba mi mano con fuerza.

—¿Te pasa algo, Nerea? —preguntó Luis al notar mi turbación.

—No lo sé, tal vez este asunto se pone mejor por momentos —solté con sarcasmo.

Mi voz era quebradiza, y sentí que estaba al borde de la histeria y el llanto.

Intentaba respirar hondo, pero cada vez que pensaba en las palabras de Celia, me sentía peor. ¿Cómo había sido capaz? ¿Por qué razón seguía mintiéndome con todo el asunto de su relación con ella?

Lo único que tenía que hacer era confesar y cada uno seguiríamos con nuestra vida.

Las mismas palabras se repetían en mi cabeza. No pude contenerlas por más tiempo. Y no pude mirarle.

—¿Por qué lo hiciste?

Se mostró confuso cuando le miré al fin.

Mi cara de cabreo monumental debió de darle una pista de que algo pasaba, y su miedo era patente. Las lágrimas escaparon de mis ojos, las muy traicioneras.

—Nerea —advirtió—, nuestros padres merecen saber que ya no estamos juntos, pero no hace falta contar todos los detalles de lo que ha ido mal en la relación.

Los ojos de todo el mundo se volvieron hacia él.

—Que hayan pasado cosas entre vosotros es evidente, pero... ¿no hay solución posible? —preguntó mi madre con gran preocupación y voz llorosa.

Iba a responder eso cuando Luis se me adelantó. Se hizo un silencio sepulcral.

—Con el tiempo se verá.

Mi corazón latía tan deprisa que me dolía el pecho. Algo mareada, me levanté, dejando a nuestras madres descolocadas. Les observé uno a uno, y me di cuenta de lo injusto que era todo el asunto.

La mentira no servía de nada, y menos una que se iba a descubrir pronto.

No podía entender sus razones, pero iba a pararle los pies rápido. No me encontraba bien, la cabeza me daba vueltas y todo mi cuerpo temblaba por frustración, dolor e indignación.

Tenía un ataque de pánico en toda regla, y delante de mi familia. Eso no se lo iba a perdonar jamás.

Con mis manos apretadas en fuertes puños, di varios pasos vacilantes hacia él, y no por falta de convicción, sino porque sentía que podría caerme al suelo en cualquier instante debido a los sentimientos que saturaban mis nervios.

Tenía los dientes apretados y con la sensación de que se me iban a romper por la fuerza que ejercía casi sin control. Respiré hondo varias veces con la intención de relajarme, pero me ponía peor por momentos y necesitaba hablar y salir de allí lo antes posible.

—No puedo seguir con esto, Luis —le dije abrazándome a mí misma.

Las manos me dolían por apretarlas tan fuerte en torno a mis brazos—. Tu novia me llamó hace un rato y me dijo que está embarazada, así que deja de mentir a todo el mundo, porque me has engañado —mi voz se quebró—, y no has dejado de hacerlo desde hace bastante tiempo.

Hubo jadeos de sorpresa. Solo pude mirar al suelo, a los zapatos de Luis. Era humillante lo ocurrido, y también lo era soltarlo delante de sus padres y los míos.

—No se le hace eso a alguien a quien quieres.

Continuaba sin decir nada.

—No quería hacerte daño —confesó al fin.

Levanté la mirada. Los ojos me escocían.

—Si eso es verdad —empecé con ironía—, solo tenías que haberte mantenido con los pantalones puestos —espeté furiosa—. Si las cosas iban tan mal entre nosotros, solo debiste decírmelo cuando lo sentiste así, y nos podríamos haber ahorrado todo este drama.

Tenía una expresión de “trágame tierra” en su rostro, y toda esa apariencia angelical se me tornó como la de un lobo con piel de cordero.

—Ojalá tuvieras la menor idea de lo desagradable que es sentir que te han sustituido por una chica más joven —mascullé—, y de lo idiota que me siento por no darme cuenta antes de que algo así ocurría en mis narices. Me has mentido a la cara... ¿cómo podías hacer eso y quedarte tan tranquilo? ¿Es que no tienes conciencia? —No podía parar.

Su falta de respuestas me enervaba.

—Cometí un error, pero no puedes pensar que soy un monstruo, porque me he portado bien contigo estos años atrás, ¿eso no cuenta para nada? —intentó defenderse.

—Pero... ¿tú te das cuenta de lo estúpido que es lo que dices? ¿Acaso pensaste tú en todo lo que llevábamos vivido antes de tirarte a tu secretaria?

Empecé a elevar la voz hasta que recordé que no estábamos solos.

—Tú solito te has cargado una amistad preciosa y una relación que hasta hace poco pensé que era perfecta. Tú solo has montado este circo de mentiras y secretos, así que defiéndete a ti mismo y cuenta lo que te parezca para quedar como el angelito que finges ser. Intenta justificar cuanto quieras, pero que sepas que me has roto el corazón y el alma, y ojalá puedas perdonarte eso, porque yo no pienso hacerlo jamás.

Hizo un intento de tocarme y di un paso atrás, forzando más el agarre a

mí misma. Me dolían las manos, y todo el cuerpo a causa de la tensión y los nervios. El estómago se me revolvió, y pensé que tenía que salir de allí cuanto antes.

—Voy a pasear por la calle un rato. Necesito unos minutos a solas — miré a mis padres y ellos me observaron con una mezcla de impotencia, enfado, preocupación y sorpresa por todo lo que habían oído.

—¿No quieres quedarte y hablar con nosotros? —inquirió mi padre con suavidad.

—Más tarde —prometí.

Asintieron con desgana y fui a coger mi móvil y las llaves de casa.

Detestaba tener a Luis dentro de mi casa, pero no quería hablarle ni para echarle. Tampoco mirar su cara de mentiroso. Salí llorando y temblando como una hoja por el viento, y no tenía la menor idea de dónde ir.

Hacía fresco y yo solo llevaba una camiseta de manga corta y un pantalón deportivo minúsculo junto con unas chancletas de piscina.

Me encontré llamando al timbre de Alonso. Quizás no estaba en casa, pensé, porque apenas se oía nada, pero era mejor eso que andar por el barrio por la noche y sola.

Escuché el interfono, pero no dijo nada, solo abrió la verja exterior y pasé adentro. Me sentí cohibida. ¿Estaría con sus amigos?

Aguarle la fiesta no era mi intención, pero en mi estado, y con la evidencia de haber llorado, iba a conseguir una atención que no deseaba, sin embargo, prefería hablar con unos desconocidos antes que con mi ex novio el mentiroso.

Salió a mi encuentro al verme entrar y dudó si acercarse demasiado.

—Nerea —susurró asustado—. ¿Qué te ha pasado?

Tragué el nudo que se formó en mi garganta.

—Necesitaba salir de mi casa —dije con voz temblorosa y el cuerpo agarrotado—. N-no sé si puedo seguir caminando, no me siento nada bien — balbuceé.

Sin pensarlo dos veces, me cogió en volandas y me acurruqué junto a su pecho, dejando salir todas las lágrimas que guardaba. No dijo una palabra al respecto.

Con los ojos cerrados, sintiendo su tranquilizante calor, noté que subíamos muchas escaleras.

Acabé tumbada en una superficie suave y muy agradable y, al mirar a mi

alrededor, comprobé que era un dormitorio.

Le interrogué con la mirada.

—Voy a pedir a mis invitados que no nos molesten y te traeré alguna infusión relajante que tengo en la cocina —explicó con ternura—. Vuelvo en un par de minutos.

Asentí e intenté mostrar una pequeña sonrisa, pero no estaba segura de haberlo logrado.

Continué abrazándome con fuerza, aunque me dolía cada músculo de mi cuerpo, sin embargo, me encontraba mejor en esa cómoda cama. Allí encogida, aparte de darle mil vueltas a lo sucedido, pude contemplar los muebles grandes de madera oscura, cómodos y con un aire rústico. Una de las paredes era de piedra y las otras estaban pintadas en blanco. Era agradable y cómodo, pero algo vacío.

Normal en una mudanza, aunque la carencia de cajas era notable también.

Comprendía que se encontraba en plena reforma y haciendo arreglos en el exterior, de modo que era normal que quedara bastante para que resultara un hogar.

La cama era espectacular, con cuatro postes tallados y doseles blancos con aspecto suave.

En cualquier otro momento habría cotilleado a fondo, pero no estaba yo para tonterías hoy.

Alonso llegó antes de que me diera cuenta con un vaso de cristal que contenía un líquido amarillo tostado. Lo dejó en una mesilla en la que solo había una lámpara de madera sencilla con una gran pantalla redonda de color blanco impoluto y se sentó a mi lado.

No me dijo nada al mirarme a los ojos, pero comprobó que podía mover mis manos. Las sujetó con suavidad y consiguió despegarlas de mi agarre. No fue fácil. Las miré y tenían un color espantoso.

—Tengo las manos de un muerto —solté.

—No es para tanto, solo están algo agarrotadas —dijo con suavidad.

Su voz era un bálsamo para mi herida abierta.

Deslizó una manta de color marrón oscuro de la parte baja de la cama y me la echó por encima. Deshizo mi coleta y dejó que mi pelo descansara sobre las sábanas.

—¿Esto es el cuarto de invitados?

—El mío —dijo con una pequeña sonrisa—. Perdona mi atrevimiento, pero los de invitados están ocupados y, de esta manera, mis amigos pueden entrar y salir de sus habitaciones sin problema.

—Lo entiendo —convine—. Esto es muy bonito.

—Gracias —dijo él con orgullo.

Tenerle cerca me relajaba, y teniendo en cuenta todas las circunstancias, eso era mucho decir.

No me había gustado dejar allí a mis padres con ese marrón de campeonato, pero quedarme era imposible. No soportaba tener a Luis cerca. Resultaba una ironía cruel que viviera justo en la casa de enfrente.

Suerte que tenía árboles y muros entre las diferentes alturas del jardín para evitar verle.

—¿Puedes incorporarte?

Calentó un poco mis manos con las suyas, pero seguían teniendo aspecto fantasmagórico.

—Me duele todo el cuerpo —musité con una voz quejica que detesté en profundidad.

Con delicadeza, me ayudó a sentarme en la cama y me ofreció el vaso con lo que supuse que era una tila.

—Gracias.

Sujeté el vaso con cuidado, porque tenía la sensación de que iba a romperlo en mil pedazos.

—Lleva azúcar.

Sin saber la razón, empecé a llorar incluso más fuerte que un rato antes. Las lágrimas eran difíciles de controlar.

Asentí, incapaz de pronunciar palabra. Alonso dejó mi teléfono en la mesilla y vio que se encendía la pantalla.

—Es tu madre.

—¿Puedes escribirle por mí? Dile que estoy bien y que vuelvo en un rato.

—Claro. ¿Tienes alguna contraseña?

—No, yo no tengo nada que ocultar —dije sarcástica.

Alonso me lanzó una mirada cautelosa e hizo lo que le pedí. Dejó el teléfono boca abajo y se centró en conseguir que bebiera la tila.

—Te sentirás mejor, ya verás.

—Lo sé, he estado tomando bastantes infusiones de estas últimamente

—le conté.

—Yo también —dijo con resignación.

Su expresión abatida me hizo sentir una fuerte curiosidad por sus motivos.

—¿Es por el tema de tu ex?

—No, es que... es el aniversario de la muerte de mis padres. Diez años —musitó con la voz rota.

—Lo siento tanto —susurré con el corazón encogido—. La vida es un asco a veces.

Quería abrazarle y consolarle, pero no estaba segura de cómo lo tomaría él. Acabé la infusión y le di el vaso.

Lo dejó en la mesilla y me observó con intensidad.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

Me encogí de manera involuntaria y él lo notó.

Pasó uno de sus brazos por mi espalda y mi cabeza quedó descansando en su hombro. Cerré los ojos cuando se tumbó y dejó que quedara descansando sobre él.

—Cuando estés lista, no te preocupes.

Sentí un beso en la sien y apreté aún más los ojos para no llorar. Iba a terminar pensando que era una boba llorona.

Después de unos minutos, asombrada de que un desconocido tuviera más consideración conmigo que mi ex novio desde hacía tantos años, me atreví a hablar.

—Acabo de enterarme que mi ex va a ser padre dentro de unos seis meses —expuse con agotamiento—. De chico bueno no tiene nada... me engañó durante bastante tiempo... tal vez desde que conoció a esa idiota, y... no comprendo qué diablos tiene ella que no tenga yo —medité consternada—. He intentado apoyarle en cada momento de su vida, he estado a su lado desde hace tanto tiempo. Es el único con el que he experimentado las etapas de una relación. Ha sido el único para mí, y parece que ha sido muy fácil encontrar una sustituta con la que hacer su vida mientras yo me quedo sola y pensando que hay algo mal en mí para que ya no me quiera.

Me escuchó en silencio y cuando notó que no iba a decir nada más, clavó sus ojos en los míos.

—¿Sientes algo por él todavía? —preguntó con suavidad.

Suspiré.

—He pensado en ello durante estas tres semanas, y creo que después de lo que ha pasado y lo que he descubierto, he dejado de quererle —confesé en voz baja—. Creo que solo siento frustración por ser engañada y porque me mintiera tanto tiempo. Pienso que no he sido bastante buena como para que él quisiera respetarme y quererme lo suficiente para no hacer lo que ha hecho.

—Te conozco muy poco, pero no me parece que seas tan mala persona como para merecer sufrir esto, de verdad —expuso con intensidad—. No sé por qué la gente miente y engaña a sus parejas. Para mí, si estás con alguien es porque quieres; nadie obliga a nadie a tener pareja, y si la tienes es para respetarla, si no deseas comprometerte, pues no lo hagas. Es así de simple.

«Que los sentimientos se apaguen es algo más común de lo que nos imaginamos, pero creo que hay mejores opciones que ponerle los cuernos a tu pareja. Si la quieres, intentas arreglarlo, y si crees que no tiene remedio, pues lo hablas y rompes. No hace falta mentir como un cobarde, porque el respeto es lo principal, aunque ya no estés enamorado de la otra persona.»

—Dijo que no quería hacerme daño —solté con ironía.

—Siempre es doloroso saber que los sentimientos de tu pareja se han enfriado, pero si te miente es porque sabe lo mal que lo está haciendo, y si lo sabe... bueno, es que simplemente no tiene lo que hay que tener para dejar las cosas claras y darte la oportunidad de ser libre para encontrar la felicidad que él no está dispuesto a darte.

—Estoy de acuerdo contigo —convine.

—Ten claro que es él quien te ha fallado a ti, porque para ser adulto, no actúa como tal —sentenció—. Mereces más que eso, y con lo guapa que eres, seguro que lo encuentras sin problemas.

—Vaya —solté asombrada—, que alguien como tú me diga eso, me anima mucho —dije contenta.

—¿Alguien como yo? —dijo receloso.

Le miré a los ojos, empezando a notar el efecto de la infusión y de su compañía. Eran de lo más estimulantes.

—Ya sabes, alguien triunfador, atractivo, y además con una personalidad tan cercana y atenta. Eres un tesoro nacional, chico —piropeé.

—¿Hablas en serio? —inquirió inseguro.

—Pues claro que sí, no sé por qué razón iba a decirte algo que no siento —dije confusa.

—Bueno, es que la gente, muy a menudo suele decirme que soy

inaccesible, serio y aburrido cuando salgo de los circuitos —explicó con resignación.

Jadeé por la sorpresa.

—Quizás la clave es que no dejas que la gente vea esa parte más íntima de ti.

—Sé que hago eso siempre, pero no sé por qué... y me sorprende no ser así contigo —dijo en voz baja, pensativa.

—Normalmente yo tampoco acudo a buscar consuelo con cualquiera, pero me alegro de haber venido —confesé—. Espero que no te sientas muy incómodo por aguantar mi crisis nerviosa... no era mi intención molestarte con este asunto, pero me pareció que tú mejor que nadie me entendería.

—Nunca me han dicho algo así, y ninguna de mis ex novias vino jamás en busca de consuelo cuando salíamos —explicó pensativo—. Esto me gusta. En serio.

Se distinguía la sorpresa en su voz.

—Puedes venir a verme siempre que quieras, porque, la verdad es que me gusta pasar tiempo contigo —confesó con una pequeña sonrisa de lo más sexy.

—Gracias —suspiré.

Estaba medio abrazada a él, y mi cuerpo se fue relajando con el paso de los minutos. Su voz era tan suave, grave y seductora, que estaba provocando un hormigueo en la parte baja de mi estómago.

Me dije que no estaba bien sentir deseos por él, y menos cuando notaba que mi existencia estaba en un momento tan desastroso.

Por supuesto, había quedado claro que en la vida había muchas cosas que escapaban a nuestro control.

Con ese pensamiento en la cabeza, notando el calor confortante del cuerpo de Alonso y la fuerza que emanaba de él, me relajé tanto que me quedé dormida.

Comprendí eso cuando desperté y vi que Alonso dormía a mi lado, tumbado de lado y mirando hacia mí. Pude contemplarle a placer, y desde luego lo era poder observar de manera minuciosa su perfecto rostro varonil, su incipiente barba y ese sedoso pelo que ahora caía sobre su frente. Quise apartarlo con mis dedos, pero no quería despertarlo.

Allí, a su lado, a pesar de no conocerle, me sentía a salvo, protegida del dolor que sabía que me esperaba cuando saliera de esas cuatro paredes.

—Tal vez sea una cobarde —admití en voz baja—, pero no quiero salir de aquí nunca para enfrentar la realidad... —mi corazón se aceleró—. ¿Qué tienes que me hace sentir en casa?

Alonso se removió un poco y sentí miedo de que me hubiera oído.

Mis miedos se confirmaron.

—¿Sería raro si te digo que me pasa lo mismo? —musitó él sin abrir los ojos.

—Sin duda —me burlé.

Él se rió y al final entreabrió los ojos. Alzó su mano y acarició con suavidad mi mejilla.

—Nunca me he abierto tanto con nadie, y no me avergüenza admitir que eso me da miedo —reveló con ternura y una pizca de reserva.

—Yo suelo hablar con mis dos mejores amigas de todas mis intimidades —confesé sin poder contener una risita tonta—, pero jamás había abierto mi alma a un desconocido. No creo que sea casualidad, sino que entre nosotros hay una afinidad que es difícil de encontrar.

—Muy difícil —convino—. Y no me gustaría perderlo, pero creo que dar un paso más sería un error... ¿no crees?

Había dejado su brazo descansando en mi cintura y mis ojos estaban clavados en sus labios.

No. No estaba bien sentir eso ahora cuando mis sentimientos eran tan confusos, sin embargo, lo deseaba, y sabía que era un error, desde luego, pero quería pensar que eso era suficiente para no hacerlo.

No podía.

—Sé que es un mal momento para pensar siquiera en una nueva relación, pero ninguno de nosotros está en ese punto, y... somos adultos...

—Sí, lo somos —murmuró, clavando sus ojos en mis labios.

—No tenemos compromisos con otras personas, ni vamos a exigir nada del otro...

—Nada en absoluto —convino con su ronca voz.

Empezaba a derretirme. Sabía que era consciente de cada una de mis palabras, porque su cuerpo se relajaba y se tensaba a cada rato, como si se debatiera en una lucha interna sobre lo que debía o no debía hacer.

—El sexo lo complica todo, pero si somos capaces de asumir que esto es solo amistad y... roce... podremos dejar los sentimientos a un lado y disfrutar de algo que queremos, porque... ¿tú quieres?

—Claro que quiero —sentenció—, pero no me gustaría aprovecharme de tu vulnerabilidad y que puedas arrepentirte después.

—Si depende de mí, solo te puedo decir que, lo único que quiero es sentirme deseada —confesé con un nudo en la garganta.

—Eres una mujer muy deseable —apuntó muy serio—. Pero me preocupa que ahora te sientas así y mañana creas que debiste pensar este asunto con la cabeza fría.

Medité sus palabras un instante.

—La atracción que siento por ti no es solo del calor del momento, sino desde que te vi —le confié—, y no creo que tenga nada de malo querer dar un paso más, aunque sepas que no hay un compromiso entre los dos.

—No quiero hacerte daño —musitó.

—Yo tampoco a ti —dije sin apartar la mirada—. Y de la misma manera, no voy a vivir sumida en esa agonía para siempre. No pretendo desaprovechar la vida solo por lo que ha pasado.

Permanecí quieta y dejé que venciera sus reservas si es que podía. No quería forzar la situación si él no sentía que debía pasar algo entre nosotros.

O lo deseaba o no, era sencillo.

Mi cuerpo tembló de deseo cuando su mirada pasó de mis ojos a mis labios. La distancia que nos separaba era mínima, y la salvó con un rápido acercamiento entre los dos. Puso sus labios sobre los míos con una ternura infinita. Acaricié su mejilla y saboreé el contraste entre su barba de un día y la suavidad de su boca.

Tentó mi lengua con la suya y el beso se volvió lava de un volcán a punto de explotar de forma violenta.

La mano que descansaba en mi cintura bajó hasta acariciar la parte superior de mi muslo, y con suavidad y lentitud, la sujetó para que esta se quedara enredada con su cuerpo. Una gran excitación me recorría las terminaciones nerviosas de arriba abajo.

No creía haber sentido jamás esa sensación tan abrumadora, como si mi piel ardiera, pero en el buen sentido.

Separamos nuestros labios y tomamos aire con dificultad.

—Estás a tiempo de echarte atrás, porque dentro de nada, me será difícil detenerme —resolló sin aliento.

Yo estaba en el mismo estado, sintiendo los fuertes y erráticos latidos de mi corazón desbocado.

—Por favor —rogué impaciente—, no te detengas.

Fue como encender el motor de un coche muy potente. Con experiencia a sus espaldas.

Sus besos eran calientes y tiernos; una mezcla que me dejaba con sensación de querer más y más.

Hizo un rápido movimiento y se colocó encima de mí. Le abracé con mis piernas y jadeé cuando noté su duro miembro apretado contra su vaquero y rozándose con mi ropa.

Quería tenerle ya, estaba impaciente como nunca antes, y tiré de su camiseta para dejar claras mis intenciones. Su sonrisa era un regalo para los ojos. Me ayudó a sacarle la prenda y se incorporó para que pudiera desnudarme también. Me hizo tumbarme para sacar mi pantalón y la ropa interior, y su mirada oscura por el deseo, hizo que perdiera mis inhibiciones.

Alcé mis manos y con rapidez abrí la parte superior de su pantalón. Era un Adonis con ese escultural abdomen y la línea de vello que asomaba por su pelvis.

Iba a deshacerme de placer allí mismo sin que apenas me tocara.

—Eres preciosa —declaró con firmeza y esa oscura voz que provocaba cosas en mi interior que no había sentido jamás.

—Y tú eres como un Dios griego —susurré con coquetería.

Se quitó los pantalones con rapidez y se acercó como un gran felino en busca de su presa.

Mi voz interior se relamía, la muy pilla, ante la perspectiva de estar con ese pedazo de hombre.

Desvió su mano hacia la mesilla y sacó del cajón una caja de condones cerrada. Cogió uno y lo puso a mi lado; preparado para la acción. Eso me gustó.

Aunque no me lo esperaba, empezó a acariciar mis piernas mientras las colocaba como él quería, y cuando estaban abiertas y yo totalmente expuesta, besó la cara interna de mis muslos, sin dejar de mirarme, hasta que llegó a mi rincón secreto y fui incapaz de hacer nada que no fuera gemir de placer. Su juguetona lengua se sabía muchos trucos, y los usó todos para desarmarme y darme el mayor de los placeres que había conocido jamás.

A punto de explotar estaba justo cuando se detuvo y me miró con lascivia.

Quise gritar.

—Aún no, pequeña.

Solté un quejido y él se rió por lo bajo.

—Yo también estoy al borde ya —expuso con resuello—. Quiero sentirte bien.

De rodillas sobre la cama, se puso el condón en segundos, y me incorporé para continuar besándole con toda la pasión que había reprimido durante años.

No había tenido mucha nunca, y ahora sentía que necesitaba recuperar el tiempo perdido.

Aunque era mucho más fuerte que yo, dejó que le guiara hasta quedar tumbado boca arriba. Ya que no me había dejado darle placer de otro modo, acaricié su miembro duro y de gran tamaño y me coloqué en posición para que pudiera penetrarme. Disfruté del momento, haciéndolo despacio, aunque suponía un enorme esfuerzo. Mi corazón estaba a punto de estallar, y más aún cuando me llenó por completo y coloqué mis manos sobre su pecho para iniciar el movimiento que nos llevaría al clímax.

Estaba convencida de que había tenido experiencias increíbles con las mujeres que se lanzarían a sus brazos, pero yo no era ninguna acróbata. Me serví de trucos que había aprendido durante años y que en el pasado no obtuvieron la respuesta deseada, y también de consejos de mis amigas. Leticia era bastante imaginativa, y por suerte, jamás se guardaba sus intimidades. Una mujer podría aprender a excitar a un hombre sin tocarle solo con una conversación con ella.

Apreté mis músculos internos para darle mayor placer a la vez que subía y bajaba con total descaro por su miembro. Se incorporó hasta que su pecho se pegó al mío y me besó con ardor.

Ese fuego se propagó con rapidez por todo mi ser, y alcé mis brazos para colocarlos alrededor de sus hombros. Sus manos sujetaban mi trasero con fuerza para crear mayor impacto entre nuestros sexos.

Iba a enloquecer.

Igual que el agua del mar contra la pared de un acantilado, igual que un volcán en erupción, igual que un terremoto que arrasara todo a su paso; esto era como una fuerza de la naturaleza, incontrolable y salvaje. Nos transportaba a otro mundo. Uno en el que no había problemas, ni ex parejas, ni preocupaciones.

Solo sensaciones. Solo nosotros dos.

Se movió tan deprisa que apenas fui consciente de lo que hacía hasta que acabé tumbada con su firme cuerpo sobre mí. Era de lo más excitante.

Empezó a embestir con suavidad sin dejar de besarme con mucha pasión, y cuando ya no podíamos resistir más, cuando sintió que estaba al borde de un abismo, aumentó el ritmo y caímos juntos en una espiral de deseo incontenible.

Sus ardientes besos ahogaron mis jadeos, y poco a poco recuperamos la cordura y el aliento.

Aquello había sido lo más intenso que sentí en toda mi vida. Sin lugar a dudas, eso era pasión, y no lo que tuve en el pasado. Esto era auténtico deseo.

Borré el pasado de mi mente, porque lo último que quería era echar la vista atrás.

Un poco recuperados, y tras el regreso de Alonso del aseo, nos quedamos abrazados.

—Ha sido alucinante —murmuré.

—Desde luego —dijo él con una pequeña risita satisfecha.

Me incorporé a medias y le miré con disgusto.

—Debería irme, mis padres estarán preocupados —expuse con desgana.

—Bueno, también yo debería volver con mis invitados, porque mañana se van a sus casas. Han querido venir a verme porque es la primera vez que me salto unas cuantas carreras... y, en fin, estaban preocupados por mí.

—Me imagino que vienen a darte tu apoyo, eso es bueno. Me alegro de que no estés solo —comenté con sinceridad.

Fui a buscar mi ropa y me sorprendí cuando habló a mi espalda desde la cama.

—¿Quieres quedarte?

Di un giro rápido y me tapé con pudor al notar por primera vez que la luz estaba encendida.

Una novedad para mí, que siempre había hecho el amor en la penumbra de mi habitación, o en la de Luis.

—No te avergüences ahora —dijo con suavidad.

Se levantó y caminó con toda su increíble y total desnudez. Su miembro aún estaba en su plenitud y no pude evitar sonrojarme. Aquel hombre no tenía nada pequeño...

—No tiene sentido, ¿no? —me burlé de mí misma.

Sujetó mi rostro con ambas manos y me besó con una pasión

desbordante.

—Tan dulce —musitó contra mis labios hinchados por sus besos—. Me encantas.

—Y tú a mí, hombretón sexy —admití con mi mejor voz sugerente y una amplia sonrisa.

Alonso se rió de mis palabras. Se notaba que le halagaron a pesar de mi tono de broma.

—No me importaría quedarme, pero mis padres no saben dónde estoy y debo hablar con ellos, y tal vez con... quien ya sabes —carraspeé—. No tengo intención de tener más días como el de ayer y necesito zanjarlo rápido —añadí muy seria.

Apreté los dientes con fuerza solo de pensar en ello, sin embargo, me relajé cuando sus dedos acariciaron mis mejillas.

Le miré a los ojos y todas esas sensaciones agobiantes se esfumaron.

En aquel instante pensé que estaba metida en un buen lío. ¿Cómo no sentir nada por ese pedazo de hombre sexy y cariñoso?

Suspiré.

—Voy a bajar este vaso a la cocina y así puedes tomarte el tiempo que necesites para vestirte —me besó antes de ponerse un pantalón corto y coger el vaso—. Te espero abajo.

Guiñó un ojo y un buen montón de mariposas revolotearon incontroladas en mi estómago.

La pequeña y molesta voz de mi conciencia puso los ojos en blanco como respuesta a mi tremenda e inevitable imprudencia.

Me dije que sentir deseos por alguien no era nada malo, y al menos yo sí estaba soltera. Lo que hiciera o sintiera no hacía daño a nadie y, si llegara a hacerlo, simplemente no podía remediarlo.

No iba a quedarme soltera para siempre.

Al menos yo respeté el compromiso que tenía con Luis, mientras él mancilló nuestra bonita relación con sus secretos.

Me vestí con rapidez y fui al baño a asearme y peinarme un poco.

Aunque sonara extraño, dadas las circunstancias, me sentía bien por haber pasado esos momentos con Alonso. Sin ninguna expectativa, teniendo en cuenta que esto no era nada serio y ninguno tenía obligaciones con el otro; era justo lo que necesitaba.

Era un hombre atento, apasionado y sincero. Yo le gustaba, un poco al

menos, y él era muy atractivo, y si bien no era lo más importante en una relación, al fin y al cabo, esto no lo era. De modo que era mejor que me centrara en la parte física para dejar mis sentimientos más profundos a un lado. Tal vez levantaría un muro a mi alrededor, porque no quería sufrir cuando al cabo de unas semanas él desapareciera.

Ese sentimiento me agobiaba, pero no podía dejar que pudiera conmigo. Las personas iban y venían, y lo que tenía claro después de mi experiencia, era que debía sacar lo mejor de cada una, sin pensar demasiado en el mañana. Bastante complicada era la vida como para hacerla aún más difícil preocupándome por cosas que aún no habían pasado. Debía ser más yo misma, más práctica, más alocada, y disfrutar de lo que viniera sin darle más vueltas de las necesarias.

6

Bajé la escalera despacio, observando la casa de Alonso y comprobando que el aire rústico estaba por todas las estancias.

De pequeña había estado allí algunas veces, pero hacía demasiados años de aquello. Claro que no lo recordaba tan vacío, y se notaba, por el olor del ambiente, que Alonso estuvo pintando las pocas paredes que no eran de piedra. El contraste era precioso. En el salón había una gran mesa de madera oscura, del mismo color que el resto de muebles, y una gran chimenea que bien podría ser de unos dos o tres metros. Era enorme, pero las habitaciones eran muy espaciaosas, de modo que resultaba coherente.

Escuché una voz que no era de Alonso, y quise irme, pero me había dicho que iba a esperarme, de modo que no supe muy bien qué hacer.

¿Debería hacer notar mi presencia, llamar a Alonso, o solo esperar?

Noté que las voces venían de la cocina, cuya puerta estaba entreabierta, y fui al recibidor, lo más alejada posible para no cotillear. Sin embargo, las voces eran incluso más claras allí.

Carraspeé para que me oyera, pero era obvio que no lo hizo.

La otra voz sí era de Alonso. Aguardé impaciente a que su amiga desahogara sus dudas sobre mí con el hombre con el que acababa de acostarme.

—¿Te la has tirado? ¿Cómo has podido hacerme eso? —gimió con voz lastimera.

Quería irme de allí, pero me daba apuro que supiera que le había oído, y con algo de suerte, al estar alejada de donde estaban, no se daría cuenta.

—Daniela, no empieces con eso. Sabes lo que siento por ti. Se acabó, yo...

—Pensé que podía demostrarte que estoy aquí para ti en los momentos difíciles —le cortó ella—. Creí que podríamos ser felices, y ahora te vas con la primera chica que se te cruza por delante.

—No voy con nadie —resopló con fuerza—, solo ha pasado y ya está.

No hay nada entre nosotros, y tampoco entre tú y yo. Ya sabes que no quiero relaciones ahora mismo.

—Si te importaran algo mis sentimientos, me darías una oportunidad, pero solo piensas en ti —acusó ella.

—Tú haces igual y no te lo echo en cara —se defendió él con evidente desesperación—. Solo te pido que respetes mi decisión, y no intentes dirigir mi vida, porque una cosa es ser amigos, y otra distinta es que pretendas que haga lo que tú quieres.

—Bien. Haz lo que quieras. Pero ten presente que esa chica no es más que otra caza fortunas, y cuando te saque hasta los ojos, te dejará... como hizo Raquel —escupió la mujer. Pasó cerca de mí y solo miró de soslayo.

Me encogí por dentro al oír aquello. Menudo golpe bajo. Si de verdad era amiga suya, no debería usar algo tan doloroso como si no fuera nada, y menos para manipularle en su beneficio.

Tenía intención de irme de allí y escribirle un mensaje o algo, pero cuando tenía sujeta la manilla de la puerta, escuché un fuerte golpe y una voz a mi espalda.

—¡Nerea! ¿Te ibas sin despedirte? —inquirió herido.

Me giré y vi su rostro contraído. Se me cayó el alma a los pies.

Ser sincera era lo mejor.

—Lo siento, he oído tu conversación sin querer y no quería entrometerme en tus cosas —expuse en voz baja.

—Tranquila, es que Daniela hace lo mismo con todas las mujeres que se me acercan. Somos amigos desde hace años. Tuvimos un pequeño lío y... no salió bien —apuntó con ironía—, porque ella no me gusta como para tener algo serio, y ahora aún sigo pagando aquel desliz de una noche.

Me observó pensativo, y me pregunté si tal vez él dudaba que esto fuera a acabar del mismo modo que con su amiga. Tenía que quitarle ese miedo.

—Oye, no quiero que esto sea un quebradero de cabeza para ti, y no pretendo suponer nada, pero me gustaría que supieras que yo jamás he tenido intenciones de ir a la caza de un millonario para vivir sin hacer nada —expuse con suavidad—. Sé lo poco que nos conocemos, pero tenía que decírtelo al menos, y ahora... puedes creerme o no. Eso no depende de mí.

Suspiró hastiado.

—Siempre pasa igual con Daniela... —masculló—. Se mete en medio y no me deja en paz.

Dio otro paso en mi dirección y sujetó mi rostro para darme un apasionado beso en los labios.

—No hagas caso a lo que ha dicho, porque me gustaría seguir viéndote, si tú quieres —añadió con sus increíbles ojos marrones clavados en los míos.

—Desde luego que sí.

Tras un largo y excitante beso, me vio marchar desde la puerta, alegando que no salía a la calle por si Daniela le impedía entrar de nuevo en casa.

Pensé que era una broma hasta que añadió las palabras: “Se comporta como una chiflada si no consigue lo que quiere.”

Eso abundaba bastante, pensé mientras caminaba unos pocos metros hasta mi casa.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando al entrar en mi salón, continuaban todos allí, sentados y esperando mi llegada.

—¿Por qué seguís aquí? —pregunté sorprendida.

—Cielo, no seas maleducada. Nos quedamos muy preocupados por ti —apuntó mi madre ofendida.

Mi paciencia empezaba a agotarse con todo este asunto, pero debía ser prudente y no decir nada que pudiera lamentar luego.

Todos tenían expresiones serias, y mi madre y Julia tenían signos de lágrimas en sus ojos.

—Luis quiere decirte algo, escúchale al menos —pidió mi madre.

La miré con rabia, pero no hacia ella, sino hacia mi ex novio, por meter a todos en sus errores y hacer que a su alrededor todo fuera sufrimiento.

Crucé mis brazos con fuerza, deseando que Alonso estuviera a mi lado y fueran los suyos los que me protegían, sin embargo, meterle a él también era un error que no iba a cometer.

Lo que faltaba, me dije.

—No quise hacer daño a nadie, pero a veces sentía que preferías pasar más tiempo saliendo con tus amigas que conmigo. No quería enamorarme de otra persona, pero pasó sin darme cuenta, y traté de gestionarlo mejor para que nadie saliera herido. —Era tan evidente su molestia como el hecho de que intentaba que no se le notara. Le di un punto por ello. Solo uno—. Pretendía explicar las cosas con más calma, dejando pasar un poco de tiempo. No como has hecho hace un rato... y no digo que te culpe, solo que después de darme cuenta del error que cometí, intenté hacerlo bien para causar el menor daño. De verdad, procuré minimizar los estragos de este asunto.

Después de su ensayado discurso, solo quería darle un guantazo y echarle de mi casa, pero la decencia llamaba a mi puerta, la muy considerada, pensé con sarcasmo.

—No quería montar una escena, pero estaba harta de mentiras, y cuando Celia me llamó para contarme lo que pasaba en realidad... bueno, simplemente jamás me esperé encontrarme con semejante situación. Y espero que no intentes excusarte en esto para obviar el hecho de que has hecho las cosas fatal.

Mi ataque fue recibido con miradas de reproche de todos, y de dolor por parte de Luis.

—No me excuso, sé que lo he hecho muy mal, pero tampoco fui yo el único que descuidó la relación —expuso con suavidad.

—También tú deberías entender que estabas todo el día fuera y yo necesitaba estar con mis amigas, porque cuando llegabas a casa, lo único que hacías era mirar el móvil e ignorarme —mascullé enfadada.

Eso lo dejó sorprendido.

—Intentas buscar razones para lo que has hecho —espeté moderando mi tono de voz—, pero lo cierto era que, si no te sentías feliz a mi lado, debiste cortar antes de meter a otra persona entre nosotros.

—Y tú también podías haber hablado conmigo —alegó.

—Intenté decirte lo mucho que me molestaba el que estuvieras enganchado al móvil a todas horas, pero decías que eran cosas del trabajo, así que... ¿qué más esperabas que te dijera, que pasaras del tema y ya está?

Estaba frustrada, y más que enfadada.

—Mira, la verdad es que podríamos estar días y días lanzándonos reproches, pero esto se acabó —sentencié agotada—. Digamos que los dos cometimos errores y ahora vamos a hacer nuestras vidas por separado. Sin embargo, me has hecho mucho daño, así que no esperes que entre nosotros haya amistad solo porque la hubo antes. No me pidas algo que ahora mismo no puedo darte.

No iba ser más dura de lo necesario con sus padres delante, porque no quería hacerles daño, y en parte me sentía mal por terminar de este modo con alguien a quien había querido tanto.

Por otro lado, no iba a prometer amistad cuando ahora mismo estaba tan cabreada con él que podría darle una patada en el culo y mandarle a casa, literalmente.

—Ojalá ella sea lo que necesitas. Y también espero que esta situación te haya enseñado a ser más sincero, porque ahora vas a ser padre —apunté con gran énfasis—, y eso es una responsabilidad mayor que una novia.

Se levantó y caminó despacio hacia mí. Parecía asustado, y me entró miedo también.

—Bien, aunque esto no creo que te guste demasiado, prefiero que lo sepas por mí —empezó con cautela—. Celia y yo vamos a casarnos en una ceremonia sencilla, con nuestros padres y en el ayuntamiento. Aún no se lo he pedido, pero es algo que he pensado desde hace unos días. Creo que es lo correcto.

La falta de asombro a mi alrededor me reveló que era un tema que habían hablado en mi ausencia.

No sabía bien cómo me sentía. Después de estar con Alonso, y tras varias semanas haciéndome a la idea de que Luis y yo ya no éramos pareja, había sufrido el impacto de una bomba con lo del embarazo y el engaño... ahora ya casi pensaba que nada me sorprendería. Sí dolía, sin embargo.

—Es una decisión correcta —dije sin más.

¿Qué podía decir, que me alegraba, que les deseaba prosperidad y felicidad?

No quería mentir, de modo que dije lo que sentía, a pesar de que me doliera en el alma.

Hacía muy poco tiempo pensaba que, al cumplir los veinte años juntos, decidiríamos dar un paso más, casarnos y tener hijos, pero no me imaginaba, ni por asomo, que él tendría todo eso con otra mujer que no era yo.

Luis asentía con el ceño fruncido. Me miraba confuso y también yo le miré sin comprender su reacción.

—¿Qué?

Él carraspeó y sacudió la cabeza como si quisiera aclarar con rapidez sus ideas.

—Nada, es solo que... creí que reaccionarías de otro modo...

—Después de saber que me dejaste porque me traicionaste con una mujer que has dejado embarazada, yo creo que ya no hay cabida en mi mente para más sorpresas —expuse, haciendo comillas con la última palabra.

Estaba en *shock*, pero no deseaba montar más numeritos, y hasta mi conciencia aplaudía por mi fingida entereza. Sin duda a veces era mejor no revelar toda la verdad. Luis no merecía conocer mis sentimientos, y también

estaba el hecho de que no creía que en realidad le importara.

Había una enorme tensión entre todos, y me parecía que una vez más, debía ser yo la que hablara.

—Si no os importa, me voy a ir a dormir. Mañana será otro día.

Los padres de Luis se acercaron con cautela y esta vez fue Carlos el que habló.

—Aunque haya pasado todo esto, quiero que sepas que sigues siendo como una hija para nosotros. Siempre nos tendrás ahí —señaló con emotividad.

Julia me abrazó con fuerza y no pude evitar soltar más lágrimas. Eran personas encantadoras, y los mejores amigos de mis padres. Debía ser más amable con ellos.

—Gracias —musité—. El tiempo hará que esto sea más fácil —aseguré con demasiada ligereza.

Lo cierto era que no tenía la menor idea de qué era lo que conseguiría mejorar la situación.

Tal vez Alonso.

Me cambió el ánimo solo de pensarlo, y es que ese hombre era una delicia para los sentidos. El antídoto al estrés y al sufrimiento. Sus manos eran como un torrente de electricidad que dejaban sensaciones increíbles en mi piel.

Noté que me acaloraba y traté de pensar en otra cosa, a pesar de la dificultad de ese hecho.

Despedí a Luis de un modo algo frío, y él lo soportó sin decir palabra, y tras marcharse de casa, nuestros padres se quedaron charlando en el recibidor un rato. Yo subí a mi habitación, sabiendo que mis padres respetarían mis deseos de estar sola.

No era para menos. Todo esto era increíble hasta niveles que no sabía quién podría soportar.

Al parecer yo sí; asombroso, desde luego.

Envié unas notas de voz a mis amigas, y quedamos en vernos al día siguiente para comer. No sabía qué les parecería a mis padres, pero tenía que contarles lo sucedido esa noche. Todo.

Íbamos a divertirnos con el tema de Alonso, eso seguro.

Él también me había enviado un mensaje para saber cómo había ido la cosa al llegar yo, aunque no sabía si me lo preguntaba por lo que hicimos o

por mis padres, ya que él no podía saber que todos me esperaban de vuelta.

Le dije que estaba en la cama y que al día siguiente le llamaría, y su respuesta me sorprendió.

“Esta noche dormiré mejor que nunca, porque tu olor está por todas partes.”

También yo podía notar su olor en mi piel, y era de lo más excitante. Allí tumbada en mi cama con la luz apagada, cerré los ojos y respiré hondo.

La realidad de lo que había hecho me golpeó con fuerza, pero no me sentía mal por ello. Solo algo extraña.

Nunca había estado con otro que no fuera Luis, y verme ahora como una mujer soltera, libre para hacer lo que quisiera y con quien me diera la gana, era totalmente nuevo para mí.

Era alucinante en realidad. Un poco apabullante, pero algo que debía asimilar rápido, y seguir haciendo mi vida del mejor modo posible.

El trabajo me ayudaría a desconectar de todo.

“La próxima vez, espero que dejes tu olor en mi cama, y así estaremos empatados. Besitos dulces.”

Esperaba que le gustara el mensaje. Hacía tanto que no los usaba para ligar con alguien, que me sentía un poco perdida. ¿Le parecería sexy? ¿Le resultaría muy empalagoso o demasiado exigente?

Aguardando su respuesta, cerré los ojos con el teléfono en la mano y casi me quedé dormida antes de verlo, porque la tensión de todo el día empezaba a hacer mella en todo mi ser.

“Cuando quieras, preciosa.”

Me derretí cuando leí eso. Añadió un emoticono de guiño y otro con beso y corazón. Era de lo más tierno.

Respondí también con esas graciosas caritas amarillas y dormí con una sonrisa en los labios. Tal vez estaba loca por involucrarme con alguien siendo tan reciente mi ruptura, pero tenía derecho a divertirme, y si había alguien que estaba dispuesto a darme lo que necesitaba, no tenía por qué negarme a uno de los pequeños placeres de esta vida. Claro que, con él, el placer no era pequeño en ningún sentido.

Esa imagen de mi propia conciencia en mi mente, asintió complacida ante tal pensamiento.

No tenía que preocuparme de salir herida de esta situación, porque debía andar con cuidado de no abrir mi corazón de nuevo. Tenía claro que esto no iba a durar más de unas pocas semanas y luego se marcharía. Desde luego si Luis se hubiera marchado de aquí, todo sería mucho más sencillo. Siempre sería mejor dejar de ver a alguien con quien no podría tener un futuro, aunque doliera, de este modo al menos me ahorraba el verle a diario. Y también las conversaciones incómodas.

A falta de unos días para mi cumpleaños, me encontraba más tranquila que nunca.

Pasaba mucho tiempo en el hipermercado con Leticia, y Victoria dejaba la clínica de fisioterapia para venir a comer con nosotras.

Tener a mis padres en casa era estupendo. Me adoraban, y yo a ellos, sin embargo, ver lo felices que eran, a veces me provocaba una punzada de celos.

Eso era horrible.

Hablé con ellos del tema y me quisieron consolar, pero las palabras: “ya conocerás a alguien bueno que te quiera y cuide de ti”, no eran muy creíbles en ese momento.

Conocí a otro hombre, algo inesperado, y resultaba que su carrera consistía en competiciones por todo el mundo con coches alucinantes. No se podría mantener algo estable con un hombre que no permanecía en un mismo lugar mucho tiempo.

Recordé sus palabras cuando nos conocimos, y si tenía intención de retirarse de la Fórmula 1 en unos años, tal vez entonces sí pensaría en sentar cabeza, pero claro, ¿dónde estaríamos los dos en ese momento?

Me negaba a pensar a tan largo plazo. Con treinta años me imaginaba con una vida más plena, y no logré nada de lo que soñé, sino todo lo contrario, de modo que necesitaba pensar a corto plazo. Cuando más corto, tanto mejor.

Ese sábado de mediados de junio, mis padres quisieron cenar conmigo para planear mi cumpleaños. Quedaba poco, y como era una cifra importante, creyeron que desearía toda una gran fiesta.

Qué equivocados estaban.

De igual modo, no pensaba disgustarles. Cenamos los tres juntos y les dije que podrían invitar a los familiares que quisieran, y no es que ver a mis tíos y primos fuera una prioridad para mí ahora mismo, pero una fiesta era una fiesta.

Temblé solo de pensarlo, claro que yo aumentaría el número de invitados al añadir a muchos amigos, a mis inseparables mejores amigas; y también a Alonso. Que quisiera o no venir, ya era otro cuento.

Esa noche quiso saber si tenía planes, porque tenía visita en casa otra vez, y tenía intención de salir a alguna parte, de modo que le dije que podríamos vernos en una discoteca del centro de la ciudad.

—¿Quieres una tarta de chocolate?

La pregunta de mi madre me sorprendió, y me sacó por completo de mis cavilaciones sobre un Alonso arreglado y bailando al son de la música en la discoteca que solíamos frecuentar los fines de semana mis amigas y yo. Eso sí era un buen pensamiento.

Quise regañarle, pero era mi madre.

Le sonreí.

—Claro. El chocolate gusta a todo el mundo.

—Diana, asegúrate de que sea de dos pisos, porque tu hija va a traer a muchos invitados —soltó mi padre con una fuerte carcajada.

Iban a hacer una fiesta de una envergadura que no me apetecía, sin embargo, mi madre tenía ilusión por esto, y después de lo ocurrido, no podía ser yo la que aguara mi propio cumpleaños.

Cumplir treinta era algo que me molestaba, casi me desesperaba, y no sabía por qué. No era tan mayor, por el amor de Dios. No era una anciana, sino una mujer adulta con toda la vida por delante.

—Enrique —advirtió entre dientes—, tu hija merece una fiesta por todo lo alto. Es una fecha importante, y el día veintiséis, aunque sea martes, habrá

una gran celebración, habrá tarta, y adornos festivos, y también regalos... — sentenció con voz firme—, y todo el mundo lo pasará de maravilla. Creo que se comprende, ¿no?

Mi madre en plan sargento era algo que merecía respeto, y vaya si la respetábamos. Mi padre y yo asentimos con los ojos abiertos como platos. No valía la pena rechistar.

Después del consenso, ya no había mucho más que decidir. Mis padres fueron a arreglarse para tener una velada romántica en algún Pub o algo así; no tenía mucha idea ya que mis pensamientos iban en otra dirección; y subí a mi habitación para empezar a vestirme yo.

Me di una ducha rápida, perfumé mi piel y puse espuma en mi pelo para que quedara suave, y me decidí por un vestido negro ajustado con rayas verticales de color rosa fucsia. Con mis sandalias de tacón grueso de color negro, mi aspecto era sofisticado y sexy. ¿Se daría cuenta Alonso, o pasaría desapercibida?

Suponía que cualquier hombre me miraría al menos una vez si pasaba por su lado, pero Luis dejó de mirarme hacía mucho tiempo, de modo que dudaba de mis propias armas de mujer ahora mismo.

Debía mentalizarme de dejar de pensar en ello, porque darle vueltas a lo mismo no me aportaba nada bueno, sino quebraderos de cabeza que no llevaban a solucionar nada, ni sanar mi corazón roto.

Era mejor seguir a esa a veces molesta voz de mi conciencia y centrarme en el ahora.

Ya maquillada y lista para salir, esperé a que llegaran mis amigas. Mientras tanto, cogí mi diario y estuve haciéndole confesiones a ese cuaderno lleno de hojas en blanco.

Me gustaba que no me juzgara, pero descargar mi alma en unos trozos de papel, me seguía resultando extraño. Bastante terapéutico de todos modos.

“Tengo ganas de verle de nuevo, de pasar tiempo con él, de conocerle mejor. ¿Estaré siendo demasiado impulsiva?”

Me da miedo empezar a sentir más cosas, pero, de todos modos, no quiero encerrarme en mí misma y perder oportunidades que tal vez solo aparezcan una vez en la vida.

Si Luis pudo hacer su vida, yo también tengo derecho a ello.”

Lo pensaba de verdad, así que martirizarme por lo que dijeran o pensaran los demás, debía quedar en un segundo plano, o simplemente desaparecer.

Mis padres se marcharon hacía rato cuando escuché el timbre de casa. No me hizo falta contestar, solo salí de casa y allí estaba esperando Leticia en su coche. Victoria iba en el asiento del copiloto. Subí al asiento trasero y las saludé con efusividad.

—¡Qué guapa estás! —gritaron a la vez.

Leticia puso en marcha el coche y nos dirigimos al centro. Ellas iban guapísimas también, tan elegantes; causaríamos sensación esa noche.

Claro que las sensaciones se hacían notar ya cuando pensaba en encontrarme con Alonso poco rato después.

—Aún no puedo creer que te acostaras con él —suspiró Victoria.

—Has hecho bien, y si es con alguien que sabe lo que se hace, mucho mejor —ronroneó Leticia.

—Vaya que sí lo sabe —solté con voz melosa.

Solo pensarlo ya provocaba calor en mis partes bajas... no era por parecer malhablada. Y es que ese hombre era una bomba en muchos sentidos.

—¿Has quedado ya con él? —preguntó Victoria mientras Leticia cambiaba de canción en su MP3.

—Sí, le dije que íbamos a “El Palacio de Jade” y allí nos veremos. Lleva a unos amigos, dice —expliqué no muy convencida.

No me hacía gracia que estuviera su amiga Daniela, porque yo no le gustaba nada, y a pesar de no conocerla, dudaba que pudiésemos llevarnos bien si sabía que aún sentía algo por Alonso.

Menudo panorama. No me libraba de dramas.

La discoteca a la que íbamos a menudo, tenía ambientación japonesa, pero no era una extravagancia, sino más bien al contrario. Era sofisticada, elegante, y solían frecuentarla famosos y deportistas. Alonso encajaría muy bien, ya que decía conocerla por algunos de sus colegas.

A las doce de la noche, el local estaba en su apogeo. Yo estaba deseando ver a Alonso, pero me sentía mal por cambiar la dinámica de mi grupo de amigas.

Mucha gente de mi antiguo círculo se comportaba de manera extraña

conmigo desde que se supo lo de Luis, y me sentía mal por ello. Sus caras de lástima eran algo que odiaba. Menos Leticia, el resto lo componían tres parejas cuya relación comenzó con una bonita amistad, como Luis y yo. No entendían por qué razón no supe mantenerle a mi lado, y con honestidad, si esa era la imagen que tenían de mí, prefería dejar de hablarles.

Les conocía desde siempre, por eso lamentaba en lo más profundo de mi corazón, que no se pusieran de mi parte en todo este asunto. Mi intención no era que le retiraran la palabra a mi ex novio, pero ahora tenían más relación con la nueva novia que conmigo, que fui amiga suya desde el colegio. Era increíble.

No solo perdí a mi pareja, sino a buenos amigos, y pensaba que les costaba entender mi postura porque jamás habían sufrido un engaño en sus relaciones. No les desearía algo semejante, pero era evidente que les faltaba empatía.

Me alegraba que al menos Leticia y Victoria estuvieran de mi lado incondicionalmente. Ninguna de ellas pasó por lo mismo que yo, porque Leticia no quería compromisos y Victoria estaba feliz en su matrimonio y con su reciente maternidad, sin embargo, no dudaron en ponerse de mi lado, apoyarme y mostrar su comprensión a pesar de no tener ni idea de lo doloroso que era estar en mi lugar.

Traté de no pensar en ello cuando pedimos unas copas y nos marchamos a la pista de baile. La música envolvía el lugar lleno de gente, y las luces eran perfectas para integrarse en el ambiente.

Todo eso se vino abajo cuando vi a Luis y Celia con nuestro grupo de amigos. A las tres parejas se les veía felices saludando a los recién llegados, y casi me atraganté con mi bebida.

—Mirad quién ha llegado. No me lo puedo creer —grité para hacerme escuchar por encima de la música.

—No sé por qué aprecian tanto a la boba esa —gruñó Leticia.

—Ni al imbécil de Luis —masculló Victoria.

—Vic, esa boca —la reñí en broma.

Mi amiga no solía decir palabrotas porque temía que el pequeño Israel las repitiera.

—Tranquilas, que ahora puedo decir todos los insultos que quiera —se defendió con una amplia sonrisa—. Más me vale desahogarme y así luego no tendré tentaciones—. Nos hizo reír a las dos.

—Que les den a todos, y más aún a la nueva parejita... esto parece el instituto... —espeté molesta.

—Bueno, Nerea, no te preocupes, que tú vales mucho más que esa —aseguró Victoria—. Y es cuestión de tiempo que acaben tirándose de los pelos, porque si han empezado así su relación, ¿de verdad piensas que él no volvería a hacerlo?

—Es bastante probable que la engañe a ella también, y así habrá justicia divina —sentenció Leticia.

Nos reímos por lo bajo y dejamos de mirar en su dirección cuando nuestros viejos amigos del instituto advirtieron a Luis y Celia de nuestra presencia.

Continuamos riendo, ya que empezábamos a notar los efectos del alcohol y algo de nerviosismo por mi parte al ver a aquellos dos en el mismo lugar.

¿No había locales en Granada?

En fin, obvié el asunto ya que el resto de mis conocidos estaban allí también.

—Buenas noches, chicas —saludó alguien a mi espalda.

Su voz era inconfundible, y no me podría haber alegrado más al escucharle.

Me giré y le mostré mi mejor sonrisa. Alonso, sin embargo, me repasó de arriba abajo.

—Estás preciosa —aseguró con un silbido de admiración.

Besó mis labios con suavidad y permanecí sin aliento unos segundos.

Quise abrazarle y besarle sin descanso, pero solo pude suspirar como una loca enamorada. Se había perfumado y arreglado, y estaba para comérselo con su pantalón de vestir de color gris oscuro y una camisa de manga corta de unos tonos más claros. Su bronceado y su musculatura destacaban como si llevara un foco que le alumbrara solo a él.

Muchas miradas del local se centraron en el recién llegado, sobre todo de las chicas que bailaban cerca de nosotras. De repente había poco baile y mucha atención hacia Alonso.

—Tú también estás increíble —dije cerca de su oído.

Este sonrió mientras clavó sus increíbles ojos marrones en los míos.

—¿Nos presentas a tus amigos? —intervino Leticia con un tono de burla en su voz.

Rompió nuestro pequeño momento, pero me alegré por ello, ya que estábamos dando el espectáculo delante de bastante gente. Me avergoncé al sentirme tan observada, y por un segundo pensé que le vendría bien a mi ex novio el comprobar que mi vida seguía después de él.

Alonso saludó a mis amigas y nos presentó a dos chicos y a su amiga Daniela.

—Nosotras ya nos vimos anoche —aludió ella con voz poco amistosa.

—Es verdad. Me alegro de verte otra vez —dije sin saber si acercarme a ella para darle dos besos.

Daniela simplemente asintió sin decir nada más. Fue tan violento que no supe si marcharme en dirección contraria. Algo me lo impidió. Los brazos fuertes y cálidos de Alonso me rodearon de manera protectora.

Uno de sus amigos se marchó con Daniela para buscar unas bebidas, y el ambiente se relajó un poco.

El tal Bruno y, Paul, que a pesar de su buen castellano pensaba que era inglés, o al menos tenía esa ascendencia, se quedaron con nosotras y empezaron a hacerme preguntas sin parar.

—¿A qué te dedicas?

—¿Eres de Granada?

—Entonces, ¿estás soltera?

—Chicos —advirtió Alonso con tono duro—, dejad de atosigarla. Ya tendréis tiempo de conocerla...

—Al menos si tenéis intención de dejarme con vida después de someterme al tercer grado —bromeé.

Aquello les hizo reír a todos y el ambiente se relajó después de la intervención de Daniela.

—No somos mala gente —soltó Paul—, pero nos interesamos por las chicas que se acercan a Alonso, ya que muchas lo hacen por los motivos inadecuados.

En ese instante llegaron en tropel un montón de ellas y le pidieron autógrafos, algunas no se cortaron en echarme a un lado para sacarse fotos con él.

—No te preocupes, pronto se pasará la novedad —señaló Paul.

Mis amigas me advirtieron que alguien parecía muy interesada en lo que pasaba donde nos encontrábamos nosotras. Pensaba que se trataba de Luis, pero me equivocaba.

Daniela me miraba con malicia, mientras que su colega bebía de su vaso sin percatarse de nada extraño. Parecía más interesado en admirar de cerca a esa malintencionada mujer que otra cosa.

No hizo falta que me preguntara por sus motivaciones, pero me sorprendía que quisiera que un montón de mujeres atractivas acosaran a Alonso por las buenas. Era extraño que todas ellas llevaran cuadernos, servilletas y bolígrafos...

¿Quién demonios llevaba eso en un bolso de fiesta?

Bien, era cierto que este lugar era frecuentado por gente famosa, pero no había visto este comportamiento jamás. La gente que venía, no se extrañaba tanto de ver a un tipo que salía en televisión.

—Aquí la gente no actúa de esa manera, y creo que tu amiga Daniela ha mandado a estas chicas para pedir autógrafos a Alonso —expuse a sus amigos mientras a este no se le veía apenas.

Se quedaron extrañados, pero echaron un rápido vistazo a donde se encontraba ella. Por supuesto esta dejó de poner miradas raras y se mostró contrariada con la situación. Era un pelín psicótica, pero no era nadie para criticar. Quizás solo estaba enfadada.

—No te pongas celosa, porque Alonso no creo que tenga intención de atarse a nadie, y no es por molestarte, Nerea, pero es mejor que te hagas a la idea —comentó Bruno compasivo.

Me mordí la lengua mientras mis amigas, atónitas, escuchaban aquella conversación.

—Está claro que no habéis visto la cara de satisfacción de esa chalada que venía con vosotros, pero en este local, la gente se acosa unos a otros, y os diré algo, aquí las mujeres suelen traer condones para tirarse a futbolistas, no traen bolígrafos para que les firme un cuaderno... —espetó Leticia con desparpajo— ellos también prefieren tatuarles sus nombres en el trasero.

—Han debido pedirlos en la barra, fijaos, si llevan el membrete con el logo del local —señaló Victoria.

Daniela se nos acercó cuando la masa de mujeres se fue, al cabo de casi media hora, y me tendió un bolígrafo con un cuaderno de los camareros.

—Por si quieres pedirle uno también —sugirió ante el asombro de todos.

Había terminado mi copa, así que me sentía más valiente y osada que un rato antes.

—No hace falta, puedo pedir que me escriba su nombre con la lengua

más tarde —espeté con el ceño fruncido.

—Claro, ese lenguaje es el único que entiende la gente de tu clase, el del sexo con la gente del *famoseo* —dijo con desprecio.

—¿Qué insinúas, Daniela? —Alonso acudió a mi rescate como un caballero de brillante armadura.

Esta compuso una sonrisa burlona y evitó mirarme.

—Esta chica no es más que una tontita ignorante que pretende cazar a un tío rico como tú y así no tener que dar un palo al agua en su vida. Así no tendrá que seguir siendo cajera de supermercado... ¿no te das cuenta? —le puso ambas manos en los hombros y él las bajó con suavidad con intención de no ofenderla, pero sin dejar que se sobrepasara—. No te conoce de nada y ya te saluda con un beso en la boca. Es una descarada.

—Oye, no tienes ni idea de cómo soy. Para empezar, he ido a la universidad y acabé la licenciatura en Administración de empresas. Aunque mi familia tiene dinero, trabajo porque me da la gana —dije con modestia, no quería dar a entender que encima era una pija engreída solo porque sus padres tenían varias empresas—, y si beso o no a alguien es porque quiero.

Lanzó una mirada furibunda en mi dirección y Alonso siguió sujetándola. Se notaba que a ella el alcohol también la hacía envalentonarse.

Por su modo de hablar, los chupitos habían corrido en la barra como si fueran agua.

—He sido yo quien la ha besado, así que no te pongas así. No es el lugar de montar un espectáculo —advirtió con dureza, pero sin levantar demasiado la voz.

A nuestro alrededor la gente lanzaba miradas fugaces, pero la música era alta como para ahogar nuestra conversación, y teníamos un buen corro de amigos rodeándonos.

—No me hagas esto, Alonso —lloriqueó.

Este se volvió hacia mí, besó mi mejilla y me susurró al oído.

—Arreglaré esto enseguida. Ahora vuelvo.

—Vale —musité mientras se alejaba.

Dudaba que me hubiera oído.

Sus amigos fueron tras él y nos quedamos las tres mirándonos incrédulas.

—De todas las situaciones extrañas que he vivido este último mes, esta se lleva la palma —gruñí y miré a mis amigas—. Necesito alcohol.

Una vez en la barra, mis amigas intentaron animarme.

—Tal vez deberías pasar de él —sugirió Leticia—. Hay muchos tíos buenos por ahí.

—Sí, y aquí también —añadió Victoria con un gesto con el brazo que abarcaba el local.

Leticia y yo miramos en la misma dirección y vimos a dos hombres muy guapos que no nos quitaban los ojos de encima.

—Puedes tener a quien quieras, no hace falta más que echar un vistazo a tu alrededor —dijo con un arqueado de cejas.

Compuse un mohín de disgusto. No estaban mal, pero en mi mente había solo un hombre.

—A mí solo me gusta Alonso —dije pensativa.

—Eso me halaga —dijo una masculina voz a mi espalda.

Las chicas pusieron cara de asombro, y al principio malinterpreté aquello junto a las palabras del hombre que había tras de mí, hasta que me di la vuelta y Alonso apareció ante mis asombrados ojos.

Mis nervios alterados y el poco alcohol que había ingerido, ya causaban efectos indeseados en mí.

No había faltado mucho para que le diera un guantazo.

Solté una risita nerviosa al notarle tan cerca.

—Os dejamos solos, nosotras nos vamos a bailar —dijo Leticia en voz alta.

Se fue de la mano con Victoria y me lanzaron sonrisas intencionadas.

Una vez solos, Alonso apoyó una mano en la barra y me sentí acorralada, pero no en el mal sentido. No era un hombre agresivo, ya que noté cierta reserva en su postura, pero me alegraba que fuera atrevido a pesar de que a veces era contradictoria su manera de ser.

Cada vez más, iba notando entre nosotros un verdadero acercamiento, y me asombraba lo cómoda que me sentía. Las semanas anteriores había pensado que iba a resultarme complicado incluso hablar con otros hombres, sin embargo, resultó ser todo lo contrario.

—Siento lo de antes. No me lo esperaba —musitó en voz baja, cerca de mi oído.

—No importa, pero... tu amiga es muy apasionada contigo. Dudo que te permita hacer tu vida normal con otra mujer —dije con suavidad.

Se puso muy serio de repente.

—Por favor, no me malinterpretes —rogué—. Es tu amiga y no quiero meterme ahí, pero... ella ha provocado todo esto por alguien que aún estás conociendo, y con quien no tienes nada serio. Si algún día deseas algo más, con una mujer que te guste, no creo que se corte para intentar estropearlo.

Alonso suspiró, pero no parecía molesto conmigo, lo que me alegró.

—Hablaré con ella. No quiero hacerte daño, pero tampoco a mi amiga. Espero que puedas comprenderme —expuso con suavidad.

Puse mi mano derecha sobre su corazón y sonreí.

—Eres un buen hombre, Alonso Gallego.

No quise mostrar mis reservas sobre la que decía ser amiga suya, porque no la conocía tanto como para juzgarla, sin embargo, después de lo que hizo solo para molestarme y que no pasara tiempo con Alonso, me resultaba increíble que cambiara. Él sabría manejarlo, y si no, el problema era suyo.

No era asunto mío, y debía respetarlo.

Acerqué mi rostro al suyo, sin llegar a besarle, pero notando su dulce aliento en mis labios.

—Vamos a bailar.

Solo asintió casi de manera imperceptible y dejó que le guiara.

Era un hombre de lo más sexy. Se movía bien al son de la música y era tan atento, que me sentí en el paraíso.

Solo un instante después pude vislumbrar a Luis observándome y, a su lado, a su futura mujer, que me miraba con cara de malas pulgas.

A ver, ¿qué culpa tenía yo de que me mirara él? No era Celia la novia cornuda, así que no entendía muy bien esa indignación. Tampoco el interés de Luis, de modo que al cabo de un rato propuse a Alonso irnos a la terraza y avisé a las chicas de lo que pasaba. Lo entendieron muy bien, aunque, como era lógico, ellas preferían quedarse y evitar esa noche la zona de las “parejitas”.

Vi a Alonso con el teléfono en la mano cuando llegamos arriba y me pregunté qué haría. No debía molestarme porque él escribiera a otras chicas, pero... habría momentos para hacerlo, me dije.

Me sacó de dudas enseguida.

—Perdona, quería saber por dónde están los chicos porque... me gustaría invitarte a casa luego —dijo insinuante.

Mi corazón latió a toda prisa y en mi cabeza, esa vocecita se frotaba las manos con impaciencia.

Yo quería saber si era su amiga la que estaba en su casa o no, pero no dijo nada en concreto sobre ella, y quise saber si aún existía algo entre ellos, pero fuera así o no, no debía meterme en medio. Alonso era mayor como para saber a quién quería en su vida, y si deseaba o no soportar a una persona tan manipuladora.

Me dije que yo no podía ser como ella. Si nosotros teníamos algo sin compromiso, no cruzaría la línea que lo complicara todo. Y si bien era cierto que el sexo hacía justo eso, lo embrollaba todo, al menos estaba con la conciencia tranquila sabiendo que era algo que deseábamos, y los dos estábamos solteros, de modo que no hacíamos daño a nadie. Otra cosa distinta era que personas que no fuésemos los dos, sintieran algo.

Por mi parte no creía ver ese problema, al menos que supiera, y por la suya, bueno, los sentimientos ajenos no eran del todo su responsabilidad cuando había dejado clara su postura con respecto al futuro que no tendría con Daniela. No podía hacer más, porque sacarla de su vida le haría daño, y comprendía que fuera reacio.

Si tuviésemos otro tipo de relación, sería diferente, sin embargo, esto era lo que nos convenía. Algo sin complicaciones, sin mayores implicaciones.

El edificio no era muy alto, pero era perfecto para ver la noche estrellada. Sujetó mis manos hasta llegar a la zona más alejada de las mesas y la gente, y nos acercamos a una barandilla. El murmullo de las voces era apenas perceptible, y las luces tenues de esa zona del local, quedaban tapadas por una gruesa pared que daba paso a los escalones que había desde el ascensor.

Aquel lugar era una pasada, con diferentes plantas y ambientes. A mí me encantaba, y esa parte más íntima, ahora mucho más.

Solo una vez estuve con Luis, y hacía tantos años que en mi mente estaba borroso.

Tan borroso como lo estaba la mitad de la luna en estado creciente.

Debido a la penumbra y a la altura del lugar, que dejaba lejos el fulgor de las farolas de la calle, se veían las estrellas, y me quedé observándolas, a la vez que sentía los ojos de Alonso clavados en mí.

—A veces cuando miro al cielo, me siento tan pequeña... creo que somos incapaces de llegar a imaginar los misterios que oculta el Universo — medité en voz baja—. Es bonita, ¿verdad? —pregunté refiriéndome a la luna.

—Tú sí que lo eres —declaró con voz ronca.

Le miré sonriendo. Era de lo más agradable ser piropeada por un hombre como él. La luz de la luna hacía que su rostro se bañara con su claridad, y las pequeñas sombras que se proyectaban, le hacían incluso más atractivo. Todo un misterio por conocer.

—Me dejas sin aliento —murmuré al notar que mi respiración se alteraba con su proximidad.

Dio un solo paso más hacia mí, y me sentí atrapada por esa conexión que nos unía. Muy excitante.

Todos mis miedos se veían tan pequeños como las estrellas desde este pequeño mundo. Parecía que irradiaba una fuerza invisible que hacía que todo desapareciera a nuestro alrededor; la gente y las muchas preocupaciones.

Tuve ganas de llorar, pero me contuve a duras penas. Bastaba ya de lágrimas, me reñí.

Eché mi pelo hacia mi espalda y acaricié mis mejillas con una ternura que me desarmó. No dijo una palabra, y yo tampoco pude abrir la boca. Solo podía disfrutar de su cercanía. Era tan fácil estar a su lado, sin necesidad de estar parloteando continuamente.

Se inclinó hacia mí, y la suavidad de sus labios hizo que me estremeciera, al menos hasta que empezó a tentarme con su cálida lengua y juntas iniciaron un erótico baile que encendió un fuego en nuestros interiores. Una de sus manos bajó desde mi hombro, a lo largo de todo mi brazo, para detenerse en mi espalda a la altura de la cintura. Su contacto dejaba fuego líquido por mi piel. Y yo solo quería más.

Paseé mis dedos por su pelo y me abracé a su cuello para profundizar el beso. No tardé en notar su excitación a través de las prendas de ropa.

Me apretó contra él y no pude controlar un jadeo contra sus labios.

Los separó de los míos lo suficiente como para hacerme una propuesta que no podía rechazar.

—Vente a casa conmigo esta noche —me pidió con su ronca y sexy voz.

Ronroneé sin responder para hacerme un poco la interesante. No iba a decirle que no, estaba claro.

Moría de ganas de estar con él, y lo único que lo hacía imposible ahora mismo era que estábamos en un lugar público, lo que me encendía bastante, pero no tanto como para dejarme llevar sin más.

—¿Has venido en coche o pedimos un taxi?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Tengo el coche a pocas manzanas de aquí.

—Perfecto.

Le di un delicioso y húmedo beso que nos dejó sin aliento a ambos, y bajamos a la calle. Por el camino estuve atenta, pero no vi a mis amigas por ningún lado. Por poco nos cruzamos con Luis y Celia, pero entraron a la sala justo cuando pasamos por los pasillos que daban a las escaleras.

Dejé de pensar en ellos cuando busqué mi móvil para enviar un mensaje a Leticia y a Victoria, y respondieron enseguida.

“Que te diviertas, brujita. Mañana nos cuentas qué tal estuvo la noche.

MUAKS, MUAKS.”

Me reí mientras era casi arrastrada por Alonso hasta su coche. No dijo nada, solo puso la radio y fuimos en un cómodo y a la vez excitante silencio con música de fondo.

Llegamos a su casa y dejó el coche dentro de su parcela, pero sin molestarse en entrarlo al garaje. Abrió mi puerta, todo en él era caballerosidad, y cuando pisé el suelo, me vi subiendo a toda velocidad hasta quedar en sus brazos. Menudos brazos.

Solté un grito por la sorpresa, pero no pude reaccionar más, ya que mis labios se vieron asediados por los suyos. Tenía un hambre voraz. Lo mismo que yo.

Me bajó al suelo para abrir la puerta principal de la casa y se rió.

—Lo siento, es que no consigo ver la cerradura —intentaba no reír, pero entonces me entró a mí esa risa histérica incontrolable y no pudimos parar en un buen rato.

Con lágrimas en los ojos, pasamos adentro, después de unos cuantos intentos para abrir la dichosa puerta, y la diversión pasó a ser otra cosa mucho más seria.

Se lanzó a por mis labios y le correspondí con esas ansias por él que estuve conteniendo durante los días que no nos vimos y esta noche, siendo aún más duro estar a su lado y no poder tocarle como si fuera mi pareja.

Obvié ese último pensamiento y me dejé llevar por completo. Íbamos besándonos mientras nos quitábamos prendas y subíamos la escalera hasta su añorada cama.

Solo de imaginarle encima de mí, me ponía a cien por hora en segundos.

Mi cuerpo quedó al desnudo mucho antes que el suyo, que continuaba con sus calzoncillos puestos. Su cuerpo era espectacular. No me cansaba de mirarle. Pasé mis dedos por las duras ondulaciones de su abdomen y él se estremecía allí por donde mis yemas iban.

No hacía falta mucho para darse cuenta de que su deseo crecía con una asombrosa rapidez, lo que alegraba mi ego femenino.

—Tienes un cuerpo precioso —admiró mientras paseaba sus manos por mis curvas.

Quise reírme para no hacerle notar que me costaba creerle, pero no lo

hice.

—No me gusta demasiado.

Me miró muy serio.

—He notado que desde el otro día estás algo más delgada, así que, si puedo percibir eso en una semana, creo que debes de tener cuidado —comentó con una sincera preocupación que me conmovió.

—Lo único que ha cambiado es que he dejado de picar comida basura a todas horas porque estoy en el trabajo. Salgo a correr como siempre, una media hora. No he dejado de comer ni nada de eso —dije con firmeza.

Soltó un ruidito pensativo y acarició mis labios con su dedo pulgar.

—Bueno, mañana voy a estar fuera, pero si quieres puedo cocinar para ti el lunes —propuso con ilusión.

—Me parece una idea excelente —convine.

Se encendió una bombilla en mi cabeza en ese instante.

Entre la bruma del alcohol y la excitación, me costaba sacar alguna idea coherente.

—El martes es mi cumpleaños, y me gustaría que vinieras, si quieres, claro —añadí al darme cuenta de que iban a venir mis familiares y, por supuesto, mis padres.

—Sí, me gustaría mucho. ¿Te sentirás cómoda?

Me abracé a él y asentí.

—No tanto como ahora... pero bueno —bromeé.

Su mirada se oscureció, y se centró en mis pechos pegados en sus duros pectorales. Era tan suave. Se notaba que no era de esos que se depilaban, sino que no tenía vello. Eso me gustaba, porque los pelillos me resultaban un poco anti estéticos.

Aunque dependía de dónde.

Los que se intuían en la parte baja de su abdomen eran una tentación.

Tampoco era muy velludo ahí. Lo justo.

—Entonces, lo del lunes, ¿te va bien o estarás muy liada?

Me habló mientras me besaba y me tocaba por todos lados, y me costaba pensar con claridad. Solo podía sentirle, y cuando se quedó desnudo por completo, mi cerebro se quedó hecho papilla.

—Mis padres estarán liados montando una mega fiesta... así que me vendrá bien salir de casa... para no volverme loca —musité cuando me dejaba tiempo, entre beso y beso para hablar—. Ahora quiero comerte a ti.

—Oh, joder...

—No tendrás problemas, ¿no? —pregunté con voz sugerente.

—Ninguno en absoluto.

Dejó que le empujara en la cama y cuando quedó tumbado en ella, trepé por él, literalmente.

Ese hombre me ponía tan caliente, que empezaba a creer que iba a sufrir de adicción a su cuerpo.

A horcajadas sobre él, dejé que nuestros sexos tomaran contacto, y solté un gemido gutural. Besé sus labios mientras movía mis caderas despacio, tentando, calentando poco a poco. Deslicé mis labios por su varonil mandíbula y mordisqueé con suavidad el lóbulo de su oreja. Sus manos, mientras, aprendían cada curva de mi cuerpo. No dejé un centímetro por explorar, a excepción de mi monte de Venus, que estaba vetado por el momento.

—Antes tengo algo que hacer. Y te prometo que valdrá la pena esperar —murmuré en su oído.

Nunca había sido tan atrevida, y disfrutaba explorando sin que nadie me pusiera malas caras por ser una descarada.

Si no lo era con mi pareja, ¿con quién si no?

Explorar con tu novio no tenía nada de malo mientras la otra persona estuviera de acuerdo y hubiera límites que se respetaran.

Fui dejando besos por sus pectorales bajo su atenta mirada y a la vez, le lanzaba miradas seductoras cuando notaba que se estremecía con mi contacto. Era una sensación indescriptible el notar que podía provocar semejantes reacciones. Su miembro era una prueba más de lo que conseguía excitar a Alonso.

Después de provocarle una y otra vez, al final me apiadé de él y sujeté su pene con mi mano derecha y apreté con suavidad mientras la movía arriba y abajo, con un ritmo acompasado. Puso su mano sobre la mía para que ralentizara el movimiento, y puse un mohín de disgusto.

—Si sigues así, voy a explotar —siseó.

—Mmm...

Antes de que adivinara mis intenciones, me incliné sobre él y lamí la punta de su miembro, lo que hizo que Alonso jadeara de manera ruidosa.

Lo introduje al máximo en mi boca y comprobé, aunque sin necesidad, que era más grande aún de lo que recordaba, y de lo que acostumbraba. Claro

que no tenía demasiado donde comparar.

Me empleé a fondo, y no fue mucho tiempo antes de que Alonso resollara y me sujetara con fuerza para que ocupara su lugar en la cama.

—Mi turno de saborearte —bromeó con la voz aún ronca.

Jadeé.

Sujetó mis piernas para tener libre acceso y él no se anduvo con preliminares. Jugueteeó con mi pequeño y sensible botón, y provocó que todo mi cuerpo temblara de deseo. Ese hombre era la seducción personificada.

Justo cuando iba a alcanzar el paraíso, detuvo el alocado movimiento de su lengua y me dejó a las puertas.

Gruñí.

—Tranquila, preciosa. No voy a dejarte así.

Se acercó a la mesilla de noche y cogió un condón que se puso con rapidez.

Le echaba de menos, y le miré ansiosa. De nuevo me di cuenta de que habíamos empezado este festín erótico con la luz encendida y me alegré por ello. Podía disfrutar de este Dios del sexo sin perder detalle de los movimientos de sus músculos, y de la plenitud de su excitación aproximándose a mi entrepierna.

Mi corazón latía desbocado, y cuando nuestros sexos se rozaron, cerré los ojos, sobrepasada por las sensaciones.

Alonso besaba mis mejillas con ternura y fue bajando hasta encontrarse con mis labios, y tanto el beso como el movimiento de su pelvis crecían en intensidad.

Cuando empujó su miembro para llenarme por completo, solté un gemido incontrolable que él ahogó con sus deliciosos besos. Mis piernas se abrazaron a su espalda para no dejarle escapar, e hicieron que el movimiento fuera aún más intenso.

Era un placer indescriptible el que me hacía sentir, y solo podía abandonarme a él, dejar que me hiciera suya, y disfrutar de esa increíble intimidad junto a un hombre que, a pesar de conocer poco, demostró que no todo el género masculino se dedicaba a mentir y embaucar.

Si no existía futuro con él, ya me lo había advertido, incluso la voz de mi conciencia lo hizo, y no acabaría con el corazón roto. Le añoraría, eso desde luego, pero por ese motivo debía disfrutar sin más de cada momento con él, atesorarlo y reservarlo en algún lugar especial de mi mente para

recordarlo siempre.

La idea de no poder disfrutarle cuando quisiera, no me gustaba tanto, sin embargo, era lo que había.

En ningún momento me prometió nada. Eso me gustaba de él, que ni siquiera para conseguir sexo se rebajaba a darme la píldora y decir mil cosas que no sentía o pensaba para lograr bajarme los pantalones.

Mi corazón corría un serio riesgo al pensar en eso, pero no podía hacer más que intentar protegerme con una barrera contra el amor.

No sabía si lo lograría, sin embargo, no iba a levantar un muro contra el placer que me proporcionaba. Eso no.

El torrente de sensaciones se fue elevando hasta casi rozar las estrellas, y entre caricias y jadeos entrecortados por nuestros besos, logramos el éxtasis más intenso, y lo logramos juntos.

Noté un cosquilleo en la nuca y me reí al comprobar que Alonso me olía esa sensible zona de mi cuerpo.

—Me estás olisqueando —me burlé.

Lo hizo de manera exagerada ahora y se incorporó para mirarme desde su posición encima de mí.

—Es que hueles muy bien —ronroneó.

Apretó su sexo dentro de mí y volví a estremecerme a causa de los rescoldos del sexo alucinante que acabábamos de tener.

—Pues me gustaría darme una ducha fresquita —bromeé—. ¿Quieres que lo hagamos juntos?

—Quiero, sin duda —respondió de inmediato.

Me reí, y sentí su abandono cuando se levantó y se deshizo del preservativo.

Tendió una mano hacia mí y me guió hasta su cuarto de baño.

Igual que el resto de la casa, también era muy rústico y elegante. La casa era preciosa.

Había un lavabo doble con un mueble abierto de piedra por encima y madera en los estantes justo debajo. Era un mueble flotante con cestos blancos a un lado, y con un montón de toallas con aspecto de ser muy suaves en el apartado izquierdo. Cogió una y me la dio.

Aquello era como una sábana súper sedosa.

No vi ningún retrete y me explicó que estaba en una puerta conjunta. Allí al fondo había una ducha con mampara que en sí parecía una habitación

de tamaño mediano. Sobraba decir que en esa casa no habían hecho nada para que resultara pequeño o estrecho.

En el espejo me vi con el pelo revuelto y el maquillaje hecho un desastre.

—Vaya —suspiré—, no creo que ahora mismo yo te guste mucho —bromeé.

Su seriedad acabó con mis ganas de reírme, y le observé cuando noté que me sonrojaba.

—Lo siento, es que soy una quejica. Solo era una broma —añadí abrumada por su intensa mirada.

—Creo que estás mejor ahora que antes, porque tus ojos brillan con luz propia, Nerea. No te preocupes por cómo te ve la gente, solo tienes que dejar que te conozcan, y se enamorarán de ti, seguro —musitó en voz baja, pensativa. En ningún momento desvió la mirada.

Me sonrojé aún más. Pasó sus dedos pulgares por mis mejillas con ternura y me dio un largo y profundo beso en los labios. Nuestros cuerpos chocaron y no tardaron en encenderse de nuevo.

Sus palabras habían causado estragos en mi interior, y no solo por la gran excitación que me embargaba al verle a cien de nuevo, sino porque el sentido de lo que dijo era más profundo de lo que quiso aparentar. O al menos lo era para mí.

Con suavidad me llevó hasta la ducha y tocó varios botones para ajustar la temperatura.

Aquello era alta tecnología.

—Quiero enjabonarte.

Su voz era tan intensa, que solo pude asentir. Alonso sonrió.

El agua corría por mi cuerpo y me estremecí solo de pensar en lo siguiente. Él echó una generosa cantidad de gel afrutado en su mano y la juntó con la otra antes de acariciar mi cuerpo con sus jabonosas manos. Cerré los ojos y enseguida noté su dulce aliento cerca de mis labios. Empezó a dar pequeños besos que se volvieron más exigentes con el paso de los segundos.

Bajó sus manos por mis brazos, mi abdomen, y acabó masajeando con suavidad mis pechos. La excitación de ambos aumentó con rapidez. Alonso se olvidó de enjabonarme y yo de dónde estaba.

Sujetó mi pierna para que la alzara hasta su cadera y cuando acercó su miembro se detuvo de golpe.

—Lo siento, aquí no podré usar un condón... deberíamos dejarlo para después —su voz era entrecortada.

—Si puedes confiar en mí... estoy tomando las pastillas anticonceptivas desde hace años —expliqué con cautela.

—Claro que lo hago, yo... también estoy sano, porque, bueno... es algo importante que conocer de alguien con quien te acuestas —musitó sin dejar de mirarme a los ojos.

—Muy importante, sí —susurré con las lágrimas a punto de salir.

Esperé que no notara mi turbación y creyera que mis ojos enrojecidos se debieran al agua de la ducha. Pestañeeé con fuerza y forcé una sonrisa.

Besó mi frente y apoyó la suya con la mía.

A su vez, aproximó su sexo al mío y nos unimos en un vaivén que resultó más íntimo que ninguno de nuestros anteriores encuentros. Algo cambió en la dinámica, y tal vez en nuestros sentimientos, pero debíamos intentar superar eso para no complicar las cosas y que el miedo no nos hiciera terminar algo que disfrutábamos.

Tampoco yo quería salir corriendo, pero empezaba a notar ese sentimiento de auto preservación.

No quería volver a pasar por lo mismo otra vez. Por supuesto, nada en el mundo aseguraba que la vida estuviera libre de sufrimiento. Aun con todo eso, merecía la pena sentir algo por alguien como Alonso, y no importaba demasiado que no fuera correspondido; las personas nos entregábamos a otras de un modo libre, y también éramos quienes decidíamos si continuar o no al lado de esa persona. El dejar de sentir era más complejo.

Sobre todo, si te pillaba con la guardia baja, como me ocurría ahora mismo.

Era tan excitante, y tan tierno, tan todo... que me costaba asimilar que hubiera conocido a una persona con las cosas que quería en mi futura pareja ideal y, sin embargo, estaba fuera de mi alcance.

Cosas que pasan, me dije un pelín frustrada, pero era lo que había, y lo sabía.

Recordé las palabras de Leticia, y me centré en disfrutar y dejar de comerme la cabeza por todo. Una fea costumbre que desearía moderar un poco.

Culminamos sin dejar de besarnos, mientras el agua resbalaba y se llevaba los restos de nuestra unión.

La complicidad que aumentaba entre nosotros era más que evidente. Sus miradas me hacían sonreír y sonrojarme como una adolescente. Devolvía mi ilusión, y también esa felicidad que creía que no sentiría con otra persona, y me devolvía de igual modo mi fe en encontrar algún día a mi media naranja.

Existían personas honestas en el mundo, a quienes les importaba la felicidad de quien estaba a su lado, y aunque fuera temporal, eso era importante también en este caso. Sobre el Destino solo podríamos especular, pero no teníamos la certeza de lo que iba a pasar, o con quién terminaríamos encontrando la felicidad auténtica.

—¿Quieres quedarte esta noche? —preguntó Alonso mientras me ayudaba a salir de la ducha sin resbalarme.

Acepté encantada.

Me tendió la toalla y me secó con delicadeza, deteniendo sus manos en lugares estratégicos, lo que nos valió para bromear y coquetear. También yo pude secar algunas partes increíbles de su anatomía, como su prieto trasero... un regalo del Universo, sin duda alguna.

Le dije que no estaba acostumbrada a dormir desnuda y me dejó unos calzoncillos muy cómodos y una camiseta que me quedaba grande, pero que era cómoda, y olía a él. Un extra maravilloso.

Me puse mi pijama improvisado bajo su atenta mirada y después de tumbarme en la cama, sintiéndome algo extraña, me giré como lo hizo él, para quedarme de frente. Mis ojos empezaron a cerrarse por el agotamiento y por la actividad física anterior, y aun con la luz apagada, con la claridad que entraba por las ventanas abiertas, pude ver que sonreía.

Con una mano en mi cintura, me acercó a él y besó mi frente, y bajó dando pequeños besos hasta mis labios.

Olía a menta, a jabón y a esa masculina colonia que usaba. Su piel estaba fresca, y agradecí la sábana y la pequeña colcha que había encima, porque todavía no hacía calor por las noches. A su lado no pasaría frío, y eso quedó patente cuando entrelazó sus pies con los míos, y quedamos maravillosamente enredados el uno con el otro. Estar entre sus brazos era algo mágico.

Guardaría ese momento para siempre en mi mente y en mi corazón.

—Buenas, noches, preciosa —susurró.

—Buenas noches, “el hombre más guapo y tierno del Planeta” —dije con sorna.

Mis palabras provocaron una risa ronca, y noté cómo su pecho vibraba. Empecé a reír también.

—Me gusta eso...

—Ya me imaginaba... —solté con sorna.

Escuché su respiración acompasada durante unos segundos, y casi me dormí cuando oí unas palabras que me dejaron asombrada.

—Me encanta tenerte en casa —murmuró.

—A mí también estar aquí.

No sabía si me había oído o no, porque no dijo nada más. Estaba tan relajado que imaginé que dormía.

Acabé en manos de Morfeo con una sonrisa en los labios. Me daba igual si mi corazón estaba o no en serios apuros, lo que tenía claro era que iba a disfrutar del momento, y por una vez, dejaría de preocuparme del mañana.

Cumplir treinta, estar soltera, tener poca confianza en el género masculino... todo eso tenía solución.

Lo de cumplir años no, pero no importaba. Esa cifra me había asustado antes, porque había tenido ciertas expectativas sobre lo que estaría haciendo en este momento de mi vida, pero continuaba teniendo toda la vida por delante para hacer lo que me hiciera feliz, para encontrar el amor de nuevo y poder formar una familia.

¿Quién decía que el mundo se acababa cuando tu pareja te plantaba?

Esos pensamientos negativos se acabaron para siempre. Seguía teniendo metas e ilusiones. Tenía esperanza de hallar eso que siempre quise tener en mi vida, y aún podía lograrlo: estabilidad emocional.

A la mañana siguiente me desperté un poco desorientada al no ver ese horrible reloj de pared que había en mi dormitorio. Estaba en la cama de Alonso y este me abrazaba en la posición de la cucharita.

Debió notar el cambio de mi postura, porque se movió y quedó boca arriba. Observé su increíble perfil, y es que parecía un modelo de ropa interior. Medio tapado con la sábana, su pecho al descubierto y ese sexy pelo, estaba para comérselo.

Fui al aseo y al salir miré mi teléfono. Había un montón de notificaciones. Contesté a mis amigas y a mi madre, y estuve tentada de ignorar a Luis, pero no era posible. Mi corazón empezó a latir a toda prisa cuando leí por encima sus mensajes. En ellos había un poco de todo. A lo largo de la noche había intentado que volviera a la discoteca para hablar con él, me decía que me alejara de Alonso porque era tonta y no sabía dónde me metía, también había algunos insultos poco agradables. Y poco después me pedía perdón, me decía que aún me quería, y que le gustaría arreglar lo nuestro, porque se daba cuenta de que Celia no era lo que necesitaba en su vida ahora mismo.

No daba crédito.

Después de todo lo que había hecho, y dicho, ahora me venía con esas.

Dudaba que fuera sincero, pero no entendía por qué razón ahora se daba cuenta de que era yo lo que necesitaba. ¿Para qué? Si tenía intención de casarse e iba a ser padre... ¿necesitaba una nueva amante para salir de su rutina y tener con quién desahogarse?

Menudo cretino.

Le escribí unas concisas palabras.

“Deja de decir gilipolleces y déjame a mí en paz.”

Dolía pensar en todo lo que pudo haber sido, y ahora me daba cuenta de la persona que era en realidad. Luis no se comportaba como el hombre que me enamoró, día tras día, desde nuestra infancia. No solo me había engañado y mentido durante meses, sino que ahora le pasaba lo mismo con su actual pareja, a la que dijo que pediría matrimonio porque iba a formar una familia con ella. Me costaba asimilar todo eso.

Estaba sentada encima del retrete para no molestar a Alonso que aún dormía. Me abracé a mí misma y aguanté las lágrimas como pude.

Dejar el pasado atrás era algo muy sencillo de decir, pero a la hora de la verdad... en fin, el otro implicado en esta situación no me lo ponía nada fácil.

Lo que vino después fue peor.

Recibí un mensaje de lo más injusto por parte de Celia, en el que me calificaba de manipuladora, de puta y de irrespetuosa... entre mil cosas más.

—Será posible que esta imbécil me diga todo eso a mí, después de lo que ella hizo...

Era alucinante.

Hice una captura de lo último que le escribí a él hacía unos minutos y se lo mandé a ella.

“Deja de insultar, porque yo no tengo nada que ver con lo que él me haya escrito a mí.

No quiero nada con Luis, y después de lo que hicisteis vosotros dos a mis espaldas, jamás volvería a revivir el pasado. Puedes creerme o no, ese es tu problema, bonita.

Arregla tus cosas con tu novio y no me metáis en vuestras movidas.”

Un par de golpes en la puerta me sobresaltaron.

—¿Estás bien, Nerea? —preguntó Alonso con voz adormilada.

Se notaba la preocupación y me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo allí escondida. Debió notar que no estaba en el aseo precisamente para usar el retrete de manera apropiada.

Me dio un poco de vergüenza.

Abrí la puerta y me topé con su deslumbrante atractivo. Todo lo anterior

se me olvidó. O casi.

Era difícil, pero Alonso lograba que mi corazón latiera deprisa por un motivo excitante, y no doloroso.

—Llevabas mucho tiempo ahí dentro... empezaba a preocuparme —dijo con suavidad.

—Lo siento, no quería despertarte —musité.

Era agotador andar siempre con el mismo tema, y no quería ocultarle nada, pero estaba harta del asunto.

Alonso comprendió mi estado de ánimo al instante y se apartó para dejarme salir.

—¿Quieres desayunar algo?

—Sí, tengo hambre —se lo agradecí con una genuina sonrisa y él la correspondió.

Tomó mi mano y bajamos juntos a la cocina.

Era tan espectacular como el resto de la casa. Con una encimera preciosa de color negro y los muebles de un blanco impoluto, no le faltaba ningún detalle. Los electrodomésticos eran de acero inoxidable y casaban muy bien con las puertas de los armarios de un estilo más rústico. Dos grandes ventanales que daban al jardín, proporcionaban una claridad perfecta.

Podía verse gran parte del césped y algunos árboles, que daban la sensación de estar en un trocito de bosque privado.

Hizo un gesto para que me sentara en un taburete junto a la isla de la cocina y me quedé mirándole.

—¿No quieres que te eche una mano?

En parte era mejor así, desde luego, pero mi falta de conocimientos en la cocina se podía contrarrestar con mi deseo de ayudar a poner la mesa por lo menos.

—De eso nada. Eres mi invitada, y hoy me gustaría mimarte un poco —dijo mientras guiñaba un ojo y me lanzaba una sonrisa que me derritió por dentro.

Era un placer con mayúsculas el tener a un hombre casi desnudo cocinando para una... Lo único que tenía que hacer yo era admirar como sus torneadas piernas iban de un lado a otro. Mi escrutinio descarado sirvió para que me lanzara miradas pícaras a cada rato, pero es que no podía evitar salivar solo de pensar en el succulento desayuno, y si nos poníamos a hablar del hombre que lo preparaba... ya podría morir de gusto.

—Tendrás que perdonar mi descaro, pero jamás han preparado comida para mí así —hice un gesto con la mano para abarcar su cuerpo expuesto—. Es algo que pienso disfrutar...

—No importa —replicó con una amplia sonrisa complacida—. Tú también eres una delicia para la vista, Nerea —musitó.

Oírle pronunciar mi nombre tenía un efecto catártico en lo más profundo de mi ser.

Cuando se sentó a mi lado, él también echó un rápido vistazo a mis piernas desnudas y sonrió.

Preparó tostadas, todo tipo de condimentos para estas; café, zumo, y unas magdalenas caseras que olían de maravilla. Las bandejas de madera tenían los cubiertos, servilletas, y parecían sacadas de un hotel con todo incluido.

Tenía el aspecto de un banquete delicioso. Mi estómago rugió segundos antes de ponerme al ataque.

Desayunar con él era una novedad, y lo era más aún porque no recordaba que jamás hubiera compartido un momento así con nadie, aparte de mis padres. Incluso el silencio era cómodo, sin embargo, recordé algo que dijo la noche anterior y mi curiosidad se disparó.

—¿A qué hora tenías que marcharte?

—A la una, más o menos.

Faltaba una hora para que tuviera que irse, y aún podríamos disfrutar de un tardío desayuno succulento.

Quería saber más, preguntarle a dónde iba y con quién, pero no quería parecer una cotilla, claro que me moría por curiosidad, y no solo deseaba acribillar a Alonso a preguntas para conversar de algo.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mis padres, y voy a estar unas horas en el cementerio —expuso con la voz apagada—. Esta tarde voy a pasar algo de tiempo con mis amigos porque se marchan del país y no les veré hasta dentro de unas semanas.

Carraspeé y dejé la esquina de una tostada en el plato.

—Vaya, lo lamento muchísimo. No sabía que hoy era... —un nudo en mi garganta impidió que continuara hablando. Aun con ganas de llorar, hice un esfuerzo por decirle algo más—. Si quieres que vaya contigo... ya sé que no irás solo, pero... bueno, si te apetece que te acompañe solo tienes que decírmelo.

—Gracias —musitó con la voz rota—. Necesito estar solo un rato, pero significa mucho para mí que digas eso. Me ha gustado empezar el día contigo —declaró en voz baja.

Dejó su desayuno a un lado y giró su taburete para quedar de frente y poder abrazarme.

Estuvimos así un buen rato, y mis lágrimas mojaron mis mejillas y su hombro.

Él no dijo nada al respecto, solo me abrazó con más fuerza aún.

—No me imagino lo duro que es esto para ti —susurré—. Si en algún momento necesitas hablar del tema, o simplemente no estar solo, puedes llamarme y vendré, ¿vale?

Se movió y rompió el abrazo solo para mirarme a los ojos e inclinarse sobre mis labios. Su roce fue suave, tan tierno que pensé que moriría de placer allí mismo.

—Gracias, Nerea. Lo haré —prometió con una intensidad arrolladora.

Sonreí y él suspiró. Soltó una risita nerviosa y juntos acabamos de desayunar. Subimos a su habitación y mientras se duchaba, me vestí y me arreglé el pelo como pude. Sin rastro de maquillaje, me sentía demasiado expuesta, demasiado yo misma, pero no me importaba.

Me acompañó a casa, me besó con pasión antes de alejarse y tuve la sensación de que debería ir con él. Tenía ganas de consolarle y abrazarle, pero entendía su necesidad de soledad.

Debía pasar tiempo con su gente y yo con la mía. Mis padres estaban aquí por mí, y me tocaba ayudar a preparar la fiesta de mi propio cumpleaños.

Entré en casa y fui directa a la cocina, de donde salían ruidos y olores de lo más atrayentes. Mis padres cocinaban juntos y meneaban el trasero al son de la música de la radio. No me oyeron entrar y me quedé un instante solo observando.

Yo deseaba eso, una relación donde primara la complicidad, sueños comunes, amistad y, ante todo, respeto y sinceridad.

Eran una pareja asombrosa. Les tenía una envidia sana que era imposible no sentir.

Mi padre jamás le había levantado la voz a mi madre, y jamás le oí referirse a ella con insultos, ni siquiera en tono de broma. Eran cariñosos entre ellos y con los demás; un gran ejemplo a seguir, sin duda.

Les adoraba. Una vez más, mis tontas lágrimas mojaron mis mejillas.

No quería estar llorando todo el tiempo, estaba cansada de tanta lágrima y tontería. Me hacían sentir débil, y no era nada de eso. Al menos no quería ser una triste florecilla, sino todo lo contrario.

Debí hacer algún ruido o movimiento para alertarles de mi presencia, porque se giraron a la vez y me vieron allí, llorando como un bebé.

Se me acercaron preocupados tras saludarme.

—No pasa nada, solo me gusta que estéis de vuelta. Os añoraba —dije antes de llorar de verdad.

Nos abrazamos fuerte unos segundos y enseguida continuaron con la comida.

Mi padre me sirvió un té helado y para ellos sirvió dos copas de vino. Era muy confortante, y tras la agridulce despedida con Alonso, me sentía mejor al no estar sola en casa dándole vueltas a las cosas.

Sobre las tres de la tarde comimos una empanada de verduras y puré de patatas, y salimos a la piscina poco después para saborear los primeros indicios del verano.

Dejé que mi madre hablara de los preparativos de mi cumpleaños y sonreí ante su entusiasmo. Celebrar mi “madurez”, al menos lo era en teoría, no me gustaba demasiado, de hecho, tenía cierta alergia al dichoso número tres, sin embargo, la vida continuaría del mismo modo después del día veintiséis, y yo debía seguir con el trabajo, y con la esperanza de que algún día formaría una familia tan bonita como la mía, que, a pesar de no estar mucho tiempo juntos ahora, sabíamos que nos teníamos. Mis padres habían luchado y trabajado por darme un futuro sin preocupaciones, sin que me faltara de nada, y yo debía mantener ese legado sin derrochar a lo loco.

Eso se acabó.

La persona con la que estuviera, se enorgullecería de mí, y como estaba convencida de que algún día tendría al menos un hijo, se daría cuenta de que me había esforzado por darle un porvenir.

Ya que eso no se construiría en dos días, ni en tres, hice bien en comenzar ya. Debía ir hasta el final.

Al atardecer, cuando mis amigas quisieron venir a visitarme para charlar un rato, les dije a mis padres que tendría visita, y sin poner objeciones, se arreglaron para cenar. Les dije que podían quedarse en su propia casa, pero ellos se divertían saliendo juntos y disfrutando de su jubilación, y no sería yo

la que se interpusiera en sus momentos de intimidad y ocio. Se lo tenían bien merecido.

Por suerte no tuve más noticias de Luis y Celia, claro que tampoco había recibido mensajes de Alonso.

Al día siguiente todas teníamos trabajo, pero quedamos en ponernos una película romántica y comer palomitas mientras criticábamos la idealización de los hombres perfectos en las comedias románticas.

¿Dónde se metían esos hombretones guapos, listos, cariñosos y atentos?

Victoria ya tenía a uno, y Leticia tenía al que quería. Solo faltaba yo. En mi caso, sí deseaba a mi hombre perfecto. No carente de defectos, sino a alguien que encajara conmigo, que tuviera los valores que buscaba, y al que pudiera ofrecerle lo mismo.

Algún día lo lograría.

Cuando pude abrazarlas, Leticia y Victoria casi me aplastaron entre las dos.

Me asediaron a preguntas sobre Alonso, y cuando al fin saqué sus curiosidades, tras una charla extensa y con succulentos detalles, nos pusimos a ver la película.

Victoria estaba más interesada en saber si necesitaba ayuda para la fiesta que en ver la televisión, de modo que le hicimos poco caso.

—En realidad la comida será de *catering*, y las bebidas vienen incluidas. Mi madre quiere que todo tenga mucha clase, así que han contratado a dos camareros extras, pondrán una mesa larga con sillas vestidas con lazos festivos —añadí colocando comillas en las dos últimas palabras—, quieren una tarta de chocolate de dos pisos, un Dj, y, por supuesto, habrá una carpa junto a la piscina.

Mi cara iba mostrando mi nivel de ansiedad y agotamiento solo de imaginar todo eso.

—Va a parecer una boda... —me quejé.

—¿Por qué no le dices que vamos a ver una película con palomitas y pizzas? —bromeó Leticia.

—Sí, y un *photocall*, eso siempre es divertido —propuso Victoria con voz alegre.

Mis ojos brillaron por la gran idea, sin embargo...

—En ese caso, creo que me echaría de mi propia fiesta de cumpleaños —sentencié.

En verdad no dudaba eso, y ya que era mi día, al menos me gustaría tener algunos regalitos que me hicieran más fácil el trago de hacerme treintañera.

—Mi pregunta es: ¿Alonso vendrá?

Vale, esa era la mejor parte de todo el descabellado y excesivo plan.

—Sí. Mañana me va a preparar la cena en su casa, y el martes estará aquí —dije contenta.

Aplaudí como una chiquilla.

No podía dejar de sonreír cuando hablaba de él, y noté lo que mis amigas debieron ver en mi expresión.

Qué bien me conocían.

Se miraron entre sí y luego a mí. Parecían preocupadas, pero no tenían nada que temer.

—Nerea... ten cuidado, cielo... —expuso Victoria con suavidad.

—Sí, ahora estás en un momento muy vulnerable, y si algo no saliera como piensas... volver a sufrir te dejará destrozada —musitó con cautela y el mismo tono dulce.

—Leti, Vic, no os preocupéis —las tranquilicé—. Ya sé que estoy totalmente colgada de él, pero... eso solo es un poco cierto —traté de bromear, pero sin éxito—. Soy muy consciente de que lo nuestro es pasajero, y solo voy a disfrutarlo mientras dure. No tengo expectativas, de verdad —dije aludiendo a las palabras de Leticia.

Asintieron sin estar muy convencidas y me di cuenta de que ni yo misma lo estaba. Empezaba a sentir cosas muy fuertes por él, pero nada podía hacer contra ello; solo admitirlo, y ser consciente de la realidad.

Tenía ganas de llorar, y eso ya empezaba a molestarme sobremanera. No iba a conseguir nada llorando, así que se acabó, me dije.

La voz de mi conciencia aplaudía con una pizca de sarcasmo y la derribé de un guantazo metafórico. Las luchas interiores que teníamos sí que eran de risa.

Suspiré.

Mis amigas se marcharon temprano después de haber pedido una cena

ligera, y me fui a dormir antes de la llegada de mis padres.

Esa noche soñé con una marcha definitiva de Alonso en avión. Quería llegar a él, pero no podía. Me sentía como un fantasma flotando por todo el aeropuerto tras él, sin poder tocarle, sin que me oyera, sin que se diera cuenta de que intentaba detenerle y decirle lo que sentía, y que, después de eso, se diera cuenta de que debía quedarse a mi lado.

Cuando desperté por la mañana, fui consciente de que ver películas románticas en mi estado no era muy inteligente. Sí que me sentía vulnerable ante él, pero no era culpa suya, sino mía.

Sabía muy bien que debí sanar mi corazón antes de comenzar nada, aunque fuera pasajero, pero eso ya importaba poco.

En realidad, prefería haberme arriesgado antes de dejar pasar la oportunidad sin conocerle siquiera para estar arrepintiéndome cada día.

Tenía que pensar que esa noche iba a ser muy especial, y con esa idea me levanté de la cama más feliz.

Mis padres estaban desayunando en una pequeña terraza de la planta principal y les di los buenos días antes de ir a la cocina a por un trozo de bizcocho y un café bien cargado. Nada mejor como tener a mi madre, experta cocinera y experta en sana alimentación.

No sabía por qué no había heredado su don entre los fogones, pero sí sabía que mi falta de experiencia en ello radicaba en mi poco interés en aprender. Y eso empezó hacía años. No podía culpar a la genética de mi problema para no saber cocinar.

Una vez allí sentada, sintiendo la fresca brisa de la mañana, mis padres se interesaron por mi trabajo.

—No es algo complicado; solo tengo que cobrar a los clientes, intentar hacer un buen número de tarjetas de fidelidad, ordenar las líneas de cajas, y hacer caso a mi jefa en las tareas que me asigne cuando estoy libre — expliqué con una amplia sonrisa.

Tal vez no era el trabajo más divertido del mundo, pero me gustaba, me mantenía ocupada, y me hacía sentir realizada.

¿Qué más podía pedir?

—Nos sorprendió mucho, la verdad, hija —empezó a decir mi padre—. Siempre pensamos que al final nos pedirías que te pusiéramos al frente de alguna de las oficinas de las inmobiliarias.

—Los gerentes son competentes, y no creo que vayan a empezar a

gestionar las oficinas de una manera inapropiada solo porque no estéis aquí en Granada —expuse para disipar sus preocupaciones.

Ellos mejor que nadie, sabían cómo llevar aquel negocio, y lo tenían muy bien atado. Si alguna vez me tocaba a mí llevar adelante el patrimonio familiar, me pondría al día con los gestores encargados. Si bien era cierto, debía aprender un poco cómo funcionaba todo, por si acaso.

—Conocer un poco el valor de lo que tendrás algún día, tanto fuera como dentro de las oficinas, no está de más, cariño —apuntó con gran acierto mi padre—. Uno de estos días me pasaré por la gestoría para tener una reunión, así que estaría bien que vinieras y conocieras, al menos un poco, lo que hay. Al fin y al cabo, se trata de tu herencia.

Mi madre asentía entusiasmada, y era incapaz de negarles nada.

—Está bien, iremos —acepté.

Era una buena idea, desde luego. Nada tenía por qué cambiar en muchos, muchos años, sin embargo, estaba bien conocer los entresijos del negocio familiar, ya que, al ser su única hija, todo recaería sobre mí algún día.

Sin duda el futuro me preocupaba, y no solo por lo que haría yo. Era un conjunto de cosas.

Mis padres viajaban mucho, por lo que no contaba con ellos cada día y, a pesar de tener a mis amigas, nadie más me esperaba al volver a casa después de un largo día de trabajo.

Buscar a una persona con quien compartir mi vida no era mi prioridad, porque, además, sentía que era algo que llegaba a la vida de una persona sin más. No es que no pensara que no estaría bien organizar algunas citas para conocer hombres, pero era algo que me resultaba muy duro de digerir.

Jamás me habían pedido una cita, y yo tampoco a ningún extraño. ¿Qué diantres se hacía o decía en una cita?

Todo eso me asustaba, y también el hecho de topar con alguien que buscara solo sexo, o hacerme daño por diversión... A lo largo de mi vida había escuchado historias de mis amigas, como para escribir una serie de novelas. Ese tema me asustaba, sin embargo, así era como las parejas normales se conocían, ¿no?

Una cita para conocerse, luego algunas más, después venía el sexo, el vivir juntos, casarse y tener hijos.

No tendría que estar sola para afrontar lo que estuviera por venir. Tampoco me sentiría desamparada para gestionar mi herencia si algún día

mis padres ya no se encontraban en forma para hacerlo.

Con su vitalidad me extrañaría que eso ocurriera, pero temía que me pillara desprevenida. Estaba claro que la vida daba muchas vueltas y jamás podría saber lo que vendría a continuación. Tal vez un poco de previsión no estaría mal.

Lo de las citas podría esperar, desde luego. No tenía ninguna prisa por tirarme a la piscina y conocer a un montón de extraños que ya solo de pensarlo me causaban terror y desconfianza.

No todos los hombres del mundo engañaban a sus parejas, pero si lo hacía uno con quien había vivido, con el que compartía amistad y años de relación, ¿por qué no lo haría cualquier otro?

Ese pensamiento recurrente me hacía levantar un muro invisible para evitar que rompieran mi corazón de nuevo, sin embargo, cerrarme en banda tampoco me daría la oportunidad de toparme con buena gente.

Alonso lo era, a pesar de que lo nuestro no fuera lo que hubiera deseado. Al menos me daba la oportunidad de seguir teniendo fe en el género masculino.

Eso me animaba mucho. Pensar en él siempre me alegraba ante cualquier pensamiento derrotista.

Tuve que despedirme de mis padres para ir a arreglarme y marcharme a trabajar. Pensé que podría volver directamente a su casa, pero tras un largo día yendo de un lado a otro, era mejor llegar a ducharme y arreglarme, y luego ir a verle.

Era lo más parecido a una cita que habíamos tenido, de modo que quería poner de mi parte.

Mi corazón empezó a latir deprisa cuando vi la lucecita del móvil encendida y comprobé que tenía varios mensajes de Alonso.

“Buenos días preciosa, siento no haberte escrito ayer, pero anduve liado todo el día. Te eché de menos, y hoy me muero de ganas de verte también.

Esta noche te espero en casa. Dime la hora a la que te viene bien quedar y estaré listo.

Tengo una sorpresa para ti, pero que conste que no lo digo para que vengas corriendo. Hasta muy pronto.”

Añadió emoticonos de guiños y besos, y desde luego que quise salir corriendo a verle en lugar de ir a trabajar. Hoy y todos los días de mi vida.

Iba a resultar un día largo, pero pensar en su sorpresa me daba ánimos. Moría de ganas por saber qué era. Tendría que esperar, pero no me preocupaba demasiado.

Fuera lo que fuera, me gustaría.

“Buenos días, guapo. Salgo ya para el trabajo, pero me voy con una sonrisa en los labios al leer tu mensaje.

Estoy impaciente por saber de qué se trata la sorpresa, y que sepas que no voy a tu casa ahora porque se me echa la hora encima...

Hasta dentro de unas horas.”

Pulsé una buena cantidad de caritas con besos y le di a enviar.

Qué cantidad de horas quedaban hasta verle de nuevo, pensé...

La paciencia no era una de mis cualidades más destacadas, pero no me quedaba otra que esperar. Conduje al trabajo con la idea de que cuanto antes me fuera, antes vendría.

Cualquier cosa que me ayudara a aguardar hasta el momento de la cita.

9

Mientras estuve trabajando, no tuve mucho tiempo a sentirme impaciente o agobiada por lo de esa noche.

Leticia me animó diciendo que ya habíamos pasado algunas “veladas” íntimas, y que eso debería ayudarme a no agobiarme por quedar con Alonso.

Era muy cierto.

Habíamos quedado a tomar café, luego pasamos algunos momentos íntimos de lo más placenteros, y habíamos hablado de nuestras cosas lo suficiente para conocernos un poco.

No era todo tan nuevo, me recordé.

De todos modos, solo con desearlo, mis nervios no se iban a esfumar por arte de magia. Ojalá funcionara de esa manera; las cosas serían más sencillas.

A la hora de la comida, tenía el estómago cerrado y me sentía histérica. Victoria no pudo venir a comer con nosotras porque tenía mucho jaleo en la clínica de fisioterapia y Leticia tuvo que lidiar conmigo.

Una vez en el restaurante, Leticia pidió una tila doble para mí y una ensalada variada para ella.

La animé a comer mientras yo tomaba la infusión a pequeños sorbos, ya que estaba hirviendo. Se había sentado a mi lado y masajeaba mi espalda para intentar que mi pulso se serenara. Al cabo de un rato dejé de sentirme como un flan que no dejara de temblar, y notaba que mi corazón bombeaba más despacio, a un ritmo normal. Me sentía tonta por ponerme en ese estado con algo como una cena con alguien con quien ya me había acostado.

No podía evitarlo. Él me gustaba, y luego estaba todo ese rollo de mi confianza.

—Tal vez debería decirle que paso de citas, es mejor no tener que pasar por esto más...

Las ganas de llorar me dieron a entender lo quejica y miedosa que me

estaba volviendo.

Hasta yo estaba harta de mí.

Casi podía ver a la pequeña y molesta voz de mi conciencia mirándome con suficiencia. Esa era yo, la que incluso se peleaba consigo misma; a diario. Eso sí era molesto, pensé con ironía.

—De eso ni hablar —espetó Leticia con el ceño fruncido. Parecía estar regañándome y eso me hacía gracia en ella, que, a pesar de su despreocupación general, en el fondo todo se lo tomaba como algo personal, en el buen sentido—. Verás como todo irá de maravilla. Ya le conoces, y no te hará sentir mal de ninguna manera... piensa en el sexo del postre y se te quitarán todos los miedos.

Me reí a carcajadas.

—Eso me quita todas las penas, sí —sentencié sin dejar de reír.

Me puse como un tomate y mi amiga me dio una palmadita en la rodilla.

—No va a pasar nada malo, cielo. Piensa que no es una relación, solo un juego en el que los dos conocéis las reglas... aunque te hayas implicado emocionalmente, ambos sabéis lo que hay. Solo debes pasarlo bien sin pensar en el futuro —expuso con suavidad.

—Cuando pienso en lo mucho que se ha molestado en prepararlo todo y luego esa misteriosa sorpresa... imagino que tal vez él pueda interesarse por algo más serio, y eso me pone...

Respiré hondo varias veces, porque ir por ese camino causaba estragos en mi estabilidad emocional, y tenía que sortear ese tema de un mejor modo para que no me afectara tanto. Sería incapaz de disfrutar un instante de la cena si continuaba así.

—No importa lo que él quiera, porque si no estás lista, debes decírselo. Al final esto trata de que estéis cómodos en el nivel de vuestra relación. No hay más.

—Últimamente las “charlas de pareja” son lo peor que he experimentado en mi vida —me lamenté.

—No te preocupes, cariño. Seguro que con el tiempo te resultará más fácil. Piensa que lo que cuenta es que tú estés bien, y si algo no te gusta, lo dices —dijo con un gesto despreocupado de la mano—. No es necesario ofender a nadie, y si lo hace es su puñetero problema; pero hablando las cosas con calma y siendo sincera, hay que dejar que las cosas sigan su ritmo.

Asentí pensativa. Algo le pasaba, porque empezó hablando tan tranquila,

y de repente su tono se volvió más apasionado conforme conversaba, que no había otra explicación posible.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes problemas con Eduardo?

Suspiró, y puso cara de circunstancias.

—La verdad es que empezaba a gustarme... —dijo con ironía y una pizca de desilusión—. Es un tío genial, y lo pasamos muy bien. Me trata como una reina, y pensé que lo hacía porque sentía algo por mí, y cuando le dije que se viniera de fin de semana conmigo a Madrid, empezó a poner excusas.

—Vaya, le has invitado —aludí sorprendida—, es un gran paso —añadí con suavidad.

Ella asintió.

—Eso pensaba yo, que sería dar un paso más, pero sin hacer un drama de ello y tener que hablarlo... y no solo dijo que no, sino que balbuceaba como un mono para acabar diciendo que eso implicaba un compromiso, y que eso quedaba fuera de lugar en nuestra relación informal —expuso molesta.

—¿Has vuelto a hablar con él después de eso?

—No. Esto ocurrió el sábado por la noche, y no me dijo nada más cuando se marchó a dormir a su casa —explicó mirándose las uñas.

Se la veía nerviosa, y jamás se había puesto así por un hombre. No sabía ni qué decirle.

—Lo siento, he estado tan concentrada en mis tonterías... que no me da cuenta de que lo estabas pasando mal. ¿Tienes intención de llamarle y hablar con él?

Lo pensó un instante.

—Claro, ya sabes que admito pocas estupideces de la gente.

—Ya, es que con las mías vas apañada —bromeé.

Negó con la cabeza mientras sonreía, y se puso seria al instante. Comprobé que aquello la afectaba más que ninguna otra cosa lo hiciera antes.

—Quiero darle una oportunidad de pensarlo y que me llame él. Si no lo hace, es porque no hay nada que hacer, y se acabará. Hace semanas que nos vemos y a pesar de que nunca quise nada serio, para mí ha cambiado, y solo hay dos caminos: vamos hacia delante y lo intentamos juntos, o se acabó —sentenció con su habitual firmeza—. No me implicaré más con él.

—Bueno, solo espero que no te lo haga pasar mal, y si estar con él es lo que quieres, ojalá esta historia tenga el final que deseas —apunté

esperanzada.

Allí sentadas, acabamos abrazadas, y ambas, intentando contener las lágrimas.

—No llores, cielo, tenemos que ser fuertes —musité con ternura.

—Seremos fuertes las dos —dijo ella achuchándome más fuerte.

Nos reímos a la vez de manera nerviosa cuando notamos que la otra también estaba al borde del llanto y mientras Leticia acababa su comida para romper ese momento tan emotivo, pedí unos dulces para llevarme algo al estómago.

—Tranquila, tu cita irá de maravilla —aseguró con una amplia sonrisa —. Ya me contarás con qué posturitas sexuales te deleita este Dios griego — soltó con sorna y picardía.

Solté una carcajada y mi mente se distrajo con los recuerdos del pasado.

Sí que era un experto amante, y me alegraba poder disfrutar de él.

—Voy a parecer un tío si solo pienso en el sexo...

—Los tíos lo hacen y siempre van tan felices por ahí, así que no hay que preocuparse por ello —soltó Leticia.

—Intentaré no fustigarme todo el día —suspiré.

Mi amiga me hizo un gesto de aprobación y enseguida cambiamos de tema.

Charlamos un rato mientras nos tomamos un café y pronto volvimos al trabajo. Después de comer había una tranquilidad en la tienda que era muy placentera, sin embargo, conforme avanzaba la tarde, la cosa se fue animando y no hice un descanso hasta las siete y media de la tarde.

Leticia se acercó a mí, sonriendo de oreja a oreja.

—Tengo tu justificante médico, así que puedes irte ya —me susurró al oído.

Casi me asusté con sus palabras.

—¿De qué puñetas hablas?

—De que he hablado con el médico de la empresa y he conseguido que salgas un poco antes —arqueó las cejas de manera intencionada y comprendí lo que quería decir—. Tú coloca tu mano en el estómago y no sonrías demasiado. Puedes marcharte ya a arreglarte —me animó.

No podía creer que mintiera por mí, solo para darme tiempo para mi cita. En parte me sentía mal, pero me alegraba poder disponer de algunas horas y no sufrir más estrés del que ya manejaba desde el amanecer.

Si es que lo mío no tenía nombre, me dije.

—Recuperaré las horas, te lo prometo.

Hizo un gesto para restar importancia y no quise discutir, pero lo haría. Me había hecho un favor, y yo no quería que nadie fuera a echarle la bronca por favorecerme. Dudaba que nadie se atreviera a echarle nada en cara, pero no iba a correr el riesgo. Era lo menos que podía hacer.

Le di un abrazo y me dispuse a hacer lo que me dijo para disimular. No me sentía bien mintiendo, pero mis nervios empezaban a aflorar, de modo que no mentía del todo a la empresa.

Conduje a casa lo más tranquila que pude, escuchando música, cantando para distraerme e intentando controlar mi respiración agitada. Al llegar me encontraba algo mejor.

Mis padres estaban en la sala de cine del sótano y después de saludarles y decirles que saldría unas horas, desearon que me divirtiera mucho.

Eso haría, con suerte, me dije.

Subí a darme un baño relajante y una vez dentro de la bañera, sintiendo cómo el agua aromatizada templada desentumecía mis músculos, le escribí un mensaje a Alonso.

“Estoy en mi bañera, pensando en ti, y en qué me voy a poner para dejarte con la boca abierta.”

Pensaba que sería muy osado, pero quería hacerle reír con mis locuras. Así era yo.

Nunca había sido así con nadie, y daba gusto ser una misma sin pensar demasiado en la impresión que causaba a los demás.

¿Qué más daba? Si le gustaba bien, y si no, pues como lo nuestro no iba a ningún sitio, no tenía que fingir quien no era. Medité eso un instante. Al fin me daba cuenta de la clave de una relación informal.

Claro que eso valía para cualquier otro tipo de relación: ser uno mismo; sin fingir, sin una máscara, porque al final esas cosas se acababan desintegrando y cuando de manera inevitable saliera la verdad a la luz, la otra persona se sentiría estafada, dolida, y con ganas de salir corriendo en dirección contraria.

Satisfecha con mis conclusiones, me sentía mucho mejor. Mientras esperaba respuesta de Alonso, les envié varias notas de audio a mis amigas. Leticia se sintió más tranquila al saber que me había cambiado el ánimo. Victoria se mostró preocupada al saber lo ocurrido por la mañana, pero la tranquilicé sobre algo que ya había pasado y no volvería a ocurrir.

Mi ánimo mejoró aún más con el mensaje de Alonso al cabo de un rato. Se notaba que debía de estar ocupado.

“Por mí te puedes poner cualquier cosa, hasta una toalla, y así en mi casa podrás ir desnuda. Estarás guapísima.”

La que tenía la boca abierta era yo ahora.

Salí del agua al cabo de un rato y me puse perfume, maquillaje suave y espuma para que mis rizos cayeran con suaves ondas sobre mis hombros y mi espalda. Me decanté por una falda ajustada de color negro y una blusa de un tono verde claro.

Me calcé unas sandalias de cuña y me di un toque sofisticado con algunos complementos: una tobillera, un colgante con forma de corazón que compré hacía años, y unos pendientes muy especiales que mis padres me compraron para mi dieciocho cumpleaños.

Opté por no llevar reloj, ya que no iba a querer mirarlo en toda la noche... y con ese pensamiento, eché un vistazo a la pared de mi habitación, ocupada por aquella monstruosidad de reloj de pared y, con rabia, despegué los punteros y los gigantes números. Resultó más difícil de lo que imaginaba, e incluso me hice daño en los dedos, pero me alegré. Solo me hacía falta arreglar un poco los desconchones de la pintura y poner algún cuadro bonito para olvidar que algún día Luis puso su huella allí.

Le dije a Alonso que estaba lista, y le pregunté por mensaje si le venía bien que fuera ya a su casa, y a los pocos segundos me respondió que sí.

Miré el teléfono y detuve mis ojos en su foto. Una calidez nueva para mí, envolvió mi corazón y, para evitar ponerme sensiblera, guardé el teléfono en silencio en mi bolso antes de bajar a despedirme de mis padres.

—Estás preciosa, hija —dijo mi madre con una amplia sonrisa llena de orgullo.

Mi padre asentía.

—Que te diviertas, cariño —dijo antes de darme un beso en la mejilla. Mi madre hizo lo mismo y se quedaron observándome juntos.

No preguntaron qué planes tenía, pero tal vez se lo imaginaban. Lanzaron miradas interrogantes y a la vez curiosas, pero no sabía qué podría decirles al respecto a ninguno de los dos. Que me iba a cenar a casa de mi vecino, tal vez, pero el motivo de dicha cena... eso ya era una conversación mucho más larga y compleja.

Ya les contaría todo algún día, me dije.

Caminé despacio hasta allí, porque notaba mis piernas como gelatina, y llamé al portero automático de Alonso. Parecía que hubiera estado allí esperando, porque abrió al instante. Sonreí sin poder evitarlo.

Con la puerta abierta, y un hombre terriblemente atractivo esperando en la entrada de su casa, me sentí muy bienvenida.

Me acerqué despacio, no con miedo, sino saboreando el momento de nuestro encuentro. Él hizo lo mismo, lo intuí. Tomó mi mano con delicadeza y tiró hacia él con firmeza, hasta que chocamos el uno con el otro. Mirando hacia arriba, sentí el suave tacto de una de sus manos en mi nuca, ejerciendo una ligera presión para acercarme a la vez que él se inclinaba hasta que nuestros labios se rozaron.

De forma vaga, oí la puerta al cerrarse, pero mis sentidos estaban puestos en ese beso, en el calor de su cuerpo fundiéndose con el mío. Fue un beso dulce, apasionado y largo, aunque se me hiciera muy corto cuando se detuvo.

—Si continuamos así, dudo que llegemos a cenar hasta mañana —bromeó con su voz ronca por el deseo.

Un delicioso escalofrío me recorrió la espalda, y es que su mirada hacía estragos en todo mi ser. Sentía ganas de arrancarle la ropa y saborear su piel centímetro a centímetro...

Tragué saliva con dificultad y sonreí algo nerviosa.

—No me importaría —solté con descaro—, aunque si tengo hambre puedo comerte a ti.

Una ronca risa salió de su garganta, me dio un beso en la mejilla y me apretó contra él antes de empujarme con suavidad para guiarme hasta el salón.

—Llegaremos a eso en un rato —prometió con voz seductora y una

sonrisa que quise immortalizar en mis labios—, antes me gustaría cenar contigo y darte una cosa.

—Mmm... ¿qué cosa? —coqueteé con un leve arqueo de cejas.

Alonso se rió, pero negó con la cabeza sin dejar de mirarme. Podría perderme en la profundidad de sus ojos.

—Bueno, no van por ahí los tiros —bromeó—, pero sí creo que te gustará. Es un regalo por tu cumpleaños.

Me sorprendió que revelara la sorpresa tan rápido, sin que tuviera que suplicar apenas, pero enseguida supe el motivo.

En el salón había una mesa redonda que no había visto antes, con un mantel blanco y uno rojo granate encima, como un restaurante; había unas velas como centro de mesa y unos cubiertos para dos.

Qué romántico, pensé. Se había esmerado, y no recordaba que jamás mi ex novio hubiera preparado algo así para mí.

Encima de uno de los platos había una cajita negra con un lazo rojo.

Alonso hizo un gesto para que lo cogiera y con manos temblorosas fui a ver de qué se trataba.

Tiré del lazo y abrí la tapa para descubrir una pulsera plateada y muy bonita en su interior. Tenía una fina cadena y una pequeña flor en el centro, y la observé con detenimiento para mi mirar a Alonso y acabar llorando. Otra vez, me lamenté por dentro.

—Le puse una inscripción detrás de la flor —señaló en voz baja.

Estaba a mi lado, sin perder detalle de lo que hacía.

Giré la flor y vi lo que puso:

“ Lucha por tus sueños .”

Cogí aire y lo expulsé despacio. Ya venía el torrente de nuevo, pensé algo molesta conmigo misma.

—Gracias, es precioso.

—Como tú —musitó antes de besar mi mejilla con una infinita ternura.

Me giré para abrazarle y así permanecemos durante un buen rato, hasta que mi corazón adquirió un ritmo normal.

No podía ni hablar.

Alonso notó mi estado y lo único que hizo fue guiarme hasta la silla como una niña pequeña y sonreír. Pidió permiso para colocarme la pulsera y le dejé hacerlo. El roce de sus dedos me provocó un hormigueo en el estómago.

Me desarmaba su dulzura.

—Voy a por la comida.

—Está bien —acepté mirándole.

Era un placer tener a alguien haciendo cosas así. Era tan atento, y la noche estaba siendo una maravilla. Ahora mismo no sabía por qué razón había estado tan nerviosa, tan aterrada por dentro por lo que pudiera ocurrir. La respuesta era: nada malo. Todo eso estaba en mi cabeza, pero no podía dejar que el pasado volviera solo para impedirme avanzar, para hacer que me perdiera las experiencias que me aguardaban en la vida.

Trajo una bandeja enorme que colocó en medio de la mesa después de que yo apartara el candelabro. Había preparado solomillo Wellington, y no es que yo supiera qué clase de comida era, sino porque me lo explicó nada más dejarlo allí, con su succulento aroma.

Me sugirió un vino tinto de calidad que guardaba para ocasiones especiales y acepté encantada.

—El vino me encanta y... no tengo que coger el coche luego —bromeé.

—No tienes ni que volver a casa si no quieres —propuso como si nada. Qué tentación.

Su mirada significaba mucho, desde luego, y acepté sin pensarlo, lo que le arrancó una sonrisa seductora.

Sirvió los platos y fue a la cocina a por unas patatas con salsa. Se había esmerado mucho. Y el plato estaba delicioso. Había comido en muchos restaurantes, de todo tipo y calidad, y su comida bien podría estar a la altura de los chefs más importantes.

—Tienes mucho talento, si alguna vez te quedas sin empleo, puedes dedicarte a esto —declaré con un guiño.

—Gracias. Me gusta cocinar, y me gusta verte comer; tienes un apetito... especial —dijo tras unos segundos de silencio.

No había que ser muy avisado para darse cuenta de las connotaciones sexuales.

—No menciones el apetito, o te arranco la ropa y me sirvo una ración de Alonso Gallego con la salsa de las patatas —musité con mi mejor voz sexy.

Soltó una risa nerviosa y por poco se atragantó.

—Eres única —susurró con la copa en la mano.

Dio un sorbo y paseó su lengua por sus labios para limpiarse. Quise ser yo la que paseara por allí mi lengua, y me di cuenta de que estaba convirtiéndome en una adicta a él.

Tenía que pensar otra cosa.

—Mañana, ¿te veré en casa sobre las diez de la noche?

—Claro. Tengo ganas de verte soplar las velas —sonrió.

Sabía que le preocuparía estar allí con mis padres, mis tíos y amigos, pero haría que se sintiera cómodo.

—Puedes traer a alguien si quieres, algún amigo...

—¿No te importa que vaya con pareja? Porque pensé que podría ser la tuya —dijo con cautela.

Le miré para intentar averiguar si iba en serio.

—¿Te gustaría que te presentara como mi... amigo especial? —pregunté insegura.

—Bueno, no somos novios —señaló con suavidad—, está bien si me presentas como a un amigo.

No dejaba de mirarme con esos ojos marrones tan profundos, tiernos y dulces, y me preguntaba si se sentiría como yo, con la sorpresa de sentir algo más que amistad en estos momentos.

Atreverme a preguntar eso ya era harina de otro costal. Era demasiado pronto.

Había algo en su expresión que me desarmó. Mi intuición me decía que algo que se callaba, pero tal vez solo se debía a que deseaba que sintiera algo más por mí, y sacar el tema lo estropearía.

Decepcionarle era lo último que quería, sin embargo, acababa de ponerle en bandeja la oportunidad de decir que sí, que éramos algo más que amigos, aunque ese algo no fuera tan definido y serio como una relación amorosa.

Prefería dejar que el tiempo pusiera todo en su lugar, porque no iba a hablar por él. Las cosas con calma iban mejor, sobre todo cuando ya se hablaron en su momento. Era sincero cuando me dijo que no estaba listo para algo serio, y aunque podría pensar que intentaba protegerme de un futuro incierto entre los dos, tampoco le veía intención de herirme de ningún modo.

Yo le gustaba, y era más que obvio que también lo pasaba bien conmigo; de lo contrario, no me invitaría a su casa tan a menudo cuando nos

conocíamos hacía tan poco tiempo.

Si eso se convertiría en algo más, o no, ya se descubriría. Precipitarse era un error.

¿Para qué meter prisa a las cosas pudiendo disfrutarlas paso a paso, día a día?

Se levantó de la mesa y me impidió ayudarlo a llevar los platos o traer el postre, y me sorprendió cuando vi que se trataba de *soufflé* de chocolate y helado casero de vainilla.

—¡Dios mío! —exclamé al primer bocado—. Esto es el paraíso en un cuenco... ¿Hay algo que no sepas hacer a la perfección?

Una risa ronca escapó de sus labios.

—Tú disfruta del postre, y ahora verás.

Sonaba tan bien dicho por él. Acabé el postre más rápido de lo que quería, porque era un trozo de cielo de verdad, sin embargo, quería disfrutar de él también. Moría de ganas de degustarle sin prisas.

Cuando acabó su plato, alzó su mano para hacerme ir hacia él y estando frente a su silla, me detuvo allí.

—Quiero probar una cosa contigo, no te muevas, por favor —rogó sin dejar de mirarme.

Asentí sin poder decir nada.

Comenzó su juego acariciando mi pierna desde abajo, y al llegar a mi falda, subió la tela mostrándome una sonrisa pícara.

Mi ropa interior quedó al descubierto y el juego empezó a adquirir nuevos niveles de temperatura; sus labios tomaron el control, y saborearon mis muslos desde las rodillas, primero una pierna y luego la otra, hasta llegar al borde del encaje de mis braguitas.

La tela de mi falda se quedó arriba, muy obediente, y Alonso aprovechó para sujetar el encaje y bajarlo, revelando mi depilado pubis. Observé cómo escrutaba mi sexo con deseo, y con lentitud, acercó su rostro para hundirse en mi entrepierna. Se separó demasiado rápido, pero resultó que tenía unos planes muy jugosos entre manos. Cogió el cuenco del *soufflé* y con un dedo rebañó los restos del chocolate líquido.

Ese dedo.

Se me hizo la boca agua cuando me di cuenta de sus intenciones. ¿Iba a hacerlo de verdad?

Desde luego. Suspiré.

Su dedo pasó por mi pubis y fue bajando hasta llegar a mi pequeño botón. Paseó su lengua por todo el recorrido y jadeé de placer. Volvió a repetir la operación y esta vez bajó un poco más. Chupó con fuerza y pensé que me desmayaría allí mismo.

Cuando había limpiado el dedo y la zona del exquisito chocolate, lo introdujo despacio, haciéndome estremecer. Se incorporó hasta quedar a mi altura, sin dejar de mover el dedo dentro y afuera.

—De cero a cien en dos segundos —bromeó como alusión a su profesión.

Tal vez le iba la velocidad en los coches de carreras, pero se tomaba con calma lo demás, para mi consuelo.

Nuestros labios se rozaron, y de nuevo pasamos a estar a cien kilómetros por hora en cuestión de segundos.

Desde luego mi corazón latía a toda pastilla, y por su errática respiración, y la intensidad de esos inquietos labios, supe que estaba en el mismo nivel que yo.

Jadeé sin control, porque me sentía a punto de perderlo. Ese hombre tenía unas manos prodigiosas y una boca... aquello no era de este mundo.

Mientras intentaba no desarmarme por completo y no estallar allí de pie, me concentré en quitarle la ropa. Dejó que le sacara la camiseta de manga corta y acaricié su increíble tableta de chocolate. Mis yemas se movieron inquietas por las ondulaciones de su abdomen y no me contuve ahí. Desabroché su cinturón y fui directa al botón del vaquero y la cremallera.

Tenía prisa por llegar a la mejor parte, y no creí que pudiera culparme.

Mi lengua, y también mis labios estaban ocupados degustando los restos de chocolate de los suyos, pero mi mano era libre como un pájaro, de modo que me empleé a fondo del mismo modo que hacía él. Jadeábamos los dos a la vez, y estábamos a punto de sufrir un colapso por las intensas emociones.

Estando a punto de explotar, Alonso retiró su dedo mágico de manera abrupta. Gemí de disgusto.

—Quiero sentirte más.

Sacó un preservativo del bolsillo trasero del pantalón y se lo puso enseguida. Sus manos temblaban, y me di cuenta de que mis piernas estaban igual.

—¿Pretendes hacerlo aquí, en la mesa? —inquirí sorprendida.

—Pues claro.

Era bastante estable y pesada, pero no me sentía muy convencida.

Él lo estaba, y eso era un punto a su favor, porque no me encontraba yo para pensar mucho. Me sujetó por la cintura y me dejó sobre el suave mantel. Sujeta por sus brazos para no perder estabilidad, dejé caer los míos sobre sus hombros y me agarré con fuerza cuando me penetró de una estocada profunda.

Solté un grito ahogado que absorbió con sus labios. No podía dejar de besarle y él lo sabía. Se notaba que los disfrutaba del mismo modo que yo por la forma en que se entregaba.

Le envolví con mis piernas, notando que la explosión se acercaba a pasos agigantados. Podía sentirlo en cada uno de mis nervios, cada uno de los centímetros de mi piel con el vello erizado, podía sentirlo por todas partes.

Dejó de besarme solo para mirarme a los ojos mientras veía cómo me dejaba llevar, como caía en ese profundo mar de sensaciones. Sus acometidas eran más rápidas cada vez, y creía que enloquecería si seguía así y, sin embargo, quería más.

Sus ojos, clavados en los míos, se entrecerraron solo un poco cuando su propio orgasmo llegó con tal fuerza que apenas le dejaba con aliento.

Abrazada por él, empecé a relajarme después de dejar que me llevara al límite una vez más. Era lo más lujurioso que había experimentado jamás. Y sin duda, también lo más erótico. Nunca antes había hecho el amor en una mesa. Qué locura, pensé.

—De verdad te lo digo, no creo que haya nada que hagas mal —musité con una sonrisa satisfecha.

Me besó con ganas, y a los pocos minutos me dejó bajar de la mesa y arreglarme un poco. Se notaba que igual que yo, no quería alejarse.

Algo avergonzada, subí mi ropa interior y bajé la falda a su lugar.

—Deberíamos recoger la mesa —propuse con una risita nerviosa.

Rascó su cabeza pensativo y compuso una mueca graciosa. No dejaba de observar el mantel superior.

—Creo que echaré esto a lavar si no te importa, y ahora nos vamos a la cama —dijo, acabando la frase con un aire interrogante.

—Me parece bien. Trabajo en equipo —guiñé un ojo.

Se recompuso algo la ropa, aunque para mi deleite, se olvidó de la camiseta, lo que me dio la oportunidad de admirarle cada vez que íbamos y veníamos a la cocina.

En unos pocos viajes recogimos todo y Alonso puso una lavadora. Me dio la mano y juntos fuimos a su habitación.

Tenía una increíble energía, y lo demostró con creces en la cama, obsequiándome con posturas que ni conocía. Acabamos agotados.

Nos dimos una ducha rápida, nos enjabonamos el uno al otro, pero esta vez sin jugar, y nos acostamos rendidos.

Me quedé dormida acurrucada contra su pecho.

10

Llegó el día de mi cumpleaños. Cumplía treinta tacos, y ya podía decir oficialmente que no era ninguna chiquilla. Vale que con veintinueve tampoco, pero bueno, la cifra nueva me provocaba aún con más fuerza la sensación de que me hacía mayor.

La alarma de mi teléfono sonaba sin parar y comprendí que, a pesar de ser un día de celebración, debía ir al trabajo. Tanto mejor, para no quedarme en casa deprimida y pensando en bobadas.

Al abrir los ojos, después de hacer que mi teléfono dejara de sonar medio a ciegas, vi a Alonso tumbado de lado y observándome con rostro adormilado.

Giré para quedar tumbada hacia él, y sonreí.

—Buenos días, guapo —ronroneé.

—Sí que son buenos, sin duda —convino con voz soñolienta—aunque tengo ganas de dormir algo más.

Le di un rápido beso en los labios y vi cómo se le cerraban los ojos.

—Debo irme al trabajo. Te veo esta noche.

No supe si me había oído porque le hablé en susurros, pero al cabo de unos segundos respondió.

—Te veo por la noche. Lo estoy deseando.

Solté una risita tonta y me levanté de la cama. Me vestí, recogí mi larga melena rizada en una coleta y me calcé las sandalias de cuña. Eran geniales, y también tenía la ventaja de que no eran taconazos, por lo que marcharme no iba a dejar una estela de ruiditos constantes con mis pasos.

Caminé despacio hasta la puerta y cuando toqué la manilla oí una voz a mi espalda.

—Feliz cumpleaños, Nerea.

Me giré y le vi caminar hacia mí con ese porte tan masculino y seguro. Llegó hasta donde me encontraba y se inclinó para darme un beso en los labios que me dejaría tonta para todo el día. Iba a ir a trabajar con un calentón

de narices, pero poco me importaba.

—Que tengas un buen día de trabajo —dijo como despedida.

—Lo será, porque estaré pensando en el momento en que te vea y pueda escaquearme de mi fiesta para hacer cosas perversas contigo —declaré con total naturalidad.

Aquello pareció despertarle de golpe, pero es que además de que mi boca tenía vida propia, mis pensamientos iban un paso más allá, y cuando se chocaban, aquello descarrilaba pronto.

Y con gran estruendo. Ese era el inconveniente de no tener filtro que impidiera a mis pensamientos salir.

Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa y a la vez, brillaban por el deseo.

—Siento que no te puedas quedar, porque esas cosas perversas... me han dejado intrigado —dijo seductor.

Mordí mi labio con intención de excitarle. Le miré de arriba abajo y sonreí.

—A ver si consigo hacer que te merezca la pena esperar —solté antes de unir mis labios con los suyos por última vez.

—Hasta dentro de unas horas.

—Lo estoy deseando —musité.

Salí de la habitación y él se acercó al pasillo para estar pendiente del portero automático y abrir cuando me viera desde la cámara.

Le saludé con la mano y él imitó mi gesto.

Cuando estuve en la calle, miré hacia atrás y me di cuenta de que cada vez que nos despedíamos le echaba más de menos.

Caminé unos pasos hasta mi casa y miré mi pulsera.

Había sido un detalle precioso e inesperado, y pensaba conservarla toda la vida.

Iba tan distraída que no me di cuenta de que alguien me esperaba. Tuve que chocar con esa persona para ver que estaba en babia y, además, que se trataba de una visita tan imprevista como indeseada.

—Luis —dije desconcertada.

—Nerea —soltó él de manera innecesaria. Parecía enfadado, y suspiré de frustración.

—¿Qué quieres? Estoy ocupada —escupí de mala gana.

—Ya veo —soltó con sarcasmo—. Para estar con ese no estás ocupada

en absoluto.

—Como hiciste tú, estaré con quien me dé la gana, porque al menos yo sí estoy soltera, y no tengo que darte explicaciones —suspiré con cansancio—. Por favor, ocúpate de tu familia y deja el pasado atrás —rogué con desesperación.

—No puedo —dijo acercándose a mí—. Cometí un error y ahora me doy cuenta. Quiero volver contigo, y me gustaría celebrar tu cumpleaños a tu lado —declaró de manera apasionada, dando pequeños y lentos pasos en mi dirección.

—Estás loco si crees que voy a olvidar el hecho de que tu novia está embarazada, y que me engañaste con ella durante meses... y del hecho de que tú me dejaste a mí —espeté más que molesta—. Te lo pido por favor, déjame en paz. No quiero volver contigo, y no quiero estar cerca de ti nunca más.

Su cara de ángel se transformó por su enfado. Sus ojos mostraban rabia, y me pregunté en qué estaría pensando, ya que jamás le había visto poner una mala cara a nadie. Si parecía el Ken de la Barbie, me dije.

Con su permanente sonrisa, todo el mundo le tenía por una buena persona. Ahora estaba viendo una faceta nueva, y no podía decir que me gustara.

Hacia ya tiempo que sus acciones me desagradaban.

—No puedo creer que prefieras a ese acosador, solo porque es rico y famoso, en vez de a mí —masculló con voz sombría.

Un escalofrío poco agradable me recorrió la espalda.

—Alonso no es nada de eso —le defendí. Fue un error porque Luis parecía aún más enfadado—. Lo que quiero es ser libre para decidir con quién salgo o no salgo —declaré con firmeza.

—Cometes un error —sentenció.

Su voz se había vuelto dura, desdeñosa. No podía creer que este fuera el mismo Luis que siempre trataba de hacer las cosas con la mayor suavidad posible. Cuando me rompió el corazón no lo consiguió, pero ese era el hombre que conocí. No podía conciliar a ese hombre, mi mejor amigo de la infancia y el único con el que estuve, con la persona que tenía ante mí ahora.

Había mentido, traicionado, y ahora volvía a hacer lo mismo a la mujer que esperaba un hijo suyo. La compadecí de corazón.

¿Cómo habíamos estado tan ciegas? No lograba entenderlo. Era

inconcebible que alguien cambiara de ese modo drástico en cuestión de meses...

Tal vez siempre fuera así, pero toda una vida de engaños, era algo que también me costaba comprender.

—Luis, no quiero hacerte daño, pero debes entender que romper fue decisión tuya, y ahora no podemos volver a lo de antes. Tienes una mujer y un bebé del que ocuparte —traté de sonar comprensiva y sensata.

—No me importa nada de eso —me cortó molesto—. No es lo que quería, es muy pronto, y no estoy listo para ser padre.

Desesperado, me agarró por los dos brazos y casi se me cayó el bolso por la sorpresa.

Me zarandeó fuerte, pero por suerte no fue a más, y no tuve ni tiempo de defenderme porque oímos un coche aproximándose por la calle.

Luis se separó, estupefacto por su reacción, y dio unos pasos hacia atrás. Carraspeó y se mostró cauteloso, lo que no me dio buena espina.

—¿Qué demonios te pasa? —escupí cabreada—. No vuelvas a hacer eso en tu vida.

No dijo nada, solo frunció el ceño, ofendido por mis palabras. Me costaba creer lo que veía.

Su intención no era la de pedir perdón, desde luego.

Bufé de manera poco femenina cuando vi que el coche que aparcaba en la acera que daba a la casa de Alonso era su amiga Daniela y otro chico que iba en el asiento del copiloto.

—La que faltaba.

—¿Quién es esa?

Miré a Luis echando humo por las orejas. Que se preocupara por eso y no por su actitud, era de chiste.

—No te disculpas conmigo, pero sí te interesas por esa estúpida. Pues no es más que una amiga de Alonso. Nadie que te convenga conocer —espeté con ironía.

Pensaba entrar en casa antes de que bajara del coche y tener que saludarla, de modo que le di un empujón a Luis para que se quitara de mi camino, abrí la verja y la cerré de un golpe en sus narices.

—Desde luego no sé cómo se puede ser tan imbécil —mascullé.

Le denunciaría si pensaba comportarse como un cavernícola y además arruinar mi fiesta.

Decidí poner remedio de inmediato. Entré en la casa y fui al sótano, ya que junto a la sala de cine estaba una habitación con los contadores y demás. El sistema de video vigilancia se controlaba desde allí, y lo activé en los exteriores, incluso el que grababa el portón de fuera. Sabía que funcionaba todo a la perfección, ya que habíamos hecho algunos arreglos y revisiones por el tema de la protección de datos. No se podía grabar la calle, pero sí mi parcela.

Fui un paso más allá y le mandé un mensaje contundente.

“No vuelvas a acercarte a mí, y no se te ocurra agarrarme o tocarme, porque la próxima vez que me sienta amenazada, te denunciaré a la policía y me dará igual la relación de tus padres con los míos.”

Hice una copia de pantalla y se la mandé a mis amigas como precaución extra. Les mandé unas notas de audio explicando por encima lo ocurrido y les prometí hablarles con más detalle esa noche.

Entré en mi casa y todo estaba tan en calma que era un pelín surrealista. Yo me sentía muy nerviosa, incrédula, y a la vez muy preocupada por esta noche.

¿Y si se presentaba en casa?

Después de escribirle, y tras lo ocurrido, lo dudaba, pero es que durante las últimas semanas no actuó de forma normal, y no sabía por dónde iba a salir para la próxima vez.

No sabía qué esperar de una persona que había estado a mi lado toda la vida y de buenas a primeras me dejaba por una mujer con la que tenía mucho más que una aventura pasajera. Y ahora me venía con estas...

Increíble era poco.

Me arreglé y bajé a la cocina para servirme un café bien cargado. Tenía tiempo de sobra, porque era bastante temprano, de modo que subí a mi habitación y me tumbé en la cama con mi diario para desahogarme mientras bebía de la taza humeante que dejé en la mesilla.

No estaba segura de contarle todo esto a Alonso. Tal vez pensara que iba a volver con mi ex si descubría, como yo, que este no se sentía tan feliz en su nueva relación.

“Cuesta entender lo que pasa por la cabeza de Luis. Va a ser padre, y debería estar comprometido, pero ahora me viene con estas, y temo que piense que volvería con él, pero no pienso hacerlo. Después de que haya sido un cerdo conmigo, no estaría con él ni muerta.

Ya no siento nada por Luis, y hasta yo me sorprendo, aunque sí he sentido miedo de verdad cuando se ha comportado así. Espero que no se vuelva a repetir, y aún menos hoy...

Felicidades para mí... (te lo escribo con sarcasmo). Y, en fin, tonterías aparte, tengo ganas de ver a Alonso esta noche.”

Recordé que me faltó por comentarle un detalle, y es que mi madre quiso que la fiesta fuera de etiqueta. Se lo escribí a Alonso en un mensaje de texto y me despedí con emoticonos de besos. Me sentí como una adolescente enamorándose. Solo esperaba no salir herida de nuevo, aunque eso lo he esperado toda la vida, y mira por dónde salí, me dije.

Cerré mi diario y lo dejé en el cajón de mi escritorio, que jamás usaba y aún me preguntaba por qué lo puse en mi habitación, pero me venía bien para dejar el portátil y algunos libros allí.

Terminé mi café, pensando que tal vez no debería haberlo tomado después de los nervios que manejaba ese día, y sin pensarlo mucho, dejé la taza en la cocina.

Mis padres aún descansaban, y me marché al trabajo enseguida. Tuve que hacer una breve llamada a Victoria, que estaba preocupada y me había pedido hablar unos minutos antes de entrar al supermercado.

—De verdad, cielo. No te preocupes, que seguro que no aparecerá —traté de convencerla—. Luis no ha sido así nunca, y me parece que ni sus padres están invitados; él solo no asomaría por casa estando mi familia.

—Bueno, eso es cierto. Y te digo que, si se pasa de la raya, le corto las manos sin pensarlo —advirtió con fría determinación.

Incluso por teléfono, noté cómo apretaba los dientes con fuerza.

Tuve que reírme a pesar de las circunstancias.

—Bien, tengo un cuchillo de carne enorme... —sugerí riéndome.

—Oh, Nerea, lo digo en serio —soltó Victoria como riéndome.

—Yo también hablo muy en serio, el cuchillo está en la cocina —
sentencié.

Escuché una leve risita al otro lado y me relajé.

—Tranquila, lo que le dije es cierto. Como vuelva a hacer algo así, se va
a enterar —sentencié con firmeza. No me trataría así de nuevo.

No iba a consentirlo.

—Haces bien. Nadie debería comportarse así.

Estuve de acuerdo, desde luego.

Tuve que colgar y nos despedimos hasta la hora de comer. Cuando
llegué a mi puesto de trabajo, Leticia me esperaba muy preocupada y
acabamos en su despacho más de una hora. Ella era la jefa y nadie iba a
cuestionar sus actos allí, de modo que estuvo aleccionándome un rato sobre
que debería haberle dado un par de guantazos en la cara, pero luego admitió
que, habiendo testigos, y siendo estos los amigos de Alonso que menos me
tragaban, era una mala idea hacer algo tan drástico.

Yo no me comportaría como él.

Nos abrazamos y casi me puse a llorar, pero me contuve como una
campeona, y salimos a hacer nuestro trabajo.

—Esta noche fiesta... —canturreó mi amiga.

No sabía que allí en el trabajo también habían montado una buena. De
repente me encontré con las cajas registradoras llenas de globos, un enorme
cartel de felicitación de cumpleaños, y a todo el mundo gritando “sorpresa”.

Me dieron muchos regalos que tuve que guardar en mi taquilla, y besé y
abracé a todos los de la plantilla que estaban en horario de mañanas. Al
parecer los regalos eran también del personal que iba por la tarde, de modo
que luego tendría que saludar y agradecer el detalle a los demás.

Eran unos compañeros de trabajo geniales.

El día pasó volando.

Apenas tuve descanso durante el trabajo, y me pareció mejor, para no
preocuparme tanto de lo que vendría por la noche.

Mis amigas se quedaron alucinadas con la pulsera que me regaló Alonso,
y aunque aprovechamos la comida para hablar de lo ocurrido con Luis,
también me dieron mis regalos. *Regalazos* sería mejor. Se explayaron con
ellos, pero bien.

El principal era unas entradas a Disneyland París, junto con cuatro días en un hotel cercano, y varias tarjetas regalo de mis tiendas favoritas.

—Si quieres, podríamos ir a mediados de julio que es cuando tenemos vacaciones, o dejarlo para más adelante —propuso Leticia—. Cuando prefieras.

—Me parece perfecto, pero, ¿puedo ir de vacaciones si he empezado hace tan poco?

—Sí, descuida. Ya te pertenecen un par de días para entonces, si no he echado mal las cuentas —musitó pensativa—, y podremos arreglarlo para que recuperes esas horas del sábado a lo largo del mes. Yo me ocupo.

Me guiñó un ojo satisfecha y me quedé conforme. No quería aprovecharme de la situación, y recuperar esas horas me parecía lo adecuado. Era justo.

Se lo agradecí a ambas con sonoros besos en las mejillas y abrazos que cortaban la circulación.

—Os quiero a las dos, mucho —dije con la voz entrecortada.

—Y nosotras a ti —dijeron a coro.

Guardé los regalos en una bolsa que me dio Leticia y lo dejamos todo en su despacho. Nos despedimos de Victoria y volvimos también al trabajo.

Pasó rápido la tarde, y cuando acabamos la jornada, mi amiga y jefa se fue a casa a arreglarse. Puse la radio a toda pastilla en el coche para distraerme cantando. Para mi desconsuelo, llegué rápido a casa.

Mis padres estaban dando los últimos toques a la fiesta al aire libre. El *catering* ultimaba una sofisticada puesta en escena y la carpa, que hacía que pareciera una boda, junto a la enorme tarta que sacarían más tarde, me dejó con la boca abierta el resultado.

Había un equipo de sonido increíble, y cuatro personas montando sillas y mesas dentro de la carpa. Habíamos pensado que la brisa sería demasiado fresca a la hora a la que vendrían los invitados, y empezaba a creer que era demasiado sofisticado para un cumpleaños. Mis padres derrocharon en la calidad de la comida y bebidas, y a pesar de sentirme agradecida, pensaba que con un poco menos, todo saldría igual de bien.

Inolvidable sería, desde luego.

Quise ayudar, pero no me lo permitieron.

—Tómame tu tiempo en arreglarte, y no te preocupes por nada más —acarició mi mejilla con ternura y me dio un empujoncito en la espalda.

Mi padre aprovechó que pasaba por su lado para besar mi sien y me sonrió.

—Tienes suerte de poder entrar en casa —susurró lo bastante alto para que mi madre lo oyera.

—No te quejes —bufó mi madre sonriendo—. Ayuda a colocar ese gigante mantel, cariño.

Sonreí mientras me alejaba y cuando llegué a mi habitación, llené la bañera y puse algo de música. Dejé el teléfono guardado en mi bolso porque no esperaba que nadie me llamara, y me sumergí en el agua unos veinte minutos. Cuando salí, me perfumé y peiné mi pelo para que quedara sin enredos. Usé un secador que alisaba a la vez, y después usé un rizador para hacer que quedara ondulado como de peluquería. Me encantaba.

Tenía un vestido guardado para la ocasión, de color azul satinado. Era de estilo palabra de honor, ajustado en la cintura, con un lazo del mismo color, que a su vez realzaba esa zona, y ajustado hasta cubrir mis rodillas. El detalle increíble era que tenía una apertura por detrás que llegaba a la mitad del muslo.

Me puse algunas joyas que eran regalos de mis padres y la pulsera de Alonso. Era preciosa, y a pesar de que en realidad no combinaba muy bien con mi elegante conjunto, para mí significaba mucho. Debía llevarla.

Mi colgante y los pendientes eran diamantes auténticos, regalo de mis padres, y esperaba no estar pasándome, pero quería causarle una impactante impresión. Quería gustarle y dejarle con la boca abierta.

Conseguirlo era otra historia, pero el resultado era inmejorable a mi parecer.

Me puse unos tacones altos con la punta abierta y del mismo color que el vestido, y me di un poco de perfume en lugares estratégicos antes de ir a por el maquillaje.

Dudé si ponerme un sujetador sin tirantes que combinara con la parte inferior de encaje, porque en realidad no era necesario, sin embargo, si surgía algo esta noche, podría ser un buen detalle. Obvié el tema, ya que me resultaba una prenda inútil si mi propósito era lograr embaucarlo para hacer obscenidades durante mi cena de cumpleaños.

Aquel pensamiento me encendió como una antorcha gigante. Qué ganas tenía de verle de nuevo.

La voz de mi conciencia me decía que anduviera con más cuidado, con

cautela, y no me dejara llevar tanto. Tenía razón, claro, pero mi corazón y esta, tenían serios conflictos ahora mismo.

Comprobé que era la hora cuando por tercera vez llamaron al timbre. Salí de mi habitación y bajé, y desde el salón vi que mis padres dejaron las puertas exteriores abiertas. Llegaban en tropel mis familiares y amigos. Me puse loca de contenta cuando vi a mis amigas.

Estaba contenta por la llegada de todos, pero ellas dos eran mi apoyo moral en todos los momentos de mi vida. Cumplía treinta años. Necesitaba mucho apoyo moral, desde luego.

Pensaba que tal vez esa tontería se me quitaría al día siguiente, pero ahora mismo tenía una sensación abochornante de que me hacía mayor y había cosas que no me salían del todo bien.

Ser positiva a veces se volvía muy cuesta arriba, pero lo intentaba.

Eso era importante, ¿no?

Salí al jardín y me di cuenta de que mis padres habían dejado aquello de cuento de hadas. Colgaron candelabros preciosos por todas partes, desde la entrada al césped hasta la elegante carpa y por dentro en los rincones para dar un ambiente luminoso pero acogedor a la vez. La mesa larga, los cubiertos y sillas quedaban perfectos y sofisticados. Los camareros estaban a un lado, junto a unas mesas preparadas con bebidas, y el catering estaba bajo el mando de la que supuse que sería la cocinera, puesto que no quitaba el ojo a sus bandejas con fruta, aperitivos, y demás platos.

Empecé a dar la bienvenida a los invitados y mis padres, a mi lado, les dijeron donde podían dejar los regalos, y los animó a sentarse y empezar a disfrutar de la velada.

Victoria y Leticia llegaron guapísimas, la primera con un ajustado vestido negro de un tirante y el pelo recogido en un moño elegante, y Leticia llevaba su largo pelo rubio alisado y sedoso, y un vestido precioso de color rojo con un corpiño y una falda con vuelo.

—Sois mis invitadas favoritas —les susurré mientras las abrazaba a la vez.

—Y... ¿tu acompañante, no es tu favorito? —inquirió Victoria.

Leticia se rió por lo bajo.

En ese preciso instante le vi llegar, y sonreí de oreja a oreja. Al menos hasta que vi que llegaba con su amiga Daniela al lado.

Se acercó cauteloso y mis amigas se echaron a un lado al ver mi

expresión. No se alejaron mucho.

—¿Qué diantres pasa aquí? —inquirió Leticia molesta.

Quise decirle lo mismo a él, pero me contuve a duras penas. Ella mostraba una expresión de perrito apaleado, pero no me lo creí ni por un segundo.

Alonso, al notar mi rigidez, y mi falta de entusiasmo, se acercó para besar mi mejilla esta vez, y se apresuró a explicarse.

—Traté de llamarte hace una hora, pero no conseguí localizarte y... solo esperaba que no te importara que trajera a Daniela porque quiere disculparse por lo del otro día —expuso al mirar a su amiga, y ambos asintieron.

¿Lo tenían ensayado? Pensé enfadada. Debí coger el maldito teléfono, me reñí.

—Me gustaría felicitarte, y no quiero molestar, así que si lo prefieres me voy, sin problema —dijo con suavidad—; solo me gustaría que supieras que lamento mi comportamiento. He pasado una mala racha y... no debí pagarlo contigo, ni con Alonso. Os pido perdón a los dos por eso.

Estaba cabizbaja y Alonso con una expresión de tristeza mezclada con esperanza, que no podía ignorar. Si quería seguir siendo amigo de esa mujer, él vería lo que hacía. No quería montar un espectáculo y arriesgarme a que Alonso se marchara también, de modo que forcé una sonrisa y hablé tan serena como pude. Un gran esfuerzo que supuso por mi parte.

—Gracias, Daniela. Por mí no hay nada que perdonar, porque todos cometemos errores. Puedes quedarte, por supuesto, y espero que lo pases bien.

Se mostró contenta, pero algo en su expresión me decía que me mantuviera alerta. No me fiaba de ella, y no sabía por qué razón era, que mi conciencia me alertó de que parecía estar haciendo un papel.

Sonría y vigila, me dijo por dentro.

Los ojos de Daniela brillaron, pero por algo que no llegaba a entender del todo. Se abalanzó hacia mí para darme un incómodo abrazo y traté de corresponderla, pero igual que yo, ella se notaba tensa.

Fue extraño. No había modo de expresarlo mejor.

Alonso estaba radiante, y me di cuenta de que su amiga significaba mucho para él. No podía hacer nada para remediar eso, y era de la opinión de que cada uno era tan libre como un pájaro para elegir sus amistades. Algunas veces nos podíamos equivocar, pero las que eran buenas, y sinceras, estaban

en las buenas y en las malas. Sobre todo, en las malas.

Como ellos eran los desconocidos en casa hoy, les presenté a mis primos, mis tíos, y a mis padres, por supuesto. No era de extrañar que los hombres le conocieran a él por la televisión, y pronto hicieron buenas migas en la mesa.

—Enseguida vuelvo —les dije a Alonso y a su amiga.

Se sentaron juntos y me dije que aquel sitio debía ocuparlo yo, no ella.

Cuando me di la vuelta puse los ojos en blanco y mis amigas me siguieron. Y me alegré por ello, porque los últimos invitados eran del todo inesperados, sobre todo uno. Luis.

Sus padres notaron mi sorpresa instantánea, pero nos conocíamos desde hacía tantos años, que la cortesía pesaba más que lo ocurrido. Al menos ellos no me habían hecho nada. Claro que no esperaba a ninguno en verdad.

Con Luis era otra cosa. No me podía creer que estuviera allí delante. Menuda osadía.

Los abracé con cariño y a Luis no supe cómo acercarme. No quería tocarle, ni estar cerca de él, sino más bien correr en dirección contraria, pero correspondí su abrazo para no quedar en evidencia. No podía permitir que se armara un drama.

Solo me faltaba eso. Suspiré.

—Me alegro de verte —susurró Luis en mi oído.

Sentí escalofríos. Apreté mis brazos para evitar que se retirara.

—Déjate de gilipolleces, como te pases, me dará igual montar un circo esta noche —siseé furiosa.

Se aprovechó para prolongar el abrazo, y se me ocurrió fastidiarle. Le pellizqué el brazo con saña y gritó.

Sonreí como respuesta, y a pesar de lo extraño del momento, nadie dijo nada. Tanto mejor.

—Perdona, me parece que te pisé sin querer —dije con aparente inocencia.

Sus ojos parecían dos rendijas que aguardaran el momento propicio para lanzarme puñales, pero me daba igual. Su descaro no tenía límite, y no iba a dejar que me amedrentara.

Por mí se podía ir al infierno con un viaje directo.

Les conduje a la mesa y procuré dejar tres sitios libres en una esquina para mis amigas y para mí. No quedaban más sillas libres, y comprendí que

debía estar demasiado cerca de mi ex y su familia.

Mi madre se levantó y dio las gracias a todos por venir. Miró a Carlos y Julia y no me costó deducir que la idea de invitarles fue suya. Deseó a la mesa una buena velada y pronto empezaron a servir los entrantes.

Victoria y Leticia se sentaron a mi derecha para dejar algo de distancia entre los invitados menos deseados, y yo estuve en un extremo, mientras mis padres ocuparon el otro fondo de la mesa. Quería haber tenido a Alonso a mi lado, pero se encontraba en la mitad de la mesa con Daniela y mis familiares por todos lados. Menudo rollo, me dije.

Cuando me sonrió, le mostré mi pulsera con gran ilusión y este asintió complacido. Su amiga me miró y le habló al oído, empezaron a charlar y vi cómo su rostro se iba transformando poco a poco en una muestra de su falsedad. Esta sí me lanzó cuchillos por los ojos, y si las miradas matasen, yo estaría ya enterrada.

Deduje que el regalo que Alonso me dio, no le hizo ninguna gracia y no me sorprendió saber que estaba aquí por alguna razón que no era la que simulaba. Empezaba a creer que mentía más que hablaba.

Detestaba pensar que usaba el día de hoy para algún plan retorcido, pero es que se le veía venir. Alonso no parecía darse cuenta, pero no entendía por qué, si en realidad eran amigos, ella me detestaba tanto.

Yo no le había quitado nada, ni siquiera había nada que quitar, por decirlo de algún modo, y es que, si él le dejó las cosas claras, lo mismo que yo las tenía sobre lo nuestro, esta debería haber pasado página y haberse conformado con lo que tenían. Y si no, pues que se hubiera buscado a otro.

No entendía a las personas que encontraban divertido meterse en medio de dos personas. Y no hacía falta que fuera un matrimonio, o algo duradero, sino algo como lo que yo tenía con Alonso. Nos lo estábamos pasando bien, conociéndonos, y no hacíamos daño a nadie y, aun así, Daniela no se podía mantener al margen y dejarnos en paz... Con la cantidad de hombres solteros que había en el mundo, tenía que obsesionarse con uno que no la quería como pareja y que, además, tenía interés en otra. Y vale que habíamos delimitado nuestra relación, pero aun con eso, debía dejarnos tranquilos.

Estaba de acuerdo en que los sentimientos eran una fuerza incontrolable, pero eso no eximía a nadie de expresar un mínimo de respeto por el prójimo.

En el mundo debía existir de todo, pensé molesta.

Terminamos de cenar y tomamos la tarta, abrí los regalos y más tarde la gente pudo tomar champán francés y cócteles de todo tipo. Mis padres prepararon una barra libre de bebidas impresionante.

Cuando al fin pude hablar con Alonso a solas, su amiga no tardó en echarnos el ojo y venir hacia nosotros.

—No quiero ser maleducada, pero había esperado poder disfrutar de tu compañía sin una carabina...

—Lo siento, es que estaba tan afectada, y la verdad es que esperaba que hablara contigo y se marchara, hasta que me di cuenta de que no era esa su idea cuando se arregló para salir —explicó él en voz baja.

—Nerea, una fiesta genial —dijo poniendo su mano sobre el hombro de Alonso y con la otra mano sujetando su brazo de manera posesiva—, pero se está haciendo tarde, así que deberíamos irnos, ¿no Alonso?

Estaba alucinada con esa mujer.

Él se dio cuenta de la situación, y desde luego de la cara que se me debió de quedar, y la sujetó para apartarla con delicadeza, pero con firmeza.

—Daniela, puedes marcharte cuando quieras, pero yo me voy a quedar un rato más con Nerea, porque me apetece estar con ella —dijo de manera intencionada.

Ella captó el mensaje de inmediato, pero se mostró ofendida a pesar de la consideración de él.

—No hace falta que digas más, y si no quieres pasar tiempo con tus amigos, pues tú mismo —espetó.

Se dio la vuelta y se fue, y vi como Luis, que estaba en una esquina junto a la entrada al jardín, la vio y se acercó a ella.

—¿Qué tramarán esos dos? —pregunté en voz alta, más para mí que para Alonso.

—¿Todavía te preocupa lo que haga tu ex novio? —inquirió Alonso con evidente preocupación.

Me giré hacia él tan deprisa que casi me mareé.

—No, desde luego que no, ¿por qué dices eso?

Alonso carraspeó. Se le notaba inquieto.

—Daniela me dijo que esta mañana te vio abrazando a Luis en tu puerta, y ahora él está aquí. No sé muy bien qué pensar de eso —expresó cauteloso.

Suspiré.

Esa mujer no quería que estuviera con Alonso y llegaba hasta a inventarse cosas. Pudo haber visto o pensado otra cosa al vernos, pero en vez de cotillear sobre algo que no sabía, pudo haberse guardado sus ideas.

Sentí deseos de enfrentarme a ella, pero no lo haría.

—No me estaba abrazando, solo me sujetó por los brazos porque le mandé a paseo después de que soltara sandeces sobre seguir sintiendo cosas por mí —expliqué con suavidad—. Daniela llegó con el coche y debió pensar otra cosa, pero la verdad es que le advertí a Luis que no volviera a acercarse a mí. Y si ahora no le eché a patadas es solo por sus padres, que son buenos amigos de los míos de toda la vida.

Escuchaba atento, y aunque parecía creerme, también noté que tenía ciertas reservas.

—Ven, quiero enseñarte algo —le pedí.

Sin pensarlo dos veces, vino tras de mí y subimos a mi habitación. No era el escenario que pensé que sería, me dije, pero quería que supiera que no le mentía.

Busqué mi teléfono y le dejé que mirara los mensajes que me escribía él, y el último que le envié yo, advirtiéndole que, si no me dejaba en paz, llamaría a la policía.

Tal vez debí hacerlo, pero no en mi cumpleaños, y menos aún, con toda mi familia reunida.

—Fue más que sujetarte por los brazos, ¿no? —soltó con los dientes apretados.

—Le dije esto porque se está comportando como un imbécil impresentable, pero no me hizo nada, te lo prometo. Solo que parece no saber ni lo que quiere, y no me apetece más drama en mi vida. Quiero que se vaya lejos de mí, nada más.

—Eso me parece perfecto.

Su voz se había vuelto ronca, y mi piel se erizó. Se inclinó hacia mí, dejó el teléfono en mi cómoda y alzó el brazo para echar el pestillo de mi puerta.

No pude evitar sonreír.

—Qué ganas tenía de verte a solas —musité mientras acariciaba su rostro.

Sus ojos se clavaban en los míos, desprendiendo una pasión abrumadora. Todo él tenía un efecto poderoso en mí, y solo esperaba que esto no acabara demasiado pronto. Me daba miedo prolongarlo si no había un futuro claro

entre nosotros, pero me gustaba estar a su lado. Quería continuar, aunque fuera en una relación informal.

No estaba lista para decir adiós.

—Yo también... traer a Daniela fue un error, y te pido perdón por eso — dijo antes de que le pusiera un dedo sobre los labios para que no continuara.

—No metamos a nadie más aquí —le pedí antes de empezar a desabrochar su camisa de rayas blanca y negra.

Estaba muy guapo y elegante, y lamenté no haberme fijado bien cuando llegó, pero su compañía eclipsó el que debió ser el gran momento de la noche.

Ahora, sin embargo, eso importaba poco. Eché la prenda hacia atrás, dejando su pecho al descubierto, y fui directa al pantalón mientras él me ayudaba a desnudarlo.

Se sacó los zapatos y los calcetines con rapidez y cuando estuvo completamente desnudo, le miré complacida. Se inclinó hacia mis labios y esta vez no hubo delicadeza ni suavidad. Era ardiente fuego directamente.

—Aún estás vestida —se quejó contra mi boca.

—Eso tiene arreglo —dije al darme la vuelta.

Sujeté mi pelo hacia delante para dejar la cremallera al descubierto y sin darme cuenta, quedamos mirando hacia mi espejo de cuerpo entero. Alonso miró en la misma dirección y sonrió.

—Qué contraste —rió al verse desnudo a mi espalda.

—Estás elegante incluso así —dije con sorna, pero del todo siendo sincera.

Se carcajeó y besó mi mejilla y mi cuello sin dejar de mirarme a través del espejo.

Era muy excitante.

Acarició mis brazos y entrelazó sus manos con las mías a la vez que besaba mi hombro desnudo. Estaba a punto de deshacerme por completo como un helado al sol, y es que tenía una boca por la que cualquier mujer mataría.

Unos minutos después, tanteó la cremallera y empezó a bajarla despacio, sin quitar ojo a la piel que iba quedando expuesta. Vi cómo sus ojos brillaban de lujuria al comprobar que no llevaba más que unas braguitas de encaje bajo el vestido, y dejó caer este al suelo. Alcé los pies y le di una patada para quitarlo de en medio.

Las manos de Alonso abarcaron mis pechos y los masajeó a placer. Con mi mano izquierda, yo hice lo mismo con su miembro, y los dos nos mirábamos en el espejo como si de otras personas se trataran. Jamás había hecho algo así, y me sentía demasiado expuesta, pero confiada y segura. En sus manos, literalmente, todo era tan sencillo, que me dejaba llevar sin reservas.

Se deshizo de mi ropa interior y buscó en su cartera que estaba dentro de su pantalón. Condón en mano, me volvió a observar con lascivia de arriba abajo.

—Quiero verte entera mientras lo hacemos —propuso con una media sonrisa esperanzada.

Colocó el preservativo y con su mano en mi abdomen ahora más plano que antes, me apretó contra él, y noté su erección en mi trasero. Le provoqué moviéndome un poco y su mirada se oscureció aún más. Su rostro mostraba su concentración y expectación a la vez.

—Soy toda tuya —le dije mientras me inclinaba un poco hacia delante.

Su mano viajó hasta mi monte de Venus y acarició la zona hasta llegar a mi clítoris, y me deleitó con un erótico masaje que me dejó húmeda y más que lista para la inminente invasión. Con la otra mano tanteó mi entrada con su miembro y me penetró hasta el fondo de una estocada. Me dejó sin aliento por completo.

Con mis tacones, le proporcionaba la altura perfecta para hacer el amor en esta postura, y empezaba a notar debilidad en mis piernas con cada acometida. Ver su expresión de deseo, igual a la mía, era abrumador. Continuaba sujetándome con firmeza por mi abdomen, y pegó su pecho con mi espalda mientras continuaba con el vaivén, cada vez más rápido, hasta que mi cuerpo reaccionó con violencia, y llegó el orgasmo entre espasmos que recorrían cada una de mis terminaciones nerviosas. Alonso no se detuvo ni un instante.

Sin dejar de observar todas mis reacciones, esperó a que mis temblores terminaran para mirarme con una ladina sonrisa y me pidió más.

—Córrete para mí otra vez —rogó en voz baja antes de mordisquear el lóbulo de mi oreja.

Giré el cuello un poco para poder besarle, y empecé a notar los efectos del segundo orgasmo llegando sin compasión para devastar todo a su paso.

Gemí contra sus labios, y él empezó a empujar con más fuerza, tan

rápido que pensé que me rompería por la intensidad de lo que sobrevino, como un huracán a cámara lenta, pero sin detenerse. Noté cómo su miembro se tensaba aún más en mi interior, y supe que él también estaba a punto. Juntos exploramos la deliciosa sensación que nos embargó a ambos.

Descansé sobre su pecho, colocando mi cabeza en su hombro, y él apoyó la suya contra la mía.

—Ha sido increíble —declaré más que satisfecha.

Soltó una risita ronca y me miró de nuevo a través del espejo.

—Desde luego que sí... eres una fantasía hecha realidad, Nerea —sentenció con sinceridad.

Me sentí algo cohibida por sus palabras, y se me notó enseguida, y no porque yo quisiera, pero era un defecto mío el no poder ocultar jamás lo que sentía. Mi rostro era como un libro abierto, y a pesar de que muchas veces la gente veía cosas que no interpretaba de manera correcta, sí que era fácil saber cómo me sentía casi siempre.

Se apartó para ir al aseo y cuando volvió, se puso la ropa interior y dejó que hiciera lo mismo. Estábamos en igualdad de condiciones, me dije.

Sujetó mis manos y me obligó a mirarle al inclinarse para que viera que me observaba con detenimiento.

—Oye, ¿hay algo que te preocupe? —inquirió con dulzura.

Le miré. Y me dije mil veces que no podía ser. No ahora, no tan pronto.

Debería haber sido inteligente. Quería llorar como la niña estúpida que me consideraba ahora mismo, y no por el hecho de haberme enamorado de Alonso, sino porque no era correspondida, y por encima de todo, lo sabía, y nada podría hacer para cambiar eso. Las cosas estaban muy claras desde el principio.

¿Por qué, entonces, era tan tonta?

Miré nuestras manos, y guardé este momento en mi mente. Mi corazón iba a estallar en mil pedazos, y la voz de mi conciencia me ponía cara de pocos amigos por lo que estaba a punto de hacer.

“¡Cállate idiota!”, me gritaba.

Sin embargo, no podía. No me iba a servir de nada, y ya tenía experiencia con las mentiras en una relación. No llevaban a ninguna parte, sino a hacer daño a la otra persona, y si tenía algo claro, era esto: no le iba a hacer daño a Alonso. Si la verdad nos separaba, prefería que así fuera antes que mentir y empeorar mil veces las cosas.

—Sí, hay algo —musité—. Debo decirte algo, aunque sé que esto nos va a separar... pero no quiero mentirte, ni mentirme a mí misma —cogí aire porque sentí que me faltaba. Le miré y sonreí a la vez que una lágrima se escapaba, lo que provocó que Alonso se pusiera muy serio—. Me he dado cuenta de que estoy enamorada de ti, y... sé que es muy fuerte, muy pronto e inesperado, pero así es. No quiero estropear lo que hay entre nosotros, pero guardar secretos no es una buena idea, y pensé que debías saberlo. Lo siento.

Se había quedado paralizado, y supe enseguida que comprendió bien mi disculpa. No sentía enamorarme, sino cambiar sin remedio lo que surgió entre los dos.

Fui yo la que rompió el contacto, y le sonreí para demostrarle que no estaba dolida. Bueno, solo un poco.

Él no era culpable de mis sentimientos, y no quería que se sintiera mal por ser el primero en poner distancia entre nosotros. Yo tomaría ese papel.

Me vestí y me arreglé el pelo un poco. No había sufrido muchos “desperfectos” a causa del sexo, de modo que no se notaría que nos escaqueamos para esto. Tanto mejor, ya que muchos familiares estarían preguntándose dónde estaba.

Alonso continuaba de pie, sin dejar de mirarme.

—Lo siento también, Nerea, yo... me temo que esto va más rápido de lo que puedo manejar ahora mismo, y de velocidad entiendo un poco —dijo con suavidad, pensativo y sin dejar de observarme—. Cuando en una carrera, los pilotos tenemos que parar en boxes para repostar, cambiar neumáticos, y demás, solo tenemos unos segundos... y cuantos menos, mejor. En esos segundos, si algo sale mal, todo se puede ir por el desagüe, porque no solo te arriesgas a un fallo técnico...

Guardó silencio unos segundos, y me pregunté a qué venía hablar de paradas en boxes ahora. Me daba la sensación de que buscaba alguna excusa para no decirme adiós, pero sí dejar claro que no podíamos seguir.

Le di el beneficio de la duda y aguardé.

—En ese tiempo tan corto, se toman decisiones que pueden ayudar a ganar una carrera y acabar en el podio, o pueden ser fatales, y creo que me encuentro en una posición similar, aunque no querría estar así contigo —dijo con la voz entrecortada—. Estoy a mitad de camino entre parada en boxes y la toma de decisiones, porque hace poco tenía claro que necesitaba estar solo, y temo que, si doy un paso en falso, aunque sea algo que quiero, si sale mal...

me destrozaré por dentro.

Yo no me encontraba como él, y tenía claro que me gustaría seguir a su lado, ver qué nos deparaba esto, arriesgarnos y luchar por algo que podría ser bonito y duradero, pero no podía hacer que viera las cosas desde mi punto de vista, porque se encontraba a años luz de allí. Era triste, pero debía respetar sus sentimientos.

—Te entiendo. No todos vamos al mismo ritmo, pero temo que yo he salido de boxes y voy hacia una meta que ahora es invisible a mi vista —expuse usando sus palabras—. Me gustaría cruzar esa meta contigo, y que fueras capaz de verla igual que yo, pero si no es así, deberíamos ir por caminos separados y desearnos lo mejor —dije con la voz rota.

No quería decirle aquello, quería gritarle que me quisiera, que no tuviera miedo, porque estaría a su lado, pero forzar la situación me parecía un error aún peor que lo que estaba haciendo. Si quieres a una persona, déjala ir, ¿no?

Odiaba esa frase ahora mismo, pero en mi mente se iluminaba como un faro, como un rótulo brillante, y debía hacer caso a mi conciencia. Igual que mi cabeza saltó a la piscina y al final decidí confesar mis sentimientos, ahora quería ser prudente, igual que sincera, y dejar que las cosas siguieran su curso. Si tenía que ser, sería. Las situaciones forzadas no llevaban a buen puerto.

—No te culpes por lo que sientes ahora, porque en ningún momento me he sentido engañada, y sabía muy bien dónde me metía... cuando estás con alguien te arriesgas a sentir más que el otro, o al revés, y ha ocurrido algo que también me daba miedo, pero eso es cosa mía.

Acaricié sus mejillas y quise borrar los signos de tristeza que veía en sus ojos.

—Quiero que sepas que eres una gran persona, y que algún día, encontrarás a una mujer que te haga feliz. No temas querer a alguien, porque no importa que en el pasado las cosas no salieran bien, está claro que la vida nos ofrece más oportunidades —sonreí con total sinceridad.

Noté que quería decir algo, pero no podía, y negaba con la cabeza mientras me miraba y bajaba su rostro a cada rato. No podía dejar que siguiera pasándolo mal.

Le corté al plantarle un beso en los labios y se quedó sorprendido.

—Creo que deberíamos distanciarnos un poco, pero, de todos modos, si necesitas hablar, o algo, ya sabes cómo encontrarme —dije, intentando

ocultar la tristeza de mi voz.

Asintió, sin ser capaz de pronunciar palabra.

Me hacía daño saber que sufría por mi culpa, pero no podía retroceder, igual que no era capaz de borrar lo que sentía así sin más.

Me alejé un poco, pero esos centímetros eran significativos. También yo necesitaba protegerme.

Una vez más me encontraba sola y con el corazón hecho añicos, pero no podía venirme abajo. Tenía que mantener la esperanza de que algún día mi amor sería correspondido sin tener que suplicar por él.

Salí de mi habitación y bajé para encontrarme con los invitados.

Mis amigas fueron las únicas que notaron que había pasado algo, pero no dijeron nada, y les prometí hablar con ellas más tarde. Me trajeron una bebida con mucho alcohol, y nos mezclamos con la gente. A lo lejos vi a Alonso en la entrada del jardín. Se estaba despidiendo de mí. No dijo nada, ni movió un músculo, pero lo sabía, igual que entendía que yo me daba cuenta de ese hecho.

Le miré hasta que fue él quien rompió el momento y se alejó.

No sabía si volvería a verle.

Deseando que pasara la fiesta, me puse a cantar y a beber con mis amigas como si tuviera dieciocho años. La música era genial para pasar el rato, y todo el mundo se animó a bailar. Yo solo necesitaba distraerme, y no pensar en el mañana.

Claro que no pensar en ello no impidió que llegara, y que cargara con una monumental resaca.

Entre el trabajo y pasar tiempo con mis padres, no tuve mucho tiempo de machacarme, aunque escuchar a Alonso en su casa era algo inevitable. Continuaba con la reparación de la casa del árbol, y a veces le veía dando martillazos. Me pregunté si así quemaba su frustración, porque parecía ensañarse, claro que no me acercaba a comprobarlo y bien podría estar todo en mi imaginación.

Antes de acostarme, como una costumbre, me dedicaba a escribir en mi diario todas las impresiones, y me prometí que llegaría pronto el día en que mis pensamientos no serían tan grises. Quería ser feliz, y lo lograría.

El nuevo propósito me animaba.

Ese fin de semana me encontraba sola; mis padres se marchaban con los padres de Luis para seguir disfrutando de su jubilación, y Leticia había arreglado las cosas con su chico y viajarían juntos a Madrid.

A pesar de los antecedentes de mi amiga, aquello parecía estar convirtiéndose en algo serio. Y mientras no le hicieran daño, me alegraría por ella.

Victoria iba a Almería a ver a sus suegros, ya que estos celebraban sus bodas de plata, y me tocaba pasar el sábado sola en casa.

Cuando llegó el temido fin de semana, me di cuenta de que ni siquiera Alonso parecía estar allí, y me atreví a escribirle un mensaje para saber de él. No tardó en contestar para contarme que estaba haciendo pruebas con el coche de carreras con el que competiría en Japón al cabo de unos meses.

Se sacó un *selfie* con el coche de fondo y pude verle con la ropa especial

para las carreras. Estaba casi irreconocible. Me di cuenta entonces de que éramos muy diferentes.

Tenía que hacer borrón y cuenta nueva. Alonso estaba en Madrid y la semana siguiente podría estar en Francia o en Rusia... Ese era su mundo, y aunque me doliera admitirlo, empezaba a pensar que tal vez aquello no funcionaría como habría querido.

Debía tomarme tiempo para aclarar mis ideas y en el futuro ya se vería. Algún día encontraría a mi media naranja, y sería mejor que no viviera en frente de mi casa, ni al lado. Olvidaría eso de salir con mis vecinos, porque vaya aciertos, pensé.

Mi diario era testigo principal de mis desvaríos mentales, y pensé que, si fuera una persona, le tendría lástima por aguantar tanto drama.

Yo misma propuse el cambiar mi *chip*, y dejarme de lamentaciones por escrito o en mis pensamientos.

El fin de semana pasó sin contratiempos.

Me dediqué a hacer limpieza, a ver la televisión y bajar a la piscina y tomar el sol para coger un buen bronceado.

También salía a correr cada día, y algunas veces incluso un rato por la noche. Hacía una temperatura genial para correr por el barrio y volver andando. Así no estaba encerrada en casa todo el día.

La noche del domingo había llegado más lejos que de costumbre, y me detuve en una zona que tenía una especie de merendero. Eran casi las once de la noche, de modo que no iba a demorarme demasiado.

Había varios coches allí aparcados y no parecía haber nadie, pero empezó a darme mala espina, y noté que mi estómago se encogía, de modo que decidí largarme de aquel sitio apartado.

La zona no estaba muy iluminada, y como no tenía más remedio que caminar junto a los vehículos, lo hice rápido. Me lamenté que eso no impidiera ver lo que vi.

No daba crédito.

Eran Luis y Daniela, y no estaban precisamente hablando. Menudo asco.

Me iba a dar algo por ver la escena de esos dos juntos, y sabía que tenía que irme corriendo de allí, pero dado el comportamiento de Luis, en mi cabeza surgió una idea. Loca idea, pero no me pareció tan mala.

Cogí el móvil y saqué algunas fotos. La calidad era excelente, y no sabía si eso me repugnaba o me alegraba, porque acababa de obtener una prueba horripilante del engaño de Luis a su nueva novia; que además estaba embarazada. Gran detalle.

Esta historia se ponía mejor por momentos, pensé con sarcasmo.

Temblando por dentro, me marché de allí como alma que lleva el diablo, y acabé corriendo hasta casa.

Con el corazón encogido y, por si fuera poco, al mirar en mi teléfono, vi que tenía unos mensajes privados a través de las redes sociales. Celia me había contactado para decirme de todo menos bonita.

Sospechaba que yo estaba liada con Luis, y se mostraba indignada porque en su estado, ella no merecía ese trato por mi parte.

No podía creerlo.

Me preocupaba mandarle las fotos a ella, porque no quería herirla más, sin embargo, no iba a cargar yo con las culpas de algo que no hice, más aún, teniendo en cuenta que fui yo la engañada, por ella y Luis.

Sintiéndome mal por hacerle daño a pesar de todo, se las envié.

“Lo siento, pero no soy yo la que está liada con él.

Una vez pensé que me alegraría de que tú pasaras por lo mismo que yo, pero no es así. Lo lamento.”

No pude contenerme y cotilleé las redes sociales buscando el perfil de Celia.

Me sentí mal al ver que anunciaba su embarazo de una manera tan pública, porque también había añadido fotos con Luis.

¿Cómo podía actuar así un hombre que había tomado libre ciertas decisiones?

Lo que pasaba era su responsabilidad.

Empezaba a pensar que no le conocía en absoluto, porque habíamos salido juntos durante tanto tiempo, y convivido tantos años, que pensé que sabía todo de él.

No era el caso, desde luego.

Mis amigas se encontraban fuera y muy ocupadas, de modo que quise

esperar un poco a su vuelta, y al día siguiente les contaría lo sucedido. Preferí llamar a Alonso y animarme. Su voz lo lograría, aunque pasara todo aquello entre los dos.

Nadie contestó al teléfono y decidí mandarle un mensaje. Sospeché que estaría al volante de algún coche de carreras. En esos trastos no cabía más que un hombre súper embutido en ese minúsculo habitáculo.

Tan pequeño no sería si Alonso entraba allí, pero sin duda a mí me provocaría claustrofobia.

Fui a cenar, me di una ducha y escribí un buen rato en mi diario, y aún no había noticias suyas. Me preocupé, sobre todo por las fotos que saqué de su amiga.

¿Me habrían pillado?

Opté por llamarle de nuevo, y al no haber respuesta, le mandé un mensaje muy directo y sincero sobre mis preocupaciones.

“Hola de nuevo.

No sé si no contestas porque no quieres, o porque no puedes. En todo caso no quiero molestar, sino hablar contigo de una cosa que me preocupa mucho.

Esta tarde vi a tu amiga Daniela y a Luis... juntos y ahora Celia tiene sospechas de que soy yo la que está liada con él...

Como comprenderás eso no es cierto, y detesto que piensen eso de mí.

Me da igual lo que hagan esos dos, pero si me meten en medio, como vengo sospechando, me gustaría que me dejaran al margen.

Habla con ella, por favor. No quiero estar involucrada en todo este asunto.”

Después de tan solo unos segundos, me llamó. Su voz no era muy simpática.

—Hola Nerea.

—Hola —saludé algo sorprendida por su tono serio.

—Mira, no quiero ser tajante contigo, pero es que Daniela ya me advirtió que harías esto, y el que no quiere saber nada de historias de instituto soy yo —dijo tajante.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿A qué historias te refieres? Si yo me he enterado de eso esta tarde...

—Nerea —me cortó de repente—. Daniela lleva días diciéndome que te ha visto seguirla, y la verdad es que no me parece normal. Creo que deberías olvidarte de este asunto y pasar página. Es lo mejor para todos.

—Pero eso no es cierto —expuse compungida.

—Dice que inventaste ese rollo con Luis porque quieres volver con él, y que les has sacado fotos juntos porque se han hecho amigos y no puedes aceptar eso —expuso con calma, convencido de lo que le contara su amiga—. No me esperaba esto de ti, Nerea, y me gustaría que resolvieras tus problemas con tu ex novio y me dejaras al margen de esto.

Contarle que tenía pruebas no iba a jugar a mi favor, porque quedaría como una acosadora, y a saber si no pensaría que retoqué las imágenes para justificar ese supuesto comportamiento que había inventado Daniela.

Era increíble.

A mí sí me costaba creer lo que pasaba, pero tenía razón en una cosa.

—Descuida, lo resolveré.

Colgué el teléfono, molesta porque me acusara sin razón de algo que no era cierto.

La única razón para que Daniela dijera esas cosas, era porque había esperado que les pillara, y casi con total seguridad, ellos me siguieron a mí por algún motivo. No había otra explicación posible. ¿Por qué si no, mentiría de antemano por si yo me ponía en contacto con Alonso?

Desde luego era extraño, y como no tenía modo de contactar con ella, decidí hablar con el otro implicado. No me hacía gracia ir en busca de Luis, pero no tenía remedio. Debía saber lo que ocurría, y salir de esta situación lo antes posible. No permitiría que me dejaran por algo que no era.

El lunes desperté acalorada y agotada. Apenas había logrado pegar ojo, y todo por Luis. Estuve esperándole por la mañana para verle antes de que se marchara al trabajo, pero tuve que marcharme al mío sin localizarle.

Fue una mañana larga en la que apenas tuve tiempo de pensar en nada, y al medio día, puse al corriente a mis amigas. Decir que estaban indignadas, sería quedarse corto.

—Te dejamos sola un fin de semana y mira lo que pasa —expuso Leticia

estupefacta.

Victoria estaba de acuerdo, y tuve que asegurarles que estaba bien, pero que debía arreglarlo pronto. Nadie me acusaría de algo que no era, y Alonso tendría que tragarse sus palabras.

Podía entender que escuchara a su amiga y también, que alucinara al oír esas historias que no eran más que patrañas, pero me dolía mucho que no me llamara para que pudiera contarle mi versión.

Creyó a su amiga sin dudar, cosa que comprendía hasta cierto punto, sin embargo, ahora me conocía un poco, y también sabía lo que sentía por él, de modo que dejar que me defendiera habría sido lo correcto.

No podía culparle por confiar en su amiga, pero me resultaba duro que no me diera el beneficio de la duda.

Yo lo hice cuando Luis me advirtió que él no era trigo limpio, y pude pensar que me contó su versión de la historia con su ex novia para poder ligar conmigo, pero no lo hice.

Ahora dudaba un poco de todo.

Empezaba a pensar que me daba igual lo que pensara de mí, pero no iba a permitir que me colgaran un pecado que no había cometido. Dejaría las cosas claras y luego pondría distancia de verdad.

Al menos de manera metafórica. Si Alonso tenía pensado seguir viviendo al lado, y en unos años volver, sencillamente iba a tener que encontrar el modo de aceptar ese hecho y pasar del tema.

Ya tenía un vecino que no soportaba, ¿qué más daba otro por el que sí sentía algo?

—Estoy pensando en mudarme —dije al final, poco antes de despedirnos de Victoria.

—Vente a Otura.

—O a La Zubia —propuso Victoria.

Cada una empezó a enumerar las razones para irme con ellas a vivir, y por supuesto, cada una quería que la escogiera porque su casa era la mejor.

Hubiera deseado dividirme en dos y contentarlas.

Sin duda tenía unas amigas estupendas, y sabía que, si me pensaba bien lo de mudarme, podría contar con ellas para que la transición fuera lo menos traumática posible.

—Primero resolvamos esto y ya discutiremos esas ganas que tenéis de partirme por la mitad —bromeé.

Cachondeo aparte, ellas estaban dispuestas a todo para ayudarme y me dieron algunas ideas.

Estuve decidiendo cómo afrontar el tema del mejor modo posible y durante el resto de la jornada, mi cabeza echó humo casi literalmente. Era un fastidio tener que maquinarse una forma de demostrar mi verdad, y como nunca antes me había enfrentado a algo así, mi mente daba vueltas y vueltas hasta que di con algo que podría funcionar. Alonso me dio la idea definitiva.

Yo iba a ir preparada al ataque de mi ex, y solo me quedaba que saliera bien y poder limpiar mi reputación.

No permitiría que me achacaran un acto tan vergonzoso como el acoso de una tía que no me evocaba el menor de los respetos.

Menuda arpía estaba hecha esa Daniela.

Acabó la jornada de trabajo y fui al despacho de Leticia para recoger el “arma” que iba a usar.

Era la primera vez que iba en plan espía, y me daba miedo meter la pata por mis nervios, sin embargo, valía la pena intentarlo.

Me deseó suerte y me pidió que la llamara al cabo de unas horas. Se lo prometí igual que hice con Victoria y fui a casa con los nervios en el estómago.

Aparqué en mi puerta y bajé del coche con las piernas hechas gelatina.

Había luz en la casa de Luis y me dije que debí planear todo mejor. ¿Y si estaba allí Celia y lo embrollaba aún más?

Ella no me dijo nada más cuando le mandé las fotos, y tal vez había ocurrido como con Daniela, y en lugar de excusarme, había quedado como una acosadora de Luis.

Menudo marrón tenía encima. Debía hacer lo que tenía planeado y que pasara lo que tuviera que pasar.

Toqué al timbre y me sentí preparada, pero asustada. No tenía la menor idea de cómo iba a reaccionar Luis.

Abrió la puerta tranquilo y sonriente, y no entendí que estuviera tan animado.

—Nerea, qué bien que estés aquí. Esperaba verte pronto, la verdad — dijo entusiasmado.

Yo quería alejarme de él, porque no me podía creer hasta dónde era

capaz de llegar, pero aguanté, por mi bien.

Su actitud me enervaba de igual modo.

Cuando bajó la escalera y salió para abrirme la verja, me invitó a subir.

—¿Quieres pasar?

Su voz era suave, seductora. Provocó un escalofrío en mi columna vertebral. Estaba tan tensa que, si me tocaba, me rompería como una estatua de mármol al caer contra el suelo.

—Prefiero hablar aquí, si no te importa.

Él sonrió ante mi turbación y eso me molestó, pero no dije nada al respecto.

—Podríamos ir a tu casa, porque no creo que darles tema de conversación a las vecinas sea lo mejor...

En eso estaba de acuerdo, y me venía bien por un motivo muy concreto.

Asentí y cruzamos la calle. Entramos y le dije que no quería prolongar aquello más tiempo. La realidad era que no deseaba estar a solas con él en un espacio cerrado.

Eso no se lo diría, desde luego. No tenía claro cómo iba a reaccionar.

—Sabía que entrarías en razón, y que me buscarías, por eso...

—¿Buscarte yo? Pero, ¿de qué hablas? —le corté de repente.

Parecía confuso y se acercó despacio, con las manos alzadas como queriendo tomar contacto.

Quería salir corriendo, pero no podía, necesitaba la prueba que él me daría. Estaba convencida, pensé con ironía para mis adentros.

Puso sus manos a ambos lados de mis brazos y los frotó con suavidad, como si quisiera que me relajara.

La reacción fue la contraria, pero hice lo posible porque no se me notara.

—Confieso que he tardado en darme cuenta, pero ahora sé que es contigo con quien quiero estar, y no con Celia. He roto con ella —confesó con gran dramatismo.

Estupefacta, no sabía ni qué decir.

—¿Hablas en serio? —pregunté algo atontada.

Asintió fingiendo estar afectado.

—Sé que le contaste lo mío con Daniela, pero yo pensaba decírselo igualmente, aunque quise hablar antes contigo —expuso con una calma que yo no sentía.

—¿Y eso por qué?

Suspiró.

—Lo mío con Daniela no significa nada. Yo solo quería darte celos para hacerte reaccionar, y ella quería que te olvidaras de una vez a Alonso, porque ellos volverán a estar juntos y todo será como debe. Él no te molestará más. Te lo prometo —dijo como si aquello fuera un favor.

Se mostró satisfecho consigo mismo y yo no sabía ni cómo reaccionar.

—No puedo creer lo que has hecho, Luis —dije con lágrimas en los ojos—. Debiste pensar en Celia antes de meter a Daniela en todo esto... ¿sabes el daño que le has hecho?

Luis se separó de mí, indignado, y temí lo peor.

—¿Por qué sientes lástima por ella? Creí que te alegrarías si la dejaba y volvía contigo... —empezaba a enfadarse, y su tono de voz a volverse duro—. Tendrías que estar contenta, y no con esa cara de decepción.

—Luis, me engañaste —espeté—. Me dejaste por otra mujer a la que has dejado embarazada, y ahora te lías con otra... —añadí muy cabreada— solo para que vuelva contigo... ¿te das cuenta de la locura que es todo esto? —pregunté estupefacta.

Todo era difícil de creer, y estaba convencida de que, si alguien me contara una experiencia semejante, sin vivirla en primera persona, desconfiaría.

Aquello no le gustó. Se lo vi en sus ojos.

Tragué saliva con dificultad y crucé los brazos porque notaba que empezaba a temblarme todo el cuerpo. Me sentía muy insegura, pero debía continuar hasta el final.

Era necesario.

—Sé que cometí un error contigo, y por eso intenté arreglarlo, pero tú no me dejaste más opción —siseó furioso—. Tenía que conseguir que reaccionaras, y pensé que, si te sentías celosa, vendrías a buscarme.

Negué con la cabeza, asombrada y más que molesta por su razonamiento. Hablaba en serio, y eso era lo peor.

—No puedo creer que pienses que, enrollándote con otra mujer, se me olvidaría el hecho de que ya me pusiste los cuernos... ¿dentro de un año volverás a engañarme para que se me pase que te tiraste a Daniela para que volviera a tu lado? —pregunté casi gritando.

Elevar la voz no era una buena idea, porque Luis se estaba alterando más por momentos, y no necesitaba llevarle más lejos. Había llegado al límite, lo

veía por sus puños cerrados con fuerza a ambos costados.

—Nerea, no seas gilipollas. ¿Piensas que ese idiota de Alonso es mejor que yo? ¿Sabes que su ex novia le denunció por maltrato? ¿Es eso lo que quieres en tu vida? —inquirió cada vez más furioso.

Me puse a la defensiva.

—Mira, lo que tú sabes de esa historia es lo que la prensa dijo en televisión, no la verdad, y además... lo que sí tengo claro es que no quiero a mi lado a una persona que no me respeta, y que no tiene la decencia de ser fiel a la persona que tiene a su lado —declaré con firmeza, pero notando que mi corazón se aceleraba a la vez que su ira crecía.

Señaló hacia mí con un dedo acusador.

—Nerea, te lo advierto, no vayas por ahí, porque voy a perder la paciencia contigo, y no quiero hacerte daño —musitó en voz baja, amenazante.

Mi boca se secó y sentí que todo mi cuerpo se tensaba. Apenas podía respirar, pero recordé que aquello era una puesta en escena. Era muy real, pero no estaba sola.

Dio varios pasos hacia mí y me asusté. No pude creer lo que hizo a continuación.

Alzó su mano y esta se estrelló con estruendo en mi mejilla, provocando una picazón dolorosa.

Mi bolso se cayó al suelo y maldije para mis adentros. En ese instante no pensaba en las lágrimas que brotaban con furia por su pueril actitud.

Le miré con ganas de atacarle, pero me contuve a duras penas. Hablé con determinación. Muy enfadada y nerviosa, pero con una sola idea en la cabeza.

—Debes saber que ahora mismo varias personas nos están viendo y escuchando... así que te aconsejo que no lo empeores y te marches de aquí. Si no quieres que esto acabe en la policía con una denuncia, no vuelvas a hablarme en la vida —advertí sin dejar de mirarle.

No quería que me viera como una persona débil, y tenía que demostrarle que iba muy en serio.

Mis palabras calaron en él de repente, y se miró la mano antes de echar un vistazo a su alrededor.

Buscar las cámaras de vigilancia era inútil porque estaban bien escondidas, y al darse cuenta de su tremendo error, dio un paso atrás, compungido y empezó a balbucear como un niño.

—No sé qué me pasa... lo siento mucho...

Empezó a llorar con expresión de confusión, pero no le creí ni por un segundo.

Jamás le perdonaría, y solo esperaba que viviera con lo que hizo y, sobre todo, me dejara en paz de una vez.

Abrí la verja para que se marchara y caminó despacio debido a su turbación. Cuando llegó a la acera, se giró un poco para mirarme desde la distancia.

—No volveré a molestarte —musitó.

—Espero que no, porque si esto vuelve a pasar, te prometo que actuaré —anuncié con firmeza.

Asintió despacio y se dio la vuelta para desaparecer.

Cerré y me refugié en el interior de mi casa, mi hogar, y el lugar más seguro en ese duro momento de mi vida. Apenas podía creer que fuera real lo sucedido, y tenía la sensación de que era una pesadilla.

Saqué mi teléfono y marqué el número de Leticia.

—¿Estás bien? —gritó.

—Sí, aunque me has dejado sorda —bromeé, oyendo un pitido en mi oído.

Oí un suspiro al otro lado del teléfono y sentí ganas de llorar, de abrazar a mi amiga, y de acabar de una vez con todo el asunto.

Ella entendía del funcionamiento de las cámaras de vigilancia por el trabajo, y me dijo cómo conseguir los vídeos para guardarlos en caso de necesitarlos.

—Tienes la grabadora, así que ahora te digo cómo guardar los archivos.

Ella lo vio todo desde el principio, y me alegraba.

Tenía en mi mano la grabadora que me dejó mi amiga como si fuera un tesoro. Y realmente lo era.

Guardé en mi portátil todos los archivos y se me ocurrió una idea.

En un sobre, bien protegido, metí el diario que llevaba, anotando los últimos pensamientos a modo de despedida.

“Querido diario, una vez más, aquí estoy, contándote mis más íntimos pensamientos.

Por última vez, te diré que mi vida está siendo una locura últimamente.

He conseguido que Luis confiese sus maquinaciones, y no eran nada de lo que me imaginaba. Está siendo manipulador y mezquino, y no entiendo qué le ha llevado a comportarse así. De corazón espero que mire en su interior y cambie, porque algún día se arrepentirá de sus actos, y no hay nada peor que el arrepentimiento.

Acabo de decidir entregarte a Alonso, para redimirme por lo sucedido, porque creo que de forma indirecta he participado en algo que aborrezco, y es la ruptura de una familia que no ha llegado a formarse siquiera.

Espero que al fin comprenda que no tuve nada que ver con las mentiras que le contó Daniela, aunque no sé si puedo culparla por actuar de ese modo.

A veces, por la persona amada, somos capaces de ir tan lejos como nunca creímos posible.

Sí, le quiero. No me avergüenza admitir que, en tan solo unas pocas semanas, me he enamorado de nuevo, y no espero nada. Solo quiero que él sepa que jamás me comportaría de manera mezquina con otra solo para conseguir un objetivo. Nunca podría intentar arruinar una relación solo porque haya sufrido eso en mi piel.

Sé lo que se siente.

Lo único que puedo desearle es toda la felicidad del mundo.

Adiós diario, adiós Alonso.”

Usé una memoria USB para poner copias de todo lo sucedido: las fotos, los vídeos y los archivos de audio. Como no sabía si estaba en casa o si querría verme, se me ocurrió dejarlo en un lugar que parecía significar mucho para él.

Usé una escalera grande que tenía en el garaje y como no llegaba a acercarme demasiado a la casa del árbol, lancé el sobre acolchado que contenía las pruebas de mi inocencia en todo el asunto de su amiga.

Lo colé por una pequeña ventana y esperé que no se estropeará.

Estábamos en julio, de modo que dudaba que se pusiera a llover tanto como hizo durante el invierno y la inexistente primavera.

Suspiré cuando recogí la escalera y la puse en su lugar. Entré en casa y vi una llamada de Victoria. Antes de devolvérsela, vi un mensaje preocupado por mi estado y otro mucho más alegre de un rato después.

“Empieza a hacer las maletas. En una semana nos vamos a ver a Mickey y Minnie Mouse.”

La llamé y empezamos a hacer cantidad de planes. Leticia estaba enviándome correos electrónicos mientras tanto, y en poco tiempo reservamos los hoteles, y algunas actividades programadas.

Era justo lo que necesitaba para animarme.

Me dije que algún día tendría mi cuento de hadas, y si no era perfecto, mejor, porque yo tampoco lo era, pero estaba segura de que, daría igual los defectos que tuviera la persona ideal para mí, porque juntos disfrutaríamos de las cosas que amaríamos del otro, y los defectos, a freír puñetas.

La vida estaba hecha para amar lo bueno de las personas, y aceptar y relegar lo malo a un lado. Lo importante era anteponer el respeto, la sinceridad y el amor; eso, ante todo.

Una semana y media después, nos disponíamos a hacer uno de los viajes más increíbles de mi vida.

A lo largo de los años había visto mundo y visitado gran cantidad de países, porque la vena viajera me venía de familia, y tenía que admitir, que, a mis treinta años, los días más dulces en años, habían sido esos.

Victoria llevó a su hijo Israel y a su marido, y Leticia y yo fuimos sin pareja. Ella no pudo invitar a su recién estrenado novio porque este tenía trabajo. Me alegraba por ella, y por haber encontrado a quien parecía ser su gran amor. Las dificultades no lograron separarles, y por cómo hablaba por teléfono con él, se le notaba ilusionada como nunca antes.

Era feliz de verla feliz, y con Victoria poco podía decir a ese respecto, ya que tan romántica como era, se la veía radiante cada día, a pesar del trabajo que daba su pequeño de tres años.

Era un niño maravilloso y juguetón, y si acababa pareciéndose a sus padres, resultaría un cielo de persona.

Yo no había recibido llamadas, ni mensajes de Alonso, pero no me importaba demasiado.

No esperaba nada de él, y lo dije en mi diario porque así lo sentía. Era feliz de haber podido demostrar que no tuve nada que ver en las maquinaciones de Daniela, y con eso me bastaba. Que me hubiera gustado que funcionara no era ningún secreto, pero nada podía hacer si él no quería lo mismo.

Lo importante era aceptarlo, y por muy difícil que fuera, debía comportarme como la adulta que ya era, y dejar que el tiempo curara las heridas.

Sanar a un buen ritmo era mejor que lo que hice con Alonso, pero no me arrepentía de haberme cruzado con él. Eso jamás.

Tenía claro que debía disfrutar del momento, y lo demás llegaría con el tiempo. No podía saber lo que depararía el futuro, y eso también tenía su

encanto.

Debía hacer mi vida del mejor modo que pudiera, sin hacer daño a nadie, y evitando acabar en más líos con hombres. En adelante tendría más cuidado con el jardín en que me metía. Con Luis me equivoqué; claro que tampoco sabía que las cosas acabarían tan mal.

Por suerte, a los pocos días de mi encontronazo con él, vi un cartel que anunciaba que vendía su casa.

Alegarme por ello habría sido un poco mezquino por mi parte, pero al menos sí me sentía algo más aliviada por ello.

No me apetecía volver a pasar por lo mismo, y esperaba que fuera feliz, aunque tenía un arduo trabajo si quería recuperar a Celia. Claro que todo eso no era asunto mío.

Lo único que tenía que hacer o era procurar sacar mil fotos con los súper héroes que plagaban Disneyland. El viaje que había querido hacer durante años se había hecho realidad, y cada día era una aventura.

Era bastante fan de las películas de Disney, aunque podría confesar que me fascinaban las de Piratas del Caribe de entre todas las demás.

Las historias de princesas estaban bien, pero, ya que en la vida real los príncipes azules no eran tal como los describían, los dichosos “cuentos” perdieron un poco su credibilidad con los años.

¿Qué podíamos hacer las chicas sino besar muchos sapos antes de encontrar a nuestro imperfecto hombre perfecto?

Yo estaba deseando encontrar el mío.

Algún día, me dije.

De momento debía disfrutar del presente, de las risas y la diversión.

La vuelta fue dura, pero tenía los recuerdos del viaje para toda la vida. Había sido mágico, y me alegraba de haber compartido la experiencia con mis mejores amigas en todo el mundo.

Leticia y Victoria tenían algunos días más de vacaciones y, mientras una pasaba tiempo con su pareja para afianzar la relación, la segunda procuró disfrutar de su marido e hijo. Quedamos en vernos al cabo de unos días y así pude volver al trabajo y pasar un tiempo a solas para aclarar mis ideas.

Pensé que me vendría bien dedicarme tiempo, pero la verdad era que la casa se me caía encima y procuraba salir a correr a cada rato que podía.

Pasear me venía bien también, claro que, para no oír mis propios y revueltos pensamientos, y a esa molesta vocecita que me decía que sentara la cabeza de una vez, procuraba oír música y evadirme por completo. Ayudaba mucho, para mi alivio.

Como tonta que era, ese viernes de mediados de julio, estaba mirando la televisión e internet en busca de noticias de Alonso.

No era mucho lo que se decía de él, más que al parecer, estaba haciendo sus mejores tiempos y su preparación para el Gran Premio de Japón estaba resultando prometedor.

Quería escribirle y desearle lo mejor, animarle a seguir así y quedar en primer puesto, pero temía que no había pasado por Granada en todo ese tiempo y aún tenía una idea equivocada de mi forma de ser.

Ese fatídico día, sin embargo, cuando vi un llamativo titular en un periódico digital, quise no haber mirado.

Eso me pasaba por cotillear.

Mi corazón casi se paró cuando vi que Alonso tuvo un gravísimo accidente por un fallo eléctrico en su vehículo de prueba.

Quise encontrar algo más de información, pero no encontraba nada.

Para mi tormento, incluso días después la información era mínima; no se decía mucho salvo que estaba en cuidados intensivos y no se sabía gran cosa de su evolución.

En el trabajo, en cada momento del día, lo único en lo que pensaba era en él.

Como se trataba de unas circunstancias especiales, me decidí a enviarle un mensaje para interesarme por su estado. Solo deseaba que me dijera que todo iría bien.

No fue hasta un día después que miró el mensaje, pero no contestó. No me extrañaba, y si bien no estábamos en posición de amigos, estando en el hospital, tampoco esperaba que se dedicara a escribir a las muchas personas que estarían tras él.

Lo dejé pasar varias semanas, y mientras trabajaba, salía a correr, y procuraba entretenerme con series de televisión y las muchas visitas de mis amigas, empecé a sentir una monotonía agobiante.

Agosto llegó y el calor con él. Esos días, cuando salía del trabajo aprovechaba para darme un tardío baño en la piscina para nadar y hacer algo de ejercicio y luego me daba una ducha y cenaba. A veces lo hacía en la sala de cine con el aire acondicionado puesto, y otras, como ese día, sacaba el portátil y lo dejaba sobre una tumbona mientras allí sentada, comía alguna ensalada y bebía un té helado.

Saqué algunas velas de citronela para evitar las molestas picaduras de insectos y cuando terminé la cena, llevé las cosas a la cocina y salí de nuevo.

Casi me caí por la escalera que daba al jardín trasero y a la piscina cuando vi luz en la casa del árbol de Alonso.

Dudaba que fuera él, o unos intrusos. Hice lo más prudente, ya que me entró el pánico, y recogí mis cosas y fui a mi habitación.

No podía dormir, pero me quedé leyendo un libro en mi aplicación Kindle. Pocas cosas me evadían tanto como eso, y cuando vi mi reloj, me di cuenta de que pasaron dos horas. Miré por las rendijas de la persiana de mi habitación y noté que las luces estaban apagadas.

Me sentí algo decepcionada. Al menos hasta que oí el timbre de casa. Era de madrugada, pero fui a ver quién era. Tenía la esperanza de que fuera Alonso, aunque se me antojaba una idiotez.

Si se encontraba ingresado en un hospital, dudaba que estuviera llamando a mi puerta.

Bufé ante mis tontas ideas, pero al iluminarse la pantalla del portero automático, casi me desmayé.

Era él.

No podía creerlo.

Temblando, le di al botón y la verja se abrió para él. No hubiera podido adivinar su estado de ánimo porque ni yo misma sabía el mío. Nerviosa y ansiosa lo resumían bastante bien.

Incluso la voz de mi conciencia parecía rechinar los dientes por la frustración.

Salí a la puerta y me quedé allí parada como una estatua al verle llegar. Tenía mi diario en la mano.

Casi me dio un ataque al corazón.

—Oh, Dios...

Ahora me arrepentía de haberle dejado viajar por mis locos

pensamientos, mis tontos sentimientos, y mis desvaríos frecuentes.

Me oyó y pareció lanzarme una sonrisa, aunque en la oscuridad de la noche, no podría asegurarlo.

Le tenía delante, y apenas podía creerlo.

Tenía vendado el antebrazo izquierdo y se le veían amoratadas algunas zonas visibles del cuello, el otro brazo, la mejilla y las zonas de las piernas que dejaban ver sus bermudas.

Una rodillera en la pierna izquierda me dio a entender que el golpe fue tremendo, aunque le tenía frente a mí, por lo que la gravedad no debía ser tan extrema como anunciaban los medios.

—Estás fatal —musité para mí, pero una vez más, en voz alta.

—Tú estás muy guapa.

Sus palabras, su voz, me despertaron del letargo en el que me sumí cuando le vi desde la cámara del portero automático.

—Lo siento, es que supe de tu accidente, y creí... que... tal vez... — balbuceé mientras me perdí en sus ojos castaños, oscurecidos por la noche.

—Lo exageraron un poco, aunque no lo desmentí porque así me dejarían en paz y no se llenaría el hospital de periodistas —dijo con tono de disculpa.

—Claro, te entiendo.

Se hizo un incómodo silencio entre los dos y Alonso acabó rompiéndolo.

—¿Puedo pasar y hablamos?

Asentí sin poder formular palabra. Estaba en casa, y me alegraba tanto, que me costaba asimilarlo.

Llenó mi casa con su presencia, con su masculina colonia que tantos recuerdos evocaban, y mi corazón latió deprisa, como si quisiera salir de mi pecho y refugiarse en sus brazos.

Debía ser más cauta esta vez, me dije.

—Tenía que venir a verte para hablar de esto —dijo tendiéndome el diario.

Noté que me sonrojaba y él me miró con ternura.

—Dudé si leerlo, pero el deseo de ver... bueno, de saber lo que sentías, pudo conmigo —declaró un pelín avergonzado.

—Es un regalo para ti —señalé con una sonrisa—. Lo único que quería era que supieras la verdad, y me pareció que leer de primera mano cada uno de mis pensamientos, esos que no pensaba revelar a nadie más, te daría un motivo más para creerme.

Asintió pensativo y no dijo nada enseguida, pero él no dejaba de escrutar mi rostro, y me pregunté qué veía allí. No sabía si preguntar, pero la curiosidad me corroía por dentro.

Deseaba acribillarle a preguntas. Y deseaba muchas respuestas. Al final habló.

—Lo siento tanto. No debí confiar así en Daniela, porque no ve más allá de mí, y sus actos dejan mucho que desear.

Carraspeó nervioso y noté que estaba tan alterado como yo.

—Ojalá algún día puedas perdonarme, pero no lo espero, porque no tengo excusa, y he caído en mis recelos solo por el pasado. Eso no debió ocurrir nunca —declaró con gran intensidad.

—No te preocupes, porque a pesar de lo que sienta, creo que podríamos ser amigos. Si quieres, dejaremos el pasado atrás y volveremos a empezar de cero. Sin equipaje extra a costas —propuse esperanzada.

—Esa es la cuestión, que no quiero eso...

Sus palabras me destrozaron, y no sabía a qué había venido, porque un adiós hubiera sido menos doloroso por mensaje.

Tal vez igual de doloroso, y para ser sincera conmigo misma, prefería verle una última vez. Estaba siendo tan boba como siempre.

Era un hombre imponente. Me alegraba poder admirarlo en la distancia y también en persona.

—No pasa nada, no voy a molestarte si lo que quieres es romper el contacto del todo—asumí con tristeza, pero con entereza.

Eso me enorgulleció. Estaba madurando.

Ya era hora, me dije.

Había pasado de perder el tiempo en salidas nocturnas y compras casi diarias, a tener un empleo, unas responsabilidades, y a asumir mis errores, mis fracasos, y a seguir adelante pese a todo.

Sabía que Alonso tenía mucho que ver en eso, y debía sentirme agradecida porque se cruzara en mi camino. Siempre lo estaría, con independencia de lo que ocurriera ahora o en el futuro.

Iba a abrir la boca para decirle justo eso cuando él intervino primero.

—Nerea —susurró con su masculina y ronca voz—, no me has entendido —se acercó hasta que nuestros rostros quedaron muy cerca, y casi me caí al suelo por la embriagadora sensación que me sobrevino—. Lo que quería decir es que a mí me gustaría retomar lo que dejamos, pero

quiero enmendar el peor error que he cometido, y eso teniendo en cuenta mi último accidente, es mucho decir...

Mencionar aquello me recordó que tal vez debería estar en reposo y no allí de visita, lo que le otorgó aún más mérito a sus palabras. Su aparente intención me descolocó y me llenó de nuevo de esperanzas. Le dejé explicarse a pesar de mis ganas de abrazarle.

Levantó su mano y acarició mi mejilla con una ternura que me desarmó por completo.

—Te he echado tanto de menos... que a veces parecía que no podía ni respirar con facilidad. Y me sentí como un idiota integral por no escucharte, por no confiar en ti —apuntó con evidente sufrimiento interior—. No creo que entiendas lo mal que lo pasé cuando vi la verdad con mis ojos, y ojalá pudiera borrar todo eso, pero en parte me alegro porque... espero que así pueda evitar cometer el mismo error dos veces.

Mi corazón bombeaba con fuerza, y mis piernas flaquearon.

—Desearía compensarte el dolor que haya podido causarte, y poder hacerte feliz, porque mereces serlo después lo que has pasado.

Cuando noté que iba a retirarse por mi falta de respuesta a su declaración, sujeté sus manos con fuerza.

—No hay nada que compensar, y tampoco nada que perdonar, porque creo en las segundas oportunidades —expuse en voz baja, notando que iba a explotar de felicidad—. Nosotros nos merecemos una —declaré con más seguridad que nunca antes en toda mi existencia.

Inclinó su rostro hasta que nuestros labios se encontraron, y supe que aquello era lo que faltaba en mi vida, lo que tanto había añorado. Su calor, su cercanía, todo él, era lo que necesitaba.

—Ahora creo firmemente que eres lo que siempre estuve destinada a encontrar, y espero que, aunque no sea perfecta, algún día puedas llegar a quererme...

—Te quiero, Nerea —interrumpió con una amplia sonrisa—. Creo que lo supe desde el momento en que tú me dijiste lo que sentías... incluso antes, pero quería bloquear en mi mente y en mi corazón todo lo que me asustaba en ese momento para no estropear lo que teníamos, y... acabé haciéndolo igualmente.

Escuchar esas palabras fue como ver sanar mi alma con mis propios ojos.

—Como ves soy imperfecto hasta decir basta, pero podremos encajar bien —dijo con ternura.

Sus palabras me llegaron al corazón.

Le había encontrado, sin duda. Frente a mí tenía a un hombre dulce, atento, que había sufrido, pero que estaba dispuesto a amar de nuevo pese al riesgo que suponía entregar su corazón.

Este era mi perfecto hombre imperfecto.

—Seremos imperfectos juntos, pero sin duda encajaremos —declaré más feliz que nunca.

Me besó y me abrazó como si necesitara cerciorarse de que aquello era real, y ese contacto también se convirtió en mi deseo de confirmar que de verdad le tenía a mi lado.

—Te quiero, Nerea.

—Te quiero, Alonso.

Sin dejar de besarnos, aquel se convirtió en el principio del final de nuestra aventura para lo que sería una relación verdadera. Un amor verdadero.

Dejando los miedos a un lado, el pasado atrás, todo era posible.

Epílogo

Solo un año después, un domingo cualquiera, Alonso y yo compartíamos nuestro tiempo a solas como más nos gustaba: juntos.

Intentábamos compaginar nuestros trabajos del mejor modo posible; su gran pasión por la velocidad, y la mía por viajar, nos hacía pasar increíbles momentos.

Estábamos comprometidos, y a pesar del ritmo vertiginoso de la relación, no habíamos estado más seguros de nada antes. Alonso manejaba la marcha rápida con soltura, de modo que, con él al volante, podía dejarme conducir por las enrevesadas curvas de la vida, sabiendo que estaba en buenas y seguras manos.

Cuando mis padres se enteraron de lo nuestro, se alegraron mucho, sobre todo al notar que mi felicidad era auténtica.

Venían a Granada más a menudo que antes, sobre todo al saber que nos casaríamos en pocos meses.

Septiembre se acercaba con rapidez, y puesto que viviríamos juntos, decidimos instalarnos en casa de Alonso para empezar nuestra vida allí.

La casa del árbol estaba arreglada desde la vuelta de Alonso a la ciudad de forma definitiva, y nos gustaba encerrarnos allí para algunas de nuestras veladas románticas.

Tal vez podría no sonar demasiado “adulto”, pero teniendo en cuenta que allí cabía una cama grande, y poco más, era ideal para estar tumbado y que surgiera la chispa. La nuestra prendía con rapidez.

No podía decir que no tuviera miedo a caerme de allí si nos emocionábamos en exceso haciendo el amor, pero Alonso era tan tierno cuando quería, como salvaje cuando nos entregábamos sin contemplaciones, de modo que me sentía a salvo. Siempre lo hacía a su lado.

Esa noche estábamos allí sin hacer nada, tumbados al abrigo de la fresca noche de verano de mediados de julio.

—¿Has pensado alguna vez dónde te ves dentro de cinco años? —le

pregunté mientras me hacía cosquillas en el brazo con lo que él consideraba un “masaje”.

—Tal vez de mecánico en mi escudería... puede que retirado y buscando una nueva vocación... la verdad es que no lo sé —meditó en voz baja.

Le miré con suficiencia.

—Serás un mecánico y ya está... y no me ves a mí por ningún lado, ¿no? —solté fingiendo estar molesta.

Compuse un mohín de fastidio.

Empezó a reír y a hacerme cosquillas por los costados. Al cabo de unos minutos me asusté al recordar dónde estábamos y le reñí con la mirada.

—Hay muchas cosas que quiero hacer en estos años, y todos esos planes son contigo, no lo dudes —declaró sin titubear.

—Eso me gusta más —dije más que satisfecha. Quise indagar un poco más—. Y, ¿te ves viviendo aquí o podríamos mudarnos a otro lugar?

Se tumbó de nuevo y me abrazó de tal manera que quedé sobre su pecho. Le observé mientras hablaba. Contemplarle era uno de mis mayores placeres.

Y escucharle, y abrazarle, quererle. Todo.

—Si tú eres feliz aquí, me gustaría quedarme, porque me parece que es hora de establecerse, echar raíces, y tal vez... formar una familia.

Soltó eso último como un interrogante y levanté la cabeza como un resorte. Me había sorprendido mucho.

Quería saber qué planes tenía sobre nosotros, pero aquella información era algo extraordinario.

—¿De verdad te gustaría tener hijos pronto?

Alonso se incorporó y me miró con una ternura infinita. Sabía que me adoraba del mismo modo que yo a él, y me lo demostraba cada día. Aquello, sin embargo, era ir un paso más allá. Nunca antes me había planteado el tener hijos, aunque sabía que algún día los tendría, jamás fue tan real como lo era entonces.

—Contigo me encantaría tenerlos. Quiero estar toda mi vida a tu lado y tener todo lo que siempre añoré: una familia.

Un par de lágrimas mojaron mis mejillas y Alonso las limpió con sus dedos. Quedamos sentados, muy pegados, y le abracé un buen rato.

—Estarían orgullosos del hombre en quien te has convertido —le aseguré pensando en sus padres.

—Ojalá hubieran podido conocerte ahora, porque eso sí que me haría

ganar puntos —bromeó cuando me miró a los ojos—. Eres la mejor decisión que he tomado, y a veces me cuesta creer la suerte que tengo de tenerte en mi vida.

—Pues créelo —apunté con voz melosa—, porque no podrás deshacerte de mí.

Alonso soltó una risa ronca y sentí que me derretía.

—Jamás querría hacer eso, con lo que me costó encontrarte —susurró contra mis labios.

—Pues la búsqueda se acabó —sentencié, uniendo mis labios a los suyos.

—No podría estar más de acuerdo.

Nuestros labios estarían unidos mucho tiempo tras esa maravillosa declaración, y es que cada día nos gustaba demostrarnos de mil formas distintas, que nos queríamos; y si debíamos estar separados algún tiempo, por corto que este fuera, no dejábamos que el otro olvidara que era amado profunda y sinceramente. Y así lo sería siempre.

Aunque la vida nos pusiera obstáculos, para los dos era sencillo luchar por lo nuestro, y hasta la voz de mi conciencia se calzó sus botas de guerra al pensar en pelear por ese increíble hombre.

Jamás dejaría de pelear por lo mejor que me había pasado.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mis lectores, por supuesto. A mi amiga y compañera de letras Paula Rivers, porque es la persona que más me apoya y me anima a seguir cada día; y la que me da buenos consejos, los cuales sigo sin dudar.

Doy las gracias a las chicas que publican sus reseñas y comentarios en sus blogs y en Amazon, porque con ello consigo llegar a más lectores, y es el mayor regalo que pueden hacerme.

Xulita Minny, Kasandra Finol, Cecilia Pérez, Roni Green, Ester FG, Cristin Ferro, Chris M. Navarro, Iratxe Ortiz, Juani Egea, Yennely Pérez, y todas aquellas que comentan en Goodreads y comparten mis publicaciones en Facebook y Twitter, (perdonad que no os nombre a todas); os estoy infinitamente agradecida.

Vuestras críticas y apoyo me hacen seguir adelante y sentirme valorada.

Espero, de corazón, vuestras sinceras opiniones, porque son muy importantes para mí.

Continuaré aprendiendo y ojalá también, haciendo que disfrutéis con mis libros en el futuro.

Un fuerte abrazo.

Sobre la autora

Nació el 9 de julio de 1988 en Granada, España.

Estudió en esta provincia varios cursos de Administración y Finanzas, y desde los diecinueve años ha vivido en Almería, Madrid y Cádiz. Actualmente reside en Andalucía, cerca de sus raíces.

Le encanta leer, sobre todo novelas románticas en todos sus géneros. Y por supuesto escribir; ya que ahora es su gran vocación.

También tiene otras aficiones como el cine y la repostería.

Desde 2012 está escribiendo sin parar y ya cuenta con numerosos títulos publicados entre los que se encuentran: *Nunca olvides* (2013), *Un viaje salvaje* (2014), *Mi vampira traviesa* (2014), *El frágil lazo del amor* (2016), *Por el amor de una dama* (2016), *Elsa no sabe lo que quiere* (2016), *Oscuro inevitable destino* (2016); la bilogía *¿Qué estás mirando?* (2015) y su continuación: *Mis besos para ti* (2017), junto con el relato *Cuando el amor es de verdad*, (2017); *Amor a fuego lento* (2017), *¿Cuentos de princesas o princesas de cuentos?* (2017), *Pagar por los pecados* (2018).

Ha publicado diversos relatos que recopila en un libro *Tus deseos: Relatos románticos y eróticos*, y algunos de temática independiente, como: *Una noche de cine* (2015) y *El instante que esperaba* (2016).

También escribe una serie de cuentos juveniles de fantasía de la serie “Las brujas de Valle Azul” que ya tiene publicados dos títulos: *Un Lago Místico* (2014) y *Lo que ocultas* (2014).

Participa, además, en varias Antologías solidarias.

Actualmente trabaja en varios proyectos.

Para saber más acerca de sus novedades, aquí están sus redes sociales y blogs:

<https://twitter.com/CarolinaOrtig14>

<https://www.facebook.com/misescritoscarortigosa>

www.misescritoscarortigosa.blogspot.com.es

www.lasbrujasdevalleazul.blogspot.com.es

